

La Estrategia Judía

Revalo P. Oliver

Nota autobiográfica

Nací en los alrededores de Corpus Christi, Texas, el 7/julio/1908. Mi nombre de pila, que obviamente es un palíndromo, ha sido durante seis generaciones la carga de los hijos primogénitos o únicos.

Me enviaron a un instituto de Illinois. Al cabo de dos años allí, incluido un invierno extraordinariamente riguroso que dió con mis huesos en el hospital para una de las primeras mastoideotomías, ejecutada como un más que osado experimento, decidí que el único problema histórico insoluble era el porqué a nadie se le habría ocurrido conquistar el Medio Oeste a los indios, así que me marché a California. Allí me matriculé en lo que todo el mundo conocía como el mejor instituto del país, porque sus equipamientos para espectaculares producciones teatrales costaban más de lo que se habían gastado en cualquier otro sitio en cosas tan imprescindibles.

Los «educadores» de allí habían hecho ya grandes progresos en sabotear la educación, así que, más que nada para tener la cabeza ocupada en algo, comencé a estudiar sánscrito, usando los manuales de Max Müller y la gramática de Monier Williams. No obstante sentí que necesitaba alguna orientación, y por extraordinaria buena suerte encontré a un hindú que sabía sánscrito de verdad. Era un misionero que, aunque nunca me lo quiso admitir tan claramente había venido a los Estados Unidos para aliviar la carga financiera de algunas nobles matronas que tenían más dinero del que podían gastar. Les dijo que, con el apropiado cuidado y alimento de sus hermosas almas, en su próximas encarnaciones podrían sin duda alguna llegar a ser tan ágiles, y por cierto que incluso más atractivas, que Greta Garbo; así que estoy seguro que les devolvía el valor de su dinero.

En ese periodo de mi adolescencia también me divertía en mi tiempo de ocio pasándome a observar al hombre santo, y a las aún más santas mujeres, echándoles los tejos a los a los pardillos, y aprendí mucho, de tantas sesiones a las que asistí, desde los *shows* para masas de Amiee Semple McPherson en un teatro que se llamaba *Templo del Angelus*, hasta las selectas sesiones de Katerhine Tingley para los bobos intelectualoides en su entonces elegante finca, cercana a San Diego.

A los dieciséis entré en el Colegio Pomona de Claremont, California.

En 1930 me casé con Grace Needham. Cualquier cosa que haya podido conseguir, se lo debo enteramente a la fuerza de su apoyo a través de todos los años siguientes, años de una persistente devoción que no puedo racionalmente explicarme.

Como resultado de los preparativos para las elecciones de Roosevelt en 1932, que comenzaron a finales de otoño de 1929, pasé varios años en pequeñas editoriales, haciéndome a la idea de que mi destino no era convertirme en un gigante financiero.

Comencé estudios de graduación en la Universidad de Illinois, bajo al dirección del profesor William Abbot Oldfather, a quien muchos consideran el más disitnguido especialista en filología clásica de este país. Mi primer libro fue una obra secundaria [*paregorn*] que se publicó en 1938, una traducción del sánscrito, crítica y anotada, de *El carrito de porcelana* [*"The Little Clay Cart"*].

En 1940 recibí el título de Doctor en Filosofía. Debo añadir, dado el gran temor a la 'endogamia' [universitaria], que soy la única persona titulada en Lenguas Clásicas por la Universidad de Illinois a la que el Departamento decidió mantener indefinidamente. Comencé a dar clases universitarias inmediatamente tras licenciarme. Durante un considerable número de años también impartí cursos sobre el Renacimiento, lo cual además me colocó en el Departamento de Español e Italiano, del que era jefe mi buen amigo el profesor John Van Horne.

A sugerencia de un amigo militar accedí, en algún momento de 1941, a unirme a una sección subsidiaria y secreta del Ministerio de Guerra, cosa que hice en cuando me lo permitieron mis responsabilidades académicas, en 1942, permaneciendo allí hasta el otoño de 1945. Por buena suerte, me encontré al frente de un departamento en rápida expansión, y enseguida me ascendieron de Analista a Director de Investigación, encontrándome responsable del trabajo de unas 175 personas. El trabajo era, por

diversas razones, altamente estresante, casi agónico, pero extremadamente instructivo. Por ejemplo, me enteré del secreto definitivo sobre Pearl Harbor, que era evidentemente desconocido por el Almirante Theobald, y que no fue desclasificado y publicado hasta 1981 (en mi libro *"El declive de América"* [*"America's Decline"*], página 7).

En 1945 volví a la Universidad como profesor auxiliar, en 1947 pasé a ser profesor no numerario, y en 1953 profesor titular. Fui miembro del claustro de Guggenheim en 1946-47, y en 1953-54 en Fulbright (Italia). Me jubilé como emérito en 1977. (Dos días después de mi retiro, quedé asombradísimo al descubrir, por sucesos que entonces comenzaron, que la Administración, que me había odiado cordialmente, además me había temido lo suficiente como para posponer a después de mi jubilación un ataque a los académicos permanentes de Departamento. No quiero decir que hubiera sido capaz de mantenerlo, ni de cerca, con la distinción que tenía cuando lo dirigía Oldfather --cuando dimití, asqueado, de empleado de la oficina del departamento [del Ministerio de Guerra] sabía que éso no era posible--; más bien pensaba que se había deteriorado penosamente; éso era porque no había calculado lo mucho que podían empeorar las cosas).

Por muy extraño que ahora pueda parecer, abandoné el Distrito de la Corrupción, en 1945, firmemente convencido de que el insoportable hedor de aquel inmenso pozo negro no iba a poder contenerse por mucho más tiempo, y que en cuanto se conocieran los datos sobre la *Cruzada para Salvar al Soviet* y otras operaciones, como inevitablemente se conocerían, la indignación del pueblo americano produciría una reacción de semejante magnitud y violencia que no iba a poder olvidarse en toda la historia. Esa confianza mía no se conmovió hasta 1954.

Al año siguiente mi amigo el profesor Willmoore Kendall, que llevaba mucho tiempo anhelando un antídoto "conservador" a la *"Nueva República"* y otras [revistas], y que había tenido entre sus pupilos de Yale a un joven próspero y brillante, William F. Buckley, Jr., discutió conmigo los planes para el diario, que al final acabó llamándose *"National Review"*, y que tenía la pretensión de ser aproximadamente lo que hoy en día es *"Instauration"*, con la significativa diferencia, no obstante, de que *"Instauration"* no tuvo que arrancar con las expectativas de unas pérdidas de 2000 dólares semanales durante tres años. Cuando Kendall me dijo que no había sido capaz de encontrar ni a un solo profesor universitario que se atreviera a unírsele como escritor para el proyectado semanario, yo acepté. Así es como comencé a escribir sobre temas políticos. Lo cual por cierto, desde el punto de vista de mi carrera y de la comodidad de mi esposa, sí que fue un grave error. Si lo fue también desde otros puntos de vista, es algo que nunca he acabado de dilucidar. Lo que sucedió luego con la *"National Review"*, una vez que comenzó a publicarse, y en particular después de que Kendall fuera apartado por una banda de 'profesionales' que aseguraban al joven Buckley que él era el Mesías, sería ya otra historia, larga y deprimente.

En 1958 Robert Welch me convenció de su 'buena fe' [bona fides] y me indujo a unirme a él para fundar la Sociedad John Birch. Nunca he sido capaz de aclararme del todo si me embaucó desde el principio (es algo que mi vanidad es reacia a admitir), o me vendió posteriormente.

En 1958 yo aún creía que había una significativa diferencia intelectual entre la burguesía americana y el ganado que uno ve atisbando por entre las tablas de los grandes camiones, rumiando su heno satisfecho, de camino al matadero.

Desde que corté mis contactos con la farsa Birch, he optado por escribir con una franqueza absoluta sobre la terrible situación de nuestra raza y de la civilización que hemos creado. El lector queda avisado.

Reviso P. Oliver

Indice

- 01 - La acuciante situación del hombre occidental.
- 02 - Una evaluación realista de los judíos: sus logros sin igual.
- 03 - La estrategia judía en acción: la antigua Alejandría.
- 04 - La supervivencia de los más aptos.
- 05 - La estrategia judía propiamente dicha: según ellos mismos.
- 06 - Una mentalidad singular.
- 07 - La religión judía.
- 08 - ¿Conspiración o instinto?
- 09 - Exterminación.
- 10 - La 'integración' genética.
- 11 - La religiosidad.
- 12 - La Cristiandad.
- 13 - El fatal destino de las naciones.

Dedicado por el editor a
George P. Dietz
sin quien
muchas de las obras del Dr. Oliver
nunca habrían sido escritas.

1. La acuciante situación del hombre occidental

Es un hecho, sombrío y terrible, que las mentes de la mayoría de los miembros de nuestra raza han sido tan deformadas por siglos de insidiosa propaganda judía que han acabado condicionados, tan eficazmente como perros bien entrenados, para gruñir y morder cuando sus amos judíos pronuncian ciertas palabras clave, como "fascista", "racista" y similares, que tienen el mismo efecto que los "¡ataca!" a que responden los perros.

Además, les han vuelto tan emocionalmente adictos a todo tipo de fantasías narcotizantes que muchos de ellos se sienten tanto sin ganas como incapaces de soportar la angustia de mirar al mundo real que les rodea, y de reflexionar racionalmente sobre él. Comprensiblemente, prefieren cerrar obstinadamente sus ojos y sus mentes, y vivir en un mundo de ensueño, de placenteros cuentos de hadas como los que oían en su infancia, y a los que subconscientemente anhelan regresar. Como muy bien los caracterizó Kpling: «Si desean una cosa, declaran que es verdad. Si no la desean, aunque sea la mismísima muerte, vociferan: "¡Éso nunca ha existido!"»

Es un hecho, trágico y potencialmente desastroso, que cualquier análisis razonablemente franco y completo de nuestra presente situación, apremiante y urgente, no solo expone a su autor a represalias, abiertas o subrepticias, sino que además aliena a muchos miembros de nuestra ofuscada y quizá ya condenada raza, haciéndoles gruñir con ganas de morder a ese hombre que se empeña en hacerles confrontar una desagradable realidad.

Muchos otros son tan timoratos que incluso el más leve indicio de falta de respeto hacia los judíos les hace escapar corriendo en busca de refugio, como gatos asustados, no sea que los judíos los castiguen por haber escuchado palabras impías.

La mayoría de los miembros de nuestra raza, éso es seguro, se sienten secretamente indignados contra sus encubiertos amos, y a veces, cuando están con alguien en quien confían, se aventuran a hacer bromas o dar alguna otra pista de que, en lo más hondo de su corazón, no sienten ninguna veneración por los judíos. Y si observamos a nuestros compatriotas, acabamos enterándonos de muchos, a menudo personas de muy considerable riqueza, que leerían con gusto publicaciones prohibidas, pero no se atreven a suscribirse a ellas, ni siquiera a través de apartados postales, ni bajo nombres ficticios, por miedo a que los judíos descubran su secreta disconformidad y les castiguen por estos pensamientos.

Una exigua minoría de nuestra gente, es cierto, más comúnmente entre los relativamente pobres que se creen protegidos por su anonimato, se indigna más o menos abiertamente contra éste dominio judío y, por una fina ironía, se autodenominan a sí mismos «antisemitas», usando así, inconscientemente, esa absurda palabra que ha implantado en sus mentes tanta estridente propaganda. Algunos han logrado librarse lo bastante del control mental contemporáneo como para atreverse a usar la palabra **Ario**, que es la única palabra apropiada y aproximadamente precisa para designar a nuestra raza, aunque los judíos nos tienen prohibido pronunciarla. Pero incluso estos osados espíritus están por lo general desinformados, son propensos a las emociones fuertes, y a veces les hierve la sangre de odio frustrado hacia esa raza internacional.

Aunque pocos en número, los Arios que sienten un auténtico odio perturban la autosatisfacción de los judíos, incluso en este país donde su cada vez más abierto control parece absoluto.

Por ejemplo, un rabino, en su columna del *Sun-Times* de Chicago, aunque sin llegar a declararse en contra de esa gran farsa judía sobre los «seis millones» que supuestamente fueron exterminados por los alemanes (y que luego se vinieron a rastras hasta los Estados Unidos), advertía con total claridad a sus compatriotas de que tanto clamor sobre un «holocausto» podría dar ideas a los *goyim* y dar como resultado una operación de cámaras de gas *de verdad*, y a una purga *de verdad*, como los Arios de los Estados Unidos se descontrolasen.

El rabino probablemente es un alarmista, pero es cierto que la cada vez más descarada arrogancia

y terrorismo de los judíos está suscitando el odio de sus siervos. Quizá ha sido una indiscreción por su parte erigir una "menorah" monumental de diez metros de altura delante de la Casa Blanca Americana, como símbolo de su propiedad, justo al mismo tiempo que niegan a los vergonzosos americanos (que una vez tuvieron un país propio) el derecho a exhibir árboles de Navidad en terrenos de propiedad pública. Y en vez de ir calladamente abandonando la absurda patraña sobre los «seis millones, que fue diseñada para animar a los rebañeros Arios a lanzarse en estampida sobre Europa en 1941, y que les ha dado unos rendimientos netos de muchos miles de millones de dólares a costa de los estafados alemanes, y muchos más del resto del mundo, exigen que se inculque a la fuerza esa mentira en las mentes de todos y cada uno de los niños americanos. Ésto es seguro que aumentará el rencor, al igual, por ejemplo, que su reciente intento de asesinar a un hombre en Chicago que, como resultara meramente herido de gravedad, explicaron clamando que es que lo habían confundido con el hombre al que querían matar, dando por supuesto que no siendo la víctima más que un perro ario, era explicación más que suficiente para consolar a los demás perros.

El abierto terrorismo, sea violento o pseudolegal, despierta en algunos americanos una indignante percepción de su anteriormente oculta servidumbre. Estoy fiablemente informado de un joven de la parte noreste (y la más corrupta) de los Estados Unidos, que leyó recientemente las definitivas revelaciones del Profesor Arthur Butz ¹ sobre la patraña de los «seis millones» y de inmediato dimitió como miembro de una de nuestras minúsculas organizaciones Nacional Socialistas, alegando que el profesor Butz le había convencido de que Hitler no solamente no mató a seis millones de judíos, sino que ni siquiera lo había intentado.

2. Una evaluación realista de los judíos: sus logros sin par.

Odiar apasionadamente a los judíos es casi totalmente inútil, pues las emociones violentas impiden un pensamiento racional. Los 'berserkers' son unos excelentes soldados de asalto cuando están a las órdenes de mandos competentes, pero las victorias, en todas las guerras, las consiguen los generales que analizan lúcida y objetivamente las capacidades y recursos del enemigo, evaluándolas tan objetivamente como las suyas propios.

[NdT: «berserker»: casta de antiguos guerreros nórdicos que se inducían un frenesí antes de la batalla, y peleaban con furia y coraje demenciales. «go berserk»: volverse frenéticamente violento o destructivo; Etim: islandés:björn-serkr =en: bear-shirt =es:camisa-de-oso (piel de oso) –Collins.]

Si nuestra raza consigue alguna vez liberarse de sus actuales amos, nuestra independencia no se habrá ganado con invectivas contra los judíos, con soflamas sobre lo perversos que son por servir a sus propios intereses en vez de a los nuestros, con vanos y tautológicos alardes de nuestra superioridad en términos de nuestros propios valores, o frenéticas diatribas sobre la «sinagoga de Satán» y la esperanza de que algún poder sobrenatural haga por nosotros lo que nosotros mismos rehusamos hacer.

Tenemos que comenzar por una comprensión racional de nuestra propia situación, y de nosotros mismos.

Tenemos que comprender, antes que nada, que en el mundo real la única prueba de superioridad biológica es la capacidad de una especie de sobrevivir y ampliar su dominio, necesariamente a costa de otras especies. Con ello se hace inmediatamente obvio que la seguridad de la raza internacional [los judíos] de ser enormemente superior a todas las demás razas, tiene unos sólidos cimientos.

A pesar de la oscuridad de sus orígenes raciales, se sabe que en un tiempo los judíos debieron haber sido una pequeña tribu de bárbaros, que practicaban asquerosas mutilaciones sexuales y costumbres, que observaban extraños tabúes, y que por lo demás eran similares a meros salvajes. Pero ésa al parecer despreciable tribu, mediante un arduo, inteligente e incansable trabajo a lo largo de más de

¹"La patraña del siglo XX", ["The Hoax of the Twentieth Century"] IHR, [Institute for Historical Review](http://www.institute-for-historical-review.com) Apartado de correos 2739, Newport Beach, California 92659, USA.

veinticinco siglos se ha convertido a sí misma, por sus propios esfuerzos, en la mayor potencia mundial de hoy día, y no está muy lejos de su gran objetivo, la posesión total del mundo entero. La Historia no proporciona paralelismo alguno para semejante formidable logro. Hay que contemplar ésto con respeto, e incluso con un temor reverencial.

Cuando tomamos en consideración este prodigioso logro, este asombroso triunfo sobre lo que parecía una debilidad insuperable, tenemos que reconocer que tal cosa sólo ha sido posible por la cohesión de esa raza, una virtud biológica que desearía que nuestra raza pudiera emular, por mucho que los judíos nos tengan prohibido hacerlo.

Los judíos han vencido gracias a su fuerte consciencia racial, y a una eficiente solidaridad. Es verdad que ha habido entre ellos disensiones violentas, cuando sus líderes luchan por el poder, y que en esas contiendas civiles las diversas facciones a menudo han reclutado a los *goyim* unos contra otros, pero sus facciones más violentamente antagónicas siempre han estado unidas en su odio subyacente hacia esos *goyim*.

Cuando, por ejemplo, Jesus ben Simon luchaba tenazmente contra su hermano Onías por el Sumo Sacerdocio de Jerusalén, la capital de su ubicua raza, ambos intentaban usar a los crédulos y bobalicones Seléucidas, pero no había duda alguna de que ambos consideraban a los estúpidos *goyim* como meras herramientas, que había que romper y desechar cuando hubieran servido a su propósito.

Hoy en día, existe todavía una cierta tensión entre los declarados sionistas y una minoría de judíos que prefieren explotar tranquilamente a las razas sometidas, temiendo que demasiadas y descaradas proclamas sobre la superioridad judía puedan hacer reaccionar a los *goyim*. Pero es una disputa sobre los medios, no sobre los fines, y es de destacar que esta minoría está rápidamente menguando, conforme la cobarde sumisión de los arios, incluso ante atrocidades tales como el bombardeo y ametrallamiento del "*U.S.S. Liberty*", les reafirma en su confianza de que a las bestias de carga siempre se las puede enjaezar para que trabajen para sus amos, sin que importe cuanto haya que apalearlas y patearlas.

Esta cohesión prácticamente perfecta, dicho sea de paso, ha de contabilizarse globalmente en el 'haber' de la superioridad intelectual de la que fanfarronean los judíos, y que temo hay que concederles cuando consideramos a la raza *en su conjunto*, por mucho que la nieguen muchos de los nuestros que personalmente solo conocen a judíos que, aparte de de su indudable astucia para hacer dinero a costa de los nativos, parecen estúpidos, o que se congracian con los arios entre quienes han elegido residir pretendiendo una insulsa participación en nuestra cultura (y no quiero decir con ésto que todas estas pretensiones sean necesariamente hipócritas).

Pero, a todos los efectos prácticos, la raza [judía] es hoy día, tal como alardeaba ya Josefo en sus tiempos, una unidad, y de un modo u otro está muy hábilmente dirigida en sus operaciones depredatorias contra las demás razas. Cuánto de esta altamente inteligente estrategia es instintiva, y cuánto es planificado por algún alto mando supremo, es algo que yo no voy a intentar cuantificar: las pruebas disponibles son contradictorias y no concluyentes.

La solidaridad racial de los judíos, además, incluye una tal completa subordinación del individuo hacia la raza, siempre que el bienestar de la raza esté en juego, que sugiere una hiperbólica comparación con la organización social de ciertos insectos, especialmente algunas especies de hormigas y abejas, en las que los individuos son virtualmente como tentáculos de un gran organismo, y me recuerda también a la esperanza que Roderick Hope expresaba en su "*El hombre post-histórico*" y "*Anatomía del futuro*" (Chapel Hill, 1950 y 1961), de que todas las especies humanas (excepto los «administradores», o sea, los judíos), pudieran ser reducidas a autómatas sin mente que funcionaran por reflejos, sin pensamiento ni consciencia, como cucarachas por ejemplo. Estas comparaciones son extravagantes, por supuesto, pero quizá no sean por completo irrelevantes.

Un ejemplo más impresionante de esta solidaridad racial es el hecho de que después de la elección de un gobierno alemán independiente dirigido por Hitler, los sionistas, tal como reveló un judío que residía en Alemania, J.G.Burg ("*Schuld und Schicksal*", Munich, 1962, con fotografías de documentos probatorios),

intentaran incitar pogroms y masacres a gran escala contra los judíos de Alemania, con el objetivo de facilitar una estampida del ganado ario de Gran Bretaña y los Estados Unidos para castigar a los alemanes por intentar tener un país propio. Los alemanes rehusaron a dejarse incitar y los esfuerzos judíos por provocar pogroms fueron infructuosos, así que les fue preciso comenzar la deseada guerra de otras formas y, tras la guerra, idear la farsa del «holocausto». Lo más notable de todo es que, hasta donde yo sé, ningún judío de ninguna parte (excepto el mencionado Burg) pareció ofenderse lo más mínimo por la admisión de Weizmann de que él consideraba la «aniquilación de los judíos de Alemania» un pequeño precio a pagar por el apoderamiento judío de Palestina. Esto es verdaderamente notable en una raza tan consciente de su solidaridad y su superioridad.

Es cierto, por supuesto, que los británicos y los americanos sabían que sus grandes Criminales de Guerra, Churchill y Roosevelt, forzaron deliberadamente la muerte de muchos miles de ingleses y americanos para complacer a sus amos judíos y poner en marcha la Cruzada Contra la Civilización Occidental, y no muestran ningún resentimiento por semejante y sanguinaria traición, pero son Arios, que han sido tan acobardados que parecen aceptar su estatus como especies inferiores y desechables.

Pero cuando son los judíos quienes aceptan la propuesta de masacrar grandes cantidades de su propia gente en beneficio de su raza, ésto *sí que es significativo*.

Siendo coherentes, la solidaridad racial de los judíos nos obliga a una humillante admisión de nuestra propia inferioridad. Nuestros apasionados «antisemitas» nos pintan a los judíos no solamente como vulgares y bárbaros (o sea, con modales que nosotros consideramos tales), sino también como traicioneros y avariciosos; pero, de hecho, no podemos señalar con seguridad ni a un solo judío que haya traicionado a su raza por su propio provecho, o por cualquier otra consideración, mientras que sabemos que la mayoría de los Arios traicionarían alegremente a su raza por unos cuantos cientos de dólares -digamos, quinientos, para incluir a los muy idealistas- o incluso por una palmadita en el hombro y la perspectiva de un beneficio futuro. El número de Arios que reconocen siquiera el interés común de su raza, aún sabiendo que son una minoría pequeña y odiada entre las razas envidiosas y prolíficas que conforman la gran masa de la población del planeta, es extremadamente pequeño. Una excepción a la regla fue el Comandante Josiah Tattnall de la Armada de los EE.UU., que, en 1859 dirigió el escuadrón americano en China para ayudar a las cañoneras británicas que intentaban forzar un paso de las fortificaciones chinas en la desembocadura del Pei-ho, citando la otrora proverbial expresión «La sangre es más espesa que el agua». Es significativo que, si me han informado bien, hayan quitado la estatua que tenía en la Academia Naval de los EE.UU. en Annapolis, porque fue tan malvado como para pensar que los Arios eran aptos para vivir.

Los americanos, al parecer, han sido tan bien adiestrados por los judíos que en la actualidad aceptan un estatus de animales tributarios, que existen para que todas las sabandijas del mundo puedan comer y excretar encima de ellos. Es destacable que durante la "guerra" de Vietnam, cuando las hordas de jóvenes americanos febriles y neuróticos (incitados y dirigidos, por supuesto, por agitadores judíos) formaban muchedumbres para gritar sus protestas, aullaban contra el sufrimiento de los dulces y mongoloides vietnamitas, pero nunca mencionaban a los jóvenes americanos que habían sido enviados a ese pozo negro racial para que los mataran o les infectaran de enfermedades orientales, con el objetivo de seguir haciendo propaganda de la degradación e impotencia de su nación y para proporcionar un pretexto para chuparles más la sangre a los imbéciles contribuyentes. La muerte de los soldados americanos era algo que los aulladores agitadores ni siquiera tenían en cuenta, dando por supuesto, obviamente, que para éso estaban los americanos (*[para que les mataran]*). Y de hecho, un teniente americano, un oficial comisionado de la Armada, fue posteriormente convicto y encarcelado porque había matado a algunos vietnamitas, en vez de dejar que ellos lo mataran a él, como un Ario debe hacer.

Y cuando pensaron que EE.UU. ya había sido suficientemente deshonrado y vuelto despreciable a los ojos de todos sus enemigos, uno de los amos judíos concertó una «paz»; encima, los estúpidos contribuyentes americanos aún tuvieron que sufrir "reparaciones" para compensar a sus enemigos, mientras que varios cientos de jóvenes soldados americanos, prisioneros del enemigo, quedaban alegremente abandonados para que los mantuvieran en jaulas o los torturaran hasta la muerte, como más complaciera a sus captores. A fin de cuentas no eran más que despreciables perros arios, y por lo tanto obviamente desechables. Hasta tales extremos de autoenvilecimiento ha llegado nuestra raza, y quizá ni siquiera sea sorprendente que los arios empleados por los judíos en la prensa y televisión cooperen alegremente en la ofensiva contra su propia raza y nación, a cambio de un salario y del beneplácito de sus amos.

En agudo y terrible contraste con esta manía suicida de nuestra raza, los judíos pueden legítimamente alardear de que jamás se ha conocido judío alguno que conscientemente haya traicionado a su raza.

Es verdad que ellos no se adjudican a sí mismos esta prueba de superioridad, sino al contrario, siempre están gimotendo sobre traiciones, pero esto es tan coherente con la inveterada y normal técnica judía de dárseles siempre de «perseguidos» que uno se inclina a cuestionar todas y cada una de las supuestas «traiciones» aducidas por ellos.

(Pfefferkorn)

Se oye a muy a menudo a los judíos renegar de Pfefferkorn, el judío aquel que, habiéndose hecho rociar con el agua mágica de los cristianos, se hizo Dominico y reveló a los *goyim* ciertos contenidos del Talmud babilónico. Nadie puede asegurar hoy día lo que pasaba por la cabeza de Pfefferkorn, pero si lo contemplamos históricamente, es obvio que consciente o inconscientemente jugó un papel importantísimo y posiblemente crucial en la instigación del gran cisma religioso de Europa de comienzos del siglo 16, prestando de esta forma un gran servicio a sus compatriotas, al incitar a los *goyim* a masacrarse unos a otros durante siglos y a devastar sus propios países, para enorme provecho, así como satisfacción espiritual, de los judíos entonces residentes en Europa.

(Henry Klein)

Los judíos hablan amargamente sobre Henry Klein, un fiscal judío que, durante el prematuro Terror Judío en los Estados Unidos de 1944 no traicionaba a sus clientes americanos, como todo buen abogado judío debería hacer, sino que los defendía ante el juez Federal judío que había sido designado por nuestro gran Criminal de Guerra (*Roosevelt, según ha mencionado antes*) para destruirlos y así aterrorizar a todos los perros americanos que osaban no lamerles las botas a sus amos. Los judíos acosaron a Klein de tal modo que éste denunció a los sionistas (por ejemplo en su panfleto "*El sionismo nos gobierna*" ["*Zionism Rules*"]², que hizo imprimir a sus expensas en 1955) pero siguieron hostigándolo hasta hacer que se suicidara.

Pero, fijémonos bien, Klein denunciaba a los Sionistas, *no* a su propia raza, y es más que razonable pensar que, por muy equivocado que estuviera, creía estar protegiendo a sus compatriotas de EE.UU., no perjudicándoles. Debe recordarse que aunque era en 1944, los americanos no estaban tan postrados y acobardados como lo están ahora. Por ejemplo, en 1939-40 un americano, Paul Beshner, que había disfrutado una breve temporada de protagonismo político unos años antes, podía permitirse asegurar a sus amigos judíos: «*Como nos metáis en una guerra contra Alemania, no pasará mucho antes de que los americanos estén cazando judíos en la Avenida Michigan [en Chicago], sin licencia de caza*». En 1940 algunos judíos se quedaron (según él) impresionados por esta predicción, y bastantes americanos bien enterados, entre los que se hallaban oficiales de los cuerpos de inteligencia de todos los ejércitos, durante la guerra de 1941-45, esperaban muy drásticas represalias contra los judíos tras dicha guerra. Es en éste contexto en el que hay que situar y entender la supuesta 'traición' de Klein a su raza.

(Benjamin Freedman)

La mayoría de los judíos odian a Benjamin Freedman, que en sus libros "*Los hechos son los hechos*" ["*Facts are facts*"] y "*La tiranía oculta*" ["*The Hidden Tyranny*"]³ citaba unos cuantos pasajes bien conocidos del Talmud y otras escrituras judías, que nunca hubiera debido permitirse que vieran los innobles *goyim*. Freedman, al contrario que muchos judíos que se habían rociado con agua bendita y fueron aupándose hasta cargos de poder en las diversas iglesias cristianas durante la Edad Media y en la época de la Reforma y la Contrarreforma, concitó un odio letal por parte de muchos judíos. Cuando le conocí hace ya muchos años, me dijo -supongo que sinceramente- que cuando él y su esposa estaban iban en el ascensor del carísimo edificio de apartamentos de Nueva York en el que vivían, y entraban al mismo los riquísimos judíos que vivían en el mismo edificio, les escupían a él y a su esposa a la ropa, por todas partes, para

² Disponible en CDL Report, Ap.Postal 449, Arabi, LA 70032, www.cdlreport.com

³ También disponibles en CDL Report.

mostrarles su desaprobación de ese modo típicamente judío. Freedman, sin embargo, no pretendía traicionar a su raza; al contrario, estaba convencido (erróneamente, al parecer) de que él era racialmente un judío *de verdad*, mientras que la mayoría de los judíos eran turco-mongoles que se habían disfrazado de judíos y taimadamente habían llegado a dominar a la raza judía, a la que él no pretendía despreciar, ni mucho menos traicionar. Muy al contrario, él consideraba que estaba protegiendo a su propio pueblo, a costa de un gran sacrificio personal, de las represalias que algún día pudieran recaer sobre ellos.

(El 'propagador' de "Los protocolos de Sion")

El ejemplo más claro de traición de un judío a los judíos sería el de los famosos "Protocolos de los sabios de Sión", si, como se afirma en ciertos relatos sobre su publicación, dicho documento hubiera sido vendido por un judío a los servicios de inteligencia rusos a cambio de un cierto dinero. No obstante, los judíos claman a voces que "Los protocolos" son una falsificación. Esta alegación fue aceptada durante largo tiempo con el argumento de que era extremadamente improbable que los judíos pusieran tan imprudentemente por escrito semejante declaración de sus propósitos, y en consecuencia era ampliamente admitido que el documento fue falsificado por algún hombre blanco que tenía un fenomenal conocimiento sobre los judíos, y una asombrosísima capacidad para predecir lo que iba a suceder en las décadas posteriores. Pero recientes exhibiciones de arrogancia judía, y de desprecio hacia la mentalidad aria sugieren, sin embargo, una reconsideración del problema. Puede dudarse si un hombre de nuestra raza podría haber tan perfectamente anticipado y descrito, en los últimos años del siglo 19, las políticas que los judíos iban a poner en efecto en el siglo XX, hasta el momento actual. Pero sea como sea, no podemos considerar a "Los Protocolos" como prueba de que un judío traicionara a su raza.

(Benjamin Disraeli)

Los judíos a menudo denuncian como «traidor» a Benjamin D'Israeli, quien en su novela "*Coningsby*" (1844) y en muchos discursos y libros hasta su "*Endymion*" (1880), decía a los británicos con total franqueza que lo único realmente importante era la raza, y que posteriormente les dijo que todos los gobiernos de Europa estaban en realidad controlados por los judíos, que operaban detrás de las banbalinas y que dictaban las políticas de los aparantes gobernantes, ya fueran monarcas o cargos electos. Algunos de los nuestros, entre los que se hallan el fallecido Douglas Reed en su póstuma "*Controversia de Sión*", pensaban que D'Israeli intentaba advertir a los británicos sobre el poder y objetivos de los «Sionistas». Yo no pretendo saber lo que pasaba por la mente de D'Israeli -no presumiría de adivinar tal cosa ni en caso de haber sido miembro de nuestra raza, y no pertenecer a otra de mentalidad tan diferente a la nuestra que sólo podemos hacer conjeturas sobre sus procesos- pero hago notar que podría haber emitido las supuestas «advertencias» en la confianza de que los anglosajones eran demasiado estúpidos para entenderlas, y que sus declaraciones sobre el tema, al igual que su conducta poco convencional y sus chillonas vestimentas, le servían para hacerse propaganda, tanto que alcanzó poder político en Gran Bretaña, se convirtió en el primer Primer Ministro declaradamente extranjero del Imperio Británico, y en el primer judío no disfrazado en entrar en la Cámara de los Lores, como Conde de Beaconsfield. En 1858 Lord Harrington, comentando sobre el pillaje a que sometía a todas las naciones la raza parásita internacional a través de las finanzas internacionales, el control de la prensa, y la agitación revolucionaria, señaló que los judíos sólo adquieren la 'ciudadanía' de una nación para sabotearla. Lord Galloway estuvo de acuerdo, comentando que si no se ponía freno a la subversión judía de Gran Bretaña, podría llegar un día en que un Primer Ministro corrupto fuera sobornado para conferir un título de nobleza británico a alguno de los extranjeros. Diez años después, D'Israeli se convertía en Primer Ministro del Imperio Británico, y en 1876 se convertía en el Conde de Beaconsfield, mientras los judíos de todo el mundo se reían despreciativamente ante otra prueba más de que los *goyim* nunca aprenden.

Cuán grande fue la corrosión del carácter inglés en aquellos años puede estimarse a partir de un simple dato. Uno de los más destacados escritores británicos, Louise Ramée ("Ouida"), en su "*Strathmore*" (1865), mencionaba de pasada en un descriptivo pasaje a «los vampiros de Israel, que, como su antepasado y primer usurero, Jacob, saben muy bien cómo tratar con los muertos de hambre, y nos venden nuestro rancho de potaje a un precio no menor que el de nuestra primogenitura». Nadie se sintió molesto por esta referencia como de pasada a lo que todo el mundo sabía. Pero menos de un siglo después, semejante referencia por parte de un novelista habría sido una audacia suicida. Sus [de ella] editores se verían de repente arrastrados a la bancarrota; su [de ella] libro, por muy loable que fueran sus cualidades

literarias, no habría sido ni mencionado por crítico alguno; habría sido difamada en todos los periódicos por "Nazi"; y todos los bien adiestrados lelos se encogerían de aborrecimiento ante la contaminación de su [de ella] presencia. Los anglosajones no sólo se acobardan ante el Terror Judío, sino que se enorgullecen de su servidumbre.

[NdT: El hecho de usar el femenino sugiere que está hablando del caso real de una escritora, pero no la menciona por su nombre.]

No es mera coincidencia que "Strathmore" fuera publicado tres años antes de que un judío se convirtiera en el Primer Ministro de la Reina, alcanzando de este modo el climax una prolongada y paciente subversión de las clases superiores mediante la usura, los sobornos y la técnica de casar judías con enormes dotes con los hijos de nobles avariciosos o miembros de la aristocracia terrateniente .

(Samuel Roth)

Los judíos se quejan amargamente de ciertos miembros de su tribu que indiscretamente publicaron en los Estados Unidos de 1930 francos comentarios sobre las innatas diferencias entre los judíos y nuestra raza. El peor transgresor probablemente fue Samuel Roth, el cual tras haber sido repetidamente estafado por otros judíos, y advertido de que debía sufrir en silencio por mor de la solidaridad racial, publicó su "Los judíos deben vivir" ["Jews must live"]⁴ en 1934, escribiendo en una «agonía espiritual» para describir conductas y hábitos que eran, en cualquier caso, obvias para cualquier observador cuidadoso de lo que otro judío fanfarronamente llamaba «la nación dentro» de los EE.UU. [the «nation within» the US]. No cuestiono la sinceridad de Roth, pero ¿acaso su comentario sobre «la espantosa ciénaga en que los judíos han convertido a la Civilización Occidental» mermó el poder de la ubicua tribu de la que él desertaba? La respuesta es obvia. Dos años antes de que Roth escribiera su libro, el pueblo alemán, sobre el que los judíos se habían cebado durante siglos antes de que D'Israeli señalara, él concretamente, que imaginaran lo que se imaginaran los estúpidos alemanes, su nación estaba en realidad gobernada por los financieros judíos, hizo un valiente esfuerzo por recuperar el control de su propio país y convertirse en una nación independiente. El resultado lo conocemos todos. Los judíos, mediante su control de la prensa y de numerosos esbirros, de los cuales Winston Churchill y Franklin Roosevelt eran meramente los más aborrecibles especímenes, mandaron en estampida enorme hordas de enloquecidos arios desde Bretaña, Francia y los Estados Unidos sobre Alemania para perpetrar atrocidades que para siempre les quitarían el derecho a reclamarse hombres civilizados, y dando de esta manera al mundo una lección inolvidable sobre lo que les ocurre a los perros Arios que se atreven a desobedecer a sus divinamente designados amos. ¿Puede alguien maravillarse de que los judíos sientan un tal soberano desprecio hacia un ganado tan fácil de devolver al redil? ¿Y puede un observador racional dejar de preguntarse si ese desprecio no está ampliamente justificado, y si el suicidio de Occidente no es prueba de alguna inferioridad biológica de nuestra propia raza?

3. La estrategia judía en acción: la antigua Alejandría

[NdT. Sinopsis: el autor nos muestra como ya en la Alejandría de hace 2000 años los judíos usaban y abusaban de las mismas tácticas que hoy día en EE.UU.]

En los primeros años de nuestra era los judíos de entonces andaban atareados (igual que ahora), vendiendo religión y revolución a los nativos, y es sin duda a éso a lo que el Emperador Claudio se refiere cuando en el año 41 d.C., en su carta de advertencia a los judíos de Egipto (que se conserva en el papiro del Museo Británico, P.Lond. 1912), los describe como «instigadores de una plaga universal».

Esta frase de Claudio es la mejor descripción que he visto del carácter biológicamente innato de los judíos. Espero no escanzalizarle, y si lo hago le recomiendo que observe un poco, objetivamente, a los judíos que se involucran en acciones colectivas.

La publicación de estos papiros del Museo Británico se detuvo en el Volumen V, justo al llegar a un

⁴ Disponible en Catholic Books, Box 350333, Ft Lauderdale, FL 33335.

grupo de papiros, comenzando por el nº 1912, que tratan de los judíos y cristianos en Egipto. No obstante, el resto fueron editados en un volumen aparte por H. Idris Bell, Londres, 1924, y pueden encontrarse a su nombre en cualquier biblioteca decente. El porqué las series oficiales se detuvieron justamente ahí (y porqué nunca se continuaron), me es desconocido. Uno sospecharía que había judío encerrado (*gato encerrado*).

P.Lond.1912 es un fragmento de papiro largo y excelentemente conservado. Es una copia privada de un edicto de Claudio que fue colocado por lugares públicos de Alejandría el año 41 d.C., y está completo. Está en griego, no en latín, porque en Egipto todas las personas alfabetizadas (griegos, judíos, egipcios, y los relativamente pocos romanos que hubiera como gobernadores y comandantes militares) sabían griego, mientras que el latín sólo lo conocían los oficiales romanos. Bell cree que nuestro texto griego fue traducido desde el texto latino de Claudio, pero yo estoy seguro de que el texto es lo que Claudio en persona dictó en griego a su secretario. Como todo romano educado de su tiempo, Claudio hablaba y escribía fluidamente el griego, e incluso era un poco académico, pues escribió dos importantes obras históricas (ahora perdidas) en griego. Este texto griego contiene peculiaridades estilísticas características de la mentalidad de Claudio, y un traductor es casi seguro que las hubiera eliminado.

Claudio, que nació en el año 10 a.C., era hijo del niño del que Livia estaba embarazada cuando Augusto se casó con ella. De ser legítimo [este niño], era hijo del primer marido de Livia, hermano menor del Emperador Tiberio. Si como muchos sospechan, era ilegítimo, el padre probablemente fuera el propio Augusto, aunque nunca reconoció su paternidad. La madre de Claudio era hija de Marco Antonio. De niño Claudio sufrió una poliomielitis o alguna enfermedad similar, que le dejó con un pie parcialmente paralítico, cierta dificultad al hablar, y convulsiones espasmódicas de los músculos de cara y cuello. Considerado no apto para la vida pública, se dedicó al estudio de la historia y las antigüedades, llegando a ser tan erudito como pedante. Era bastante inteligente, pero tímido, excitable y crédulo, especialmente con las personas que le habían mostrado alguna atención y profesado amistad en sus primeros 55 años de su vida, durante los cuales se le consideraba como una torpe y ridícula nulidad política, el blanco de todas las chanzas de su sobrino Calígula.

Entre quienes consiguieron su gratitud y confianza había un cierto número de astutos judíos de gran riqueza e influencia en Roma, entre ellos Marcus Julius Agripa (nótese el nombre impecablemente romano: es un nieto del Herodes que aparece en casi todas las versiones de la historia de Cristo), el cual, cuando los bárbaros mercenarios amotinados tras el asesinato de Calígula encontraron escondido, mientras saqueaban el palacio, al viejo Claudio en un armario, y lo sacaron a rastras para proclamarlo Emperador, se las arregló mediante sutiles y ladinas maquinaciones y sobornos para consolidar a Claudio y hacer que el Senado lo reconociera Emperador. Claudio lo recompensó generosamente, y siempre estuvo bajo la influencia de los judíos prominentes de Roma. Es este hecho lo que hace tan significativa su declaración (*de Claudio sobre los judíos*).

Alejandría, por supuesto, fue fundada por Alejandro Magno, como una ciudad griega en el conquistado Egipto, y bajo la dirección de sus sucesores griegos, los Tolomeos, se convirtió en la capital de dicho país. Su posición como único verdadero puerto de Egipto contribuyó a su enorme prosperidad y, naturalmente, los judíos afluyeron en manadas desde sus colonias de todo el mundo civilizado.

Alejandría se convirtió en la Nueva York del mundo antiguo, o sea, en la mayor ciudad judía. Los judíos se apoderaron de dos de los cinco barrios de la ciudad para sus guetos, de los cuales excluyeron, de manera extraoficial pero de hecho, a los blancos, aunque naturalmente, ellos insistían en forzar su presencia en todos los otros barrios de la ciudad, y en hacerse detestables en su forma habitual.

Los judíos siempre traicionan a los países en los que se están cebando de los nativos, así que naturalmente, cuando Augusto atacó Egipto los judíos, con toda naturalidad, traicionaron a los griegos, que permanecían leales a Cleopatra, la última de los Tolomeos. Augusto castigó a los griegos por su lealtad privándolos de su autogobierno local, y a los judíos les recompensó su traición con muchos privilegios especiales, entre ellos el derecho a tener una especie de gobierno judío propio.

Los judíos, ahora con los humos subidos, naturalmente se propasaron más que nunca con los griegos, entrometiéndose en los gimnasios y otras instituciones griegas que tradicionalmente eran sólo para

griegos, e incitando algaradas cada vez que los griegos los «persegúan» tanto que no les reconocían como una raza inmensamente superior. El resultado fue una interminable serie de disturbios civiles que los romanos se veían impotentes para detener, porque ningún gobierno se atrevía a revocar la concesión de privilegios especiales que Augusto había hecho a los judíos. En el segundo año de Claudio como emperador, se produjo en Alejandría otro de dichos perennes alborotos, que prácticamente se convirtió en una guerra civil en la ciudad, que era la más populosa del mundo antiguo.

[NdT: los antiguos 'gymnasium' griegos eran instituciones académicas equivalentes a los institutos de enseñanza media actuales.]

Los griegos de Alejandría enviaron a Claudio una embajada de sus más importantes ciudadanos, para solicitarle la restauración de su gobierno autónomo local y explicarle el motivo de los disturbios; y los judíos, por supuesto, enviaron otra embajada propia para lloriquear y gimotear sobre como estaban siendo «perseguidos» por los perversos *goyim*.

El edicto de Claudio, del cual el papiro es una copia, se dirige a los griegos de Alejandría y anuncia su decisión concerniente a las peticiones que le han hecho sus enviados. Consta de:

1. Un preámbulo del prefecto romano que hizo colocar las copias del edicto para su exhibición en lugares públicos,
2. Una sección en la que se listan todos los títulos de Claudio y los nombres de los enviados griegos,
3. Concesión de permisos para hacer celebraciones públicas del cumpleaños de Claudio, erigir estatuas en su honor y etc.,
4. La confirmación del derecho de los griegos a tener un sistema educativo griego que conceda licencias de ciudadanía alejandrina,
5. La concesión de los cambios solicitados en los nombramientos de cargos para ciertos templos, y otros cargos menores,
6. La promesa de tomar en consideración la solicitud de los griegos de restaurar su autogobierno local (pero nunca se lo concedió: a los judíos les hubiera dado un berrinche si hubieran sido tan «perseguidos»), y,
7. Una declaración sobre los recientes disturbios, y una advertencia contra su repetición (que, por lo que sé, mantuvo la paz durante once años).

Es esta última sección la que nos interesa.

Aquí está el texto de la parte final del edicto. La reproduzco de "*Documentos ilustrativos de los reinados de Claudio y Nerón*", de N. P. Charlesworth (Oxford, 1936) [*Documents Illustrating the Reigns of Claudius and Nero*]. El texto presentado aquí está con capitalización, puntuación y separación moderna de palabras; cualquiera que sepa griego debería poder leerlo de corrido.

CLAUDIUS

οὐκ ἔχω λέγειν, ὅτι δὲ ἐπὶ τῶν πρὸ ἐμοῦ Σεβαστῶν οὐκ εἶχετε σαφῶς οἶδατε. Καινοῦ δὲ πράγματος νῦν πρῶτον καταβαλλομένου ὅπερ ἄδηλον εἰ σινοίσει τῇ πόλει καὶ τοῖς ἐμοῖς πράγμασι, ἔγραψα Λίμιλλῳ Ῥήκτω διασκέψασθαι καὶ δηλῶσαί μοι εἴ τε καὶ συνίστασθαι τὴν ἀρχὴν δεῖ, τὸν τε τρόπον, εἴπερ ἄρα συνάγειν δέοι, καθ' ὃν γενήσεται τοῦτο. Τῆς δὲ πρὸς Ἰουδαίους ταραχῆς καὶ στάσεως, μᾶλλον δ', εἰ χρὴ τὸ ἀληθὲς εἰπεῖν, τοῦ πολέμου, πότεροι μὲν αἴτιοι κατέστησαν, καίπερ ἐξ ἀντικαταστάσεως πολλὰ τῶν ὑμετέρων πρέσβων φιλοτιμηθέντων καὶ μάλιστα Διονυσίου τοῦ Θεώνος, ὅμως οὐκ ἐβουλήθη ἀκριβῶς ἐξελέγξαι, ταμιευόμενος ἐμαυτῷ κατὰ τῶν πάλιν ἀρξάμενων ὀργὴν ἀμεταμέλητον· ἀπλῶς δὲ προσαγορεύω ὅτι, ἂν μὴ καταπαύσητε τὴν ὀλέθριον ὀργὴν ταύτην κατ' ἀλλήλων αὐθάδιον, ἐκβιασθήσομαι δεῖξαι οἷόν ἐστιν ἡγεμῶν φιλόανθρωπος εἰς ὀργὴν δικαίαν μεταβεβλημένος. Διόπερ ἔτι καὶ νῦν διαμαρτύρομαι ἵνα Ἀλεξανδρεῖς μὲν πραέως καὶ φιλοανθρώπως προσφέρωνται Ἰουδαίοις τοῖς τὴν αὐτὴν πόλιν ἐκ πολλῶν χρόνων οἰκοῦσι καὶ μηδὲν τῶν πρὸς θρησκείαν αὐτοῖς νενομισμένων τοῦ θεοῦ λυμαινῶνται, ἀλλὰ ἐῷσιν αὐτοὺς τοῖς ἔθεσιν χρῆσθαι οἷς καὶ ἐπὶ τοῦ θεοῦ Σεβαστοῦ, ἅπερ καὶ ἐγὼ διακούσας ἀμφοτέρων ἐβεβαίωσα· καὶ Ἰουδαίοις δὲ ἀντικρυσ κελεύω μηδὲν πλείω ὢν πρότερον ἔσχον περιεργάζεσθαι μηδὲ ὡσπερ ἐν δυσὶ πόλεσιν κατοικοῦντας δύο πρεσβείας ἐκπέμπειν τοῦ λοιποῦ, ὃ μὴ πρότερόν ποτε ἐπράχθη, μηδὲ ἐπεισπαίειν γυμνασιαρχικοῖς ἢ κοσμητικοῖς ἀγῶσι, καρπομένους μὲν τὰ οἰκεία ἀπολαύοντας δὲ ἐν ἀλλοτρίᾳ πόλει περιουσίας ἀφθόνων ἀγαθῶν, μηδὲ ἐπάγεσθαι ἢ προσίεσθαι ἀπὸ Συρίας ἢ Αἰγύπτου καταπλέοντας Ἰουδαίους, ἐξ οὗ μείζονας ὑπονοίας ἀναγκασθήσομαι λαμβάνειν· εἰ δὲ μή, πάντα τρόπον αὐτοὺς ἐπεξελεύσομαι καθάπερ κοινήν τινα τῆς οἰκουμένης νόσον ἐξεγείροντας. Ἐὰν τούτων ἀπουστάντες ἀμφοτέροι μετὰ πραότητος καὶ φιλοανθρωπίας τῆς πρὸς ἀλλήλους ζῆν ἐθελήσητε, καὶ ἐγὼ πρόνοιαν τῆς πόλεως ποιήσομαι τὴν ἀνωτάτω καθάπερ ἐκ προγόνων οἰκείας ἡμῖν ὑπαρχούσης. Βαρβίλλῳ τῷ ἐμῷ ἐταίρῳ μαρτυρῶ αἰεὶ πρόνοιαν ὑμῶν παρ' ἐμοὶ ποιουμένῳ, ὃς καὶ νῦν πάσῃ φιλοτιμίᾳ περὶ τὸν ἀγῶνα τὸν ὑπὲρ ὑμῶν κέχρηται, καὶ Τιβερίῳ Κλαυδίῳ Ἀρχιβίῳ τῷ ἐμῷ ἐταίρῳ. Ἐρρωσθε.

Par. Lond. 1912, II. 14-108.

El papiro original (con el cual yo comparé este texto hace años, de manera que puedo garantizar la exactitud de esta transcripción) está en mayúsculas sin separación de palabras, y tiene otras peculiaridades gráficas problemáticas para cualquiera que no haya trabajado con papiros griegos. La sección sobre los disturbios, que voy a traducir, comienza en la sexta línea.

Debe estar ya traducida al inglés, al menos una vez, pero no sé donde se ha publicado dicha traducción, así que para ahorrarnos tiempo la voy a traducir yo mismo aquí. Las palabras entre paréntesis son mis añadidos explicativos. Si desea una versión para comparar con la mía, creo que es probable que este papiro haya sido incluido en los dos o tres volúmenes de "Papiros selectos" en las series de Loeb, que no tengo a mano. (Si no se ha incluido éste, en lo que supuestamente es una selección de los papiros más interesantes, sería un hecho significativo en sí mismo) (*sobre todo habiendo hecho la selección un 'Loeb'!*). Voy a intentar que el inglés refleje algo el peculiar estilo de Claudio:

«Y en cuanto a quienes fueran responsables del estallido e insurrección, o más bien, si hemos de designarlo correctamente, de las guerras contra los judíos, aunque vuestros enviados y especialmente Dioniso hijo de Theon se han distinguido en argumentos al ser confrontados con sus adversarios (judíos), he decidido no obstante no investigar exhaustivamente el asunto, y registrar en los libros de mi mente una implacable indignación contra cualquiera de los pueblos que recomience las hostilidades; en este momento advierto categóricamente de que si ambos pueblos no desisten de su desastroso y contumaz odio del uno al otro, me veré obligado a demostrar cómo puede portarse un gobernante benévolo cuando se suscita su justa cólera. Por consiguiente, en este momento conmino de la manera más solemne a los alejandrinos a comportarse con tolerancia y amabilidad hacia los judíos que llevan largo tiempo viviendo en la misma ciudad, y a no obstruir ninguno de sus acostumbrados ritos en el culto a su dios, sino a permitirles observar las costumbres que seguían en la época del divino Augusto, que yo ahora ratifico, tras oír a ambas partes del caso. Por otro lado, en este momento ordeno a los judíos que no hagan campañas en pro de más privilegios que los que llevan largo tiempo disfrutando, y que no vuelvan a tener la insolencia sin precedentes de enviar a sus propios embajadores, como si estuvieran viviendo en un estado aparte, y además (les ordeno) que no se entrometan en los juegos y concursos que organizan los gimnasiarcas y cosmetae (cargo públicos que presidían la educación física e intelectual de los jóvenes griegos, y que organizaban exhibiciones abiertas solamente a los ciudadanos de Alejandría), mientras ellos (los judíos) cosechan el provecho de sus privilegios especiales⁵ y, viviendo en una ciudad que no es suya, disfrutan de las generosas ventajas de esa ciudad; y además (ordeno a los judíos) no importar ni introducir (o sea, a Alejandría) por barco a judíos del Asia Menor o Egipto (del cual Alejandría estaba separada administrativamente), un comportamiento que debe necesariamente suscitar en mí las más graves sospechas. De lo contrario (o sea, si los judíos no obedecen), tomaré venganza contra ellos por todos los medios como instigadores de lo que es una plaga universal por todo el mundo civilizado.

Si ambos pueblos, desistiendo de estas prácticas, se muestran deseosos de vivir juntos con tolerancia y amabilidad el uno hacia el otro, yo, por mi parte, mostraré mi máximo interés por la prosperidad de la ciudad (Alejandría), como unida que está a nosotros en amistad desde el tiempo de nuestros ancestros.

Os aseguro que mi amigo (Tiberio Claudio) Barbillus (uno de los seis ciudadanos romanos de entre los doce enviados de Alejandría) ha mostrado solicitud por vuestro bienestar siempre que ha aparecido ante mí, y que ha defendido ahora vuestra causa con gran celo y distinción, y lo mismo sirve para mi amigo, Tiberio Claudio Archibius (otro de los enviados). Adios.»

La traducción podría pulirse un poco más, pero muestra el significado. La frase en la que estamos particularmente interesados, delineada en detalle, dice:

⁵Los ciudadanos alejandrinos pagaban fuertes tasas locales, y a los residentes no ciudadanos (incluso a los nativos egipcios) se les imponían tasas adicionales, pero según nos enteramos ahora por el papiro de Berlín (Nº8877), uno de los privilegios de los que alardeaban los judíos era la exención de todas esas tasas. Naturalmente, ¡no querían hacerse ciudadanos de la ciudad!

«Pero si no (lo hacen), desencadenaré sobre ellos venganza en todas las formas, por cuanto (=en base a que) son personas que fomentan (=incitan, propagan) una enfermedad (=pestitencia, plaga) universal (=ubicua, que se encuentra en todas partes) del oecumene (o sea, del mundo colonizado y habitado, como algo distinto de las junglas, estepas y desiertos).»

Habrà podido notar que en Alejandría los judíos se comportaban con toda normalidad, no solo gimoteando sobre que les «persegúan» por culpa de su Amor a Dios, a la vez que pretendían entrometerse en cualquier lugar donde los despreciados *goyim* tuvieran la esperanza de tener algo de privacidad para ellos, sino que incluso importaban ilegalmente compatriotas parásitos para depredar al ganado blanco, al igual que los judíos estan continuamente importando miles de sus congéneres a los EE.UU., no solo a través de la frontera de Canadá, sino por barcos que desembarcan miles de estas queridas criaturas en Red Hook de Long Island, desde donde las llevan en limusina hasta la Nueva Jerusalén, comúnmente llamada Nueva York City, en abierto desafío a los agente de inmigración, que saben lo que pasa pero no se atreven a intervenir.

4. La supervivencia de los más aptos

[Sinopsis: La supervivencia depende tanto de la fuerza como de la astucia, y las minorías deben usar la astucia. Las pretendidas historias de conquistas judías son invenciones sin base histórica.]

Los pocos arios que se atreven a criticar a los judíos suelen indignarse por los métodos con que estos inmigrantes foráneos se hacen con el control, métodos que, en efecto, son inmorales según nuestras normas de conducta civil, y dentro de nuestras sociedades. Pero vamos a ser imparciales, y lo es es más importante, objetivos.

La supervivencia de los mas aptos siempre ha sido, y siempre será, ley inmutable de vida en este planeta. A los mamíferos que no dependen de la mera fecundidad para preservar su especie (por ejemplo los conejos, lemmings, etc) no les quedan más que dos recursos: fuerza y sigilo, este último para compensar la falta de la primera. Incluso los leones macho, que hemos elegido como símbolo de coraje, dependen para su sustento de las presas que sus hembras capturan saltando desde su emboscada. Los elefantes son animales nobles, símbolo de fuerza, pero caen presa de la astucia de otras especies más débiles, como los tigres y los hombres.

Es una peculiaridad de nuestra raza -que los judíos consideran especialmente infantil y necia- el que nuestro ideal de victoria sea sólo la obtenida en leal combate. Nuestra mentalidad racial está dominada por un sentimiento que encuentra expresión en nuestros queridas escenas de caballeros medievales, igualmente equipados, luchando en buena lid, o en las narraciones de aventuras de la Tabla Redonda del Rey Arturo. Pero incluso en nuestros romances, el combate justo como ideal sólo lo es si se produce entre individuos de nuestra raza, que cumplen nuestras normas raciales de honor personal. Y en la práctica, nuestra raza ha aceptado modificaciones [a estas normas] que hoy día nos parecen algo estrambóticas: por ejemplo entre las familias feudales de Islandia se consideraba aceptable matar a un hombre atacándole en una emboscada *siempre que* uno se jactara de su hazaña, para de esta forma evitar la acusación de cobardía, al indicar al clan de la víctima en quién debían vengar su muerte.

En la guerra, incluso entre naciones de nuestra raza, nuestro ideal de «combate leal» se desecha como irrelevante, a menos que sostengamos que esa «lealtad» no solo incluye la valentía física, sino también la planificación y previsión inteligente, que puede ser descrita como astucia. Admiramos la estrategia tanto como la valentía. En la proverbial historia del Caballo de Troya, no censuramos el engaño que practicó Sinon, sino más bien la superstición y credulidad de los Troyanos, que cayeron víctimas de la treta griega; y aunque podemos sentir compasión por algunos individuos troyanos que sufrieron por la locura de su pueblo, no sentimos piedad por el pueblo en su conjunto, a menos que atribuyamos su credulidad a alguna fuerza externa a ellos, y creamos que tenían la mente ofuscada por el poder sobrenatural de algún o algunos dioses. Todos los grandes generales de la historia han conseguido sus victorias no por la indispensable valentía de su hombres, sino por su estrategia, es decir, por su habilidad para sobrepasar en ingenio a sus enemigos mediante alguna forma de engaño.

Hasta tenemos un aforismo que afirma que «en la guerra todo vale», y damos por sentado que la

parte físicamente más débil, si no quiere sucumbir, tiene que echar mano de una superior astucia.

Cuando los europeos se instalaron por vez primera en el Hemisferio Occidental, eran pocos en número -tan pocos que ni siquiera su superioridad en armamento y disciplina sobre los aborígenes compensaba su inferioridad numérica-, y no vacilaron en emplear algunas tribus indias para derrotar y destruir a otras, a menudo instigando y siempre sacando provecho de las disensiones internas de una raza de cuyo continente tenían intención de apoderarse. Semejantes recursos al engaño siempre los hemos considerado justificados, como arma de la debilidad física contra la fuerza física ⁶.

Ahora bien, los judíos siempre han sido físicamente (o sea, numéricamente) un pueblo más débil. Donde quiera que se hayan hospedado han sido una pequeña minoría entre los *goyim*. Incluso en los EE.UU. de hoy día, donde en la actualidad reside el más numeroso grupo de su raza, las estimaciones razonables de su número no exceden de los veinte millones. Estas estimaciones son a la fuerza aproximadas, porque cuando se hizo el censo hace diez años, los judíos prohibieron al gobierno 'americano' determinar el número de judíos que confiesan abiertamente su estatus foráneo practicando públicamente su religión. Los informes propios de los judíos sobre su número en términos religiosos, son, como ya Mark Twain observó hace mucho tiempo, total y absurdamente ridículos, aunque algunas personas aducen caritativamente que las cifras se obtienen conteando sólo a los cabezas de familia masculinos e informando sobre éstos como población total, y que si los estúpidos *goyim* dan por supuesto que las estadísticas [judías] se compilan en los mismos términos que las suyas, incluyendo en el total a mujeres, niños y personas dependientes, es culpa suya. En cualquier caso, incluso un conteo preciso de los foráneos que asisten a las sinagogas no sería concluyente, porque a uno aún le quedaría por adivinar la cantidad de *marranos*. Una gran parte de la fuerza judía en todos los países está formada por *marranos*, judíos que, usando las camaleónicas habilidades de su especie, se disfrazan eficientemente.

NdT: «marrano» = criptojudío, judío falsamente convertido al cristianismo, que practica su religión en secreto.]

Yo he ojeado a menudo las listas de nacimientos presentadas por los judíos en su propio "*Detroit Jewish News*" y no he podido dejar de notar que la mayoría de los días no había ningún nombre que delatara la raza del niño. Los nombres de pila de padres e hijos eran todos 'cristianos', con cierta preferencia por nombres tradicionalmente escoceses, y los apellidos sugerían todos una ascendencia británica, francesa, o a veces eslava. Estos ejemplos de judíos enmascarados bajo nombres supuestos, hay que recordarlo, son todos judíos que, al insertar tales anuncios en sus propios periódicos, están confesando su raza. Muchos *marranos* se abstienen de tales indiscrecciones, y algunos son tan adictos al camuflaje que sus conocidos o asociados se quedan atónitos cuando algún accidente o indiscrección desvela la raza de esa persona que parecía ser un americano, inglés, sudafricano, alemán, francés, o cualquier otro miembro de nuestra raza.

Pero aun teniendo en cuenta todas estos casos de maestría judía en el disfraz, tenemos que admitir que en los EE.UU. siguen siendo una minoría, sin duda superados en número por los arios, los cuales probablemente siguen siendo la mayoría absoluta en su propio país, superando en número al total de todas los inmigrantes foráneos que hay en su seno: judíos, congoides, mulatos, mestizos, mongoloides y similares. Si los mentalmente débiles arios, en vez de subsidiar la prodigiosa natalidad y proliferación de sus

⁶ Es verdad que la regla absoluta se modifica por la desaprobación de la traición, o sea, de la violación de un acuerdo explícito o implícito entre personas que supuestamente reconocen y aceptan nuestras normas de honor, pero incluso en esto la diferenciación es flexible. Aunque los americanos se indignen al serles recordado, su historia como nación independiente comienza con un acto de traición en el que ellos (como conjunto, independientemente de las intenciones de algunos individuos) indujeron al General Burgoyne y su ejército a rendirse mediante una promesa solemne que el ejército derrotado podría regresar a Gran Bretaña, y luego violaron dicho acuerdo confinando a las engañadas tropas en condiciones tan duras y severas que muchos de ellos perecieron antes de acabar la guerra, incluso entre los oficiales.

En términos de las normas de nuestra raza, semejante traición no puede disculparse de ninguna manera (aunque éso habría sido lo normal para la mayoría de otras razas), pero los caballeros de entre los americanos probablemente tranquilizaron sus conciencias diciéndose que ellos, los rebeldes, eran los débiles, mientras que Gran Brataña era la fuerte. Este desgraciado episodio, sin embargo, debería refrenar las tendencias de los americanos a autoadorar narcisistamente sus propias virtudes.

enemigos internos, incluso importando hordas de otros como de Vietnam, Haití y de cualquier otra parte como «refugiados», para la final exterminación de los niños de los propios arios, fueran lo bastante inteligentes y decididos, aún tendrían fuerza para expulsar o eliminar de alguna otra forma a *todos* sus parásitos foráneos, entre los cuales los judíos son una pequeña aunque prepotente minoría.

(Las 'conquistas' judías)

A lo largo de toda la historia y en todas partes, los judíos siempre han sido una minoría, en los países en los que se han introducido, y necesariamente han usado las armas de los físicamente débiles contra los físicamente fuertes. Los judíos *nunca* se han apoderado de ningún territorio por guerra abierta e invasión: nunca han sido lo suficientemente numerosos ni fuertes como para intentar una conquista abierta, caso de haber sido tan temerarios como para malgastar sus propias vidas en intentar lo que podían conseguir más fácil y seguramente por el engaño.

Es verdad que en los mitos de los judíos aparecen dos pretendidas conquistas guerreras, pero ambas son indudablemente ficticias.

(La 'conquista' de Canaán)

Una de estas historias es bien conocida, ya que se encuentra en esa colección de cuentos judíos comúnmente llamado por nuestro pueblo el "Viejo Testamento". Según éste mito los judíos (con la ayuda de su deidad tribal) invadieron abiertamente la tierra de Canaán, masacraron implacablemente a todos los habitantes, e incluso a los animales domésticos de los habitantes, y luego se apropiaron del país que habían convertido en un desierto sangriento. Este cuento, incluso después de despojarlo de insensateces tales como la pretensión de que el dios de los judíos detuvo el sol y la luna, discos luminosos que flotaban en la atmósfera a unos 15 Km [50000 pies] de altura y se mantuvieron allí estacionarios durante cierto tiempo para facilitar la rapiña, es absolutamente increíble y ningún historiador de renombre, ni siquiera entre quienes dicen ser cristianos, finge creerlo. Este cuento de la conquista armada es tan intrínsecamente increíble que Filo Judaeus (= *'amigo de judíos'*), uno de los más capaces apologistas y propagandistas de los judíos, que en los primeros años del siglo uno, intentaba convencer a los inteligentes griegos y romanos de que los judíos no eran una amenaza para la civilización, tuvo que admitir ("*Hypoth.*" 6.5-8) que el relato era absurdo, que lo que *debía* haber sucedido era que los Canaanitas habrían permitido voluntariamente a los judíos penetrar pacíficamente en sus países, instalar sinagogas y el resto de la organización racial judía, tras lo cual, por supuesto, los judíos se apoderaron de todo. Filo admite con toda franqueza que cuando los judíos penetran pacíficamente en un país para desposeerlo, ellos en su mente consideran, naturalmente, a sus habitantes como enemigos; pero para explicar la suicida locura de los Canaanitas al permitir la inmigración judía, parece titubear entre dos explicaciones alternativas: o bien los estúpidos canaanitas estaban impresionados por la santidad y superioridad de sus encubiertos invasores, o bien el dios de los judíos les habría atontado la mente.

Es verdad que en algún momento los judíos consiguieron el control del territorio que a partir de entonces fue conocido como Judea, pero no hay forma de determinar qué parte de la población se componía de judíos raciales, como distinguibles de los subyugados y mestizados descendientes de los habitantes originales, quienes, por mucho que fanfarroneen los judíos, no fueron exterminados en la guerra.

Es posible, por supuesto, que esa historia judía de que iban capturando ciudad tras ciudad a los canaanitas, y masacraban a todos los hombres, masacraban a todas las mujeres, masacraban a todos los niños, masacraban a todos los bueyes, masacraban a todas las ovejas, masacraban a todos los burros, y luego se relajaban en bendita contemplación de su propia santidad (por ejemplo, en Josué 6-21) tenga alguna base de verdad subyacente. Hay pruebas arqueológicas de la destrucción de ciudades por guerra, así como por terremotos, en la época o alrededor de la época de la supuesta conquista.

Pero por lo que sabemos de las costumbres raciales judías, podemos adivinar que tras su inmigración 'pacífica', enseguida comenzarían la subversión y las guerras civiles, y pronto estarían en condiciones de usar un ejército de estúpidos *goyim* contra otro ejército de estúpidos *goyim*, de manera que los nativos se liquidaran unos a otros y se destruirían ellos mismos, mientras los judíos jaleaban a los

contendientes y se frotaban las manos regodeándose de contento, de muy parecida manera a como recientemente lanzaron en estampida a sus rebaños británicos y americanos contra Alemania, para que les facilitaran su piadosa apropiación de la tierra que su dios tribal había contratado darles.

(La 'conquista' de Egipto por los Hyksos)

La segunda historia de conquista armada proviene de otro propagandista judío, Josefo, que era algo más joven que Filo, y cuya historia ("*Cont. Ap.*" 1.75-94, 224) acerca de una conquista de Egipto por los Hyksos se prevaleció durante largo tiempo entre los historiadores que no tenían en cuenta el genio racial judío para la falsificación y el engaño, que queda en la actualidad tan vívidamente ilustrado por farsas tales como "*El Diario de Ana Frank*" y las estupideces sobre los «seis millones» de la Raza de Dios que los alemanes supestamente mataron antes de que esos seis millones se colaran gateando en los EE.UU. y otras naciones occidentales. No está claro si Josefo falsificó el pasaje que él pretende citar de Manetón, o utiliza la obra de algún otro judío anterior. [Su trabajo] se basa profundamente en falsificadores judíos de siglos anteriores, especialmente en los que se adjudicaron nombres griegos, de forma muy parecida a los judíos de hoy día que se enmascaran bajo nombres tales como Ashley Montagu, Lyle Stuart, y Craig Schiller, así que Josefo puede pretender que eran arios que daban testimonio de la vasta superioridad de la Raza de Dios. Lo que es seguro es que nunca tuvo lugar conquista alguna de Egipto por los *hyksos*.

[«Hyksos»: pueblo nómada asiático, probablemente semitas, que controlaron Egipto de 1720 hasta 1560 a.C. --Collins.]

En la actualidad se sabe (ver "*Cambridge Ancient History*", Vol.II, 1, pp.54-64, 288-296, y sobre todo la obra definitiva sobre este tema, "*The Hyksos*" de John Van Seters, Yale University Press, 1966) que los "Hyksos" fueron pueblos, probablemente de distintas tribus, que hablaban lenguas diferentes, a quienes los egipcios describían indiscriminadamente como «asiáticos», y que se infiltraron en Egipto mediante inmigración gradual a través de la península del Sinaí, y probablemente nunca fueron lo bastante numerosos como para constituir una fracción demasiado grande de la población; no obstante fueron lo bastante listos como para propagar la sedición e incitar guerras civiles hasta que lograron el dominio de toda la nación, colocando en todos los distritos gobernadores tributarios y esbirros, muchos de los cuales segura o probablemente serían nativos egipcios traidores, y usando una proporción indeterminada de egipcios en las tropas mediante las que mantuvieron su dominio durante casi dos siglos.

Finalmente, una revuelta egipcia logró derrocar a los gobernantes foráneos y expulsar a la mayoría de ellos (porque podemos estar seguros de que algunos de los foráneos se las arreglarían para mezclarse con la población nativa y escapar desapercibidos). Pero durante su control de Egipto los inmigrantes incitaron masacres de las clases superiores y fomentaron la bastardización que los estúpidos egipcios ya habían comenzado por su cuenta al importar esclavos negros desde el sur, y dejaron la nación genéticamente empobrecida por una gran infusión de sangre tanto negra como semítica, de lo cual Egipto ya nunca se recuperó.

Hay algunos indicios de que los inmigrantes «asiáticos» provenían de las regiones que ahora son Siria y Palestina, y los métodos que emplearon para arruinar Egipto nos hacen considerar seriamente la pretensión de Josefo de que eran judíos, y que cuando condescendieron a abandonar Egipto, construyeron Jerusalén como capital de la región que entonces ocupaban. Desafortunadamente, no hay ninguna prueba (aparte de la notable similitud de métodos) que confirme o refute la conjetura de que los "Hyksos" estaban organizados y dirigidos por judíos.

En el siglo pasado, antes de que la habitual duplicidad y mendacidad de los judíos fuera ampliamente conocida reconocida por los historiadores, se rechazaba el relato de Josefo *porque* los inmigrantes enemigos foráneos importaron consigo a Egipto un dios llamado Set (Seth), a quien consideraban enemigo de los dioses egipcios, aunque también hablaban de tolerancia religiosa cuando convenía a sus propósitos de dejar perplejos a sus estúpidos súbditos. Evidentemente hicieron un proselitismo tan eficaz de su deidad patrona que tras el final de su mandato [Seth] permaneció entre la enorme tropa de dioses egipcios, aunque luego lo representaban más comunmente como el diabólico asesino de Osiris y de otras deidades nativas.

Mientras se daba por supuesto que los judíos solo eran devotos de un dios tribal a quien ellos llamaban Yahweh o Ya'o (al cual el "Viejo Testamento" designa por una amplia variedad de nombres que han sido ocultados por los traductores, quienes, ya comenzando por la Septuaginta, usan una palabra que significa "Señor" para traducir un cierto número de nombres diferentes) se pensaba axiomáticamente que los adoradores de Set no podían ser los santos judíos; pero hoy día se sabe que una colonia judía de Elefantina, a la cual Jerusalén considera perfectamente ortodoxa, tenía en su panteón a cinco dioses, de los cuales Ya'o era un mero jefe, y que los judíos se inventaban cualquier falacia religiosa que les conviniera, por ejemplo, en Egipto, proclamando que el dios egipcio Osiris, el más grande de los dioses, había inspirado a Moisés y a los «profetas de Israel», y que había escogido a los judíos como sus mascotas especiales. (Puede encontrarse una muy apropiada traducción de un papiro tardío, que data de unos 100 a.C., en E.A. Wallis Budge "Egyptian Magic", Londres, 1901 (=New York 1971) p.176, con referencias a la publicación del original).

Existe además otra posibilidad -algunos egiptólogos dirían otra certeza-: que Set fuera originariamente el nombre o epíteto de un dios egipcio, y que los astutos invasores se lo endosaran a su propia deidad para engañar a los nativos. (El nombre parece ser más antiguo que los "Hyksos", y de haber sido egipcio en origen, entonces sería menos destacable que tras haber derrotado el dominio de los execrables "Hyksos" Set, pese a su generalmente diabólica reputación, encontrara devotos entre los egipcios, incluso algunos reyes egipcios.)

Así que, en el presente estado de nuestros conocimientos, debemos dejar abierta la cuestión de si los inmigrantes enemigos de Egipto estaban o no dirigidos por judíos; si lo estaban, los judíos estaban ya a la faena en fechas tan antiguas como aprox. el 1760 a.C.; si no, no tenemos ningún rastro *seguro* de la raza hasta más de mil años después.

5. La estrategia judía: en sus propias palabras

[Sinopsis: a) Posibles relaciones entre los 'Magos' de Sumeria y los judíos; b) Mucho antes de "Los Protocolos", el método judío ideal para desposeer a un país ya estaba desde siempre expuesto en la Biblia (en la historia de José en Egipto).

El origen de los judíos como raza no se conoce, pero hay indicios de que ya en épocas muy primitivas comenzaron a explotar las supersticiones de las poblaciones a las que se adherían.

Los judíos cuentan que su antepasado, llamado Abraham, venía de Ur, ciudad de Sumeria (quizá con hipotecas de las propiedades de la mitad de los sumerios en el bolsillo?), y algunos eruditos, no tenidos hoy en día en gran consideración, han sugerido que algunos de los pueblos de lengua semita con quienes los sumerios insensatamente intentaron coexistir trapaceaban ampliamente con la religión sumeria, y que quizá incluso tuvieron alguna influencia en la civilización blanca pre-aria del valle del Indo.

Base más firme existe para una conjetura -pero sólo es una conjetura, téngalo en cuenta- que explicaría una rareza del "Nuevo Testamento": que habría sido compilado por una secta cristiana que profesaba una religión que obviamente sería algún tipo de Zoroastrismo judaizado. Todo el mundo ha notado el curioso detalle de que en el relato del nacimiento del cristo (=el *ungido*) llamado Jesús, que marca la fecha más temprana del evento, se cuenta que a la natividad asistieron unos sacerdotes zoroastrianos, de quienes se dice que fueron guiados a aquel sitio exacto por una solícita estrella o planeta que flotaba en la atmósfera a una altitud no superior a los cúmulos de nubes, para mostrarles el camino. Es posible que los '*Magi*' [Magos], los hombres santos profesionales de la religión que se propagó por el antiguo Imperio Persa, fueran judíos. Los judíos tienen la tradición (IV. *Reg* 17.6; 18.11) de que en Media había colonias de israelitas (¡en las ciudades, naturalmente!), y los *Magi* no sólo decían venir de Media, sino que componían una casta racialmente cerrada y propagaban su linaje (al igual que los judíos) por línea materna, a menudo consiguiendo descendencia pura dejando embarazadas a sus propias hermanas o madres. En la actualidad se considera prácticamente seguro, como mínimo, que la mayor parte de los libros sagrados que se conservan de esa supuestamente religión 'Aria', aunque estén ahora en un extraño dialecto del Persa Antiguo, fueron traducidos de algún lenguaje semítico.

Diogenes Laërtius (I.9) menciona de pasada a unos anónimos geógrafos griegos que pensaban que los *Magi* eran judíos primitivos, pero como esas obras están hoy día perdidas, no podemos saber si dicha

opinión se basaba en algo más que el hecho de que, tras la caída del Imperio Persa, de muchos de los *Magi* que trapicheaban con su culto por otras tierras se sabía que eran judíos. La descripción que hace Herodoto de la *Magofonía*, reacción persa contra uno de los *Magi* que pretendía un fraude particularmente ultrajante, suena demasiado parecida a un estallido *racial*, y How and Wells, en sus comentarios a Herodoto (*ad l.101*) sugiere que quizá los *Magi* no fueran arios. A partir de éstas y otras pequeñas pistas puede uno construir una hipótesis que sería altamente significativa, si hubiera alguna prueba real de la misma.

[NdT: *Media= antiguo país del sudoeste de Asia, al sur del mar Caspio, habitado por los medas. En el 612 a.C., aliado con Babilonia, derrocó al Imperio Asirio. En el 550 a.C. fue conquistado por Ciro el Grande. Se correspondería con el noroeste del actual Irán. --Collins*]

(El método judío 'ideal')

Cualquiera que fuera su origen, no puede quedar la menor duda sobre el método que los judíos siempre han considerado como ideal para hacerse con el control de un país: está clara y explícitamente expuesto en el "Antiguo Testamento" (*Genesis*, 47.1-27).

El héroe de esta narración es un judío llamado José, del que se dice que fue llevado a Egipto como esclavo, pero que hábil y sinuosamente fue trepando en la sociedad egipcia hasta llegar a una posición desde donde aprovecharse de las supersticiones y el buen carácter del rey egipcio, a quien primeramente manipuló para que permitiera la entrada de judíos, los cuales, de un modo u otro se apoderaron de las mejores tierras de la nación; luego, usa la autoridad del rey para acaparar el mercado de grano, y de esta forma poder quitarles a los egipcios todo su dinero, luego todos sus rebaños, y luego toda su tierra, de manera que tiene a todos los egipcios (excepto a los sacerdotes, con quienes obviamente mantiene una prudente aunque extraña alianza) a su merced, obliga a los miserables hambrientos a venderse a sí mismos como esclavos, y luego ladidamente deporta grupos de esclavos de un extremo a otro del país, mezclando a la población tan a conciencia que todas sus víctimas acaban entre extraños con quienes difícilmente se atreverían a concertar ninguna protesta eficaz -y los judíos, sin duda guaseándose entre ellos, se anexionaron las propiedades y «se multiplicaron sobremanera».

José usó al rey egipcio como una oportuna marioneta para sus manejos, y por supuesto el relato da a entender que gozaba de la cooperación de su especial dios tribal, al menos mientras hacía de adivino, cuando iba escalando posiciones.

Es difícil decir cuanto de verdad subyace en el relato, que obviamente es una exposición de los métodos ideales de los judíos.

Algunos reyes de Egipto parecen haber sido unos débiles mentales, e incluso hay constancia de que uno de ellos admitió a algunos nómadas del desierto que le suplicaban compasión por haberse secado sus pastos, pero a grandes rasgos, el relato probablemente refleje más las ambiciones judías que sucesos reales.

Como fuera que fuese, lo cierto es que el cuento boceta un *modus operandi* ideal de subyugación de los *goyim*. ¡Y seguramente los judíos de hoy día no tendrán la audacia de pretender que esa descripción de sus métodos haya sido falsificada por la policía secreta de la Rusia de los Zares!

Los judíos pretenden que los así llamados "Protocolos de los sabios de Sión" ["Protocols of the Elders of Zion"], que fueron publicados fehacientemente ya en 1904, y de los que se informaba haberlo sido mucho antes en libros que fueron destruidos cuando los judíos se apoderaron de Rusia en 1917, son una «falsificación», como de hecho quizá lo sean, aunque describen en detalle y con completa precisión los métodos que los judíos han estado constantemente usando a lo largo de todo este siglo (XX) para subvertir nuestra civilización, y para destruir a nuestra raza.

Pero los arios que quieran entender la mentalidad judía no necesitan basarse en ése documento: les basta leer el "Antiguo Testamento" con la mente no bloqueada por brumas de temores supersticiosos. Apenas hay ningún capítulo en esa narración pseudohistóricas que no sea altamente revelador; por ejemplo: nunca existió ningún rey persa llamado Ahasuerus (Asuero; habitualmente los santos padres cristianos pretenden que dicho nombre es una «equivocación», por Artajerjes!), pero la fantasía sobre Ester es una inspirada alegoría para recordar a las judías que, aunque puedan encontrar conveniente casarse con algún macho de las razas inferiores, deben siempre recordar que su deber es manipular a los

estúpidos goy para explotarlos en provecho de su Señorial Raza.

(NdT: Apéndice: La estrategia de José, en la Biblia)

Para los que no tengan una Biblia a mano, adjunto el fragmento a que se refiere este capítulo, traducido de la Biblia del Rey Jaime (Génesis 1.47.11 y siguientes):

(11) Y José instaló a su padre y sus hermanos, y les dió en posesión tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Ramses, como había mandado el Faraón. (12) Y José proveyó alimentos para su padre y sus hermanos, y para toda la casa de su padre, con pan, según las necesidades de sus familias.

(13) Y no había pan en toda la tierra; porque la hambruna era gravísima, de manera que la tierra de Egipto y toda la tierra de Canaán desfallecía por culpa de la hambruna. (14) Y José se hizo con todo el dinero que había en la tierra de Egipto, y en la tierra de Canaán, a cambio del grano que compraban: y José llevaba el dinero a la casa del Faraón.

(15) Y cuando el dinero faltó en la tierra de Egipto, y en la tierra de Canaán, todos los egipcios se allegaron ante José y le dijeron: «Danos pan: ¿por qué hemos de morir en tu presencia?, porque el dinero se ha agotado». (16) Y José les dijo: «Entregad vuestros rebaños, y yo os lo daré [pan] a cambio de vuestros rebaños, si ya no hay dinero». (17) Y trajeron sus rebaños ante José, y José les dió pan a cambio de sus caballos, y de sus rebaños de ovejas, y de sus manadas de ganado, y de sus asnos, y a cambio de todos sus rebaños los proveyó de pan para ése año.

(18) Cuando acabó el año, acudieron ante él al segundo año, y le dijeron: «No ocultaremos a nuestro señor, cómo nuestro dinero se ha gastado, y cómo nuestro señor también tiene nuestros rebaños y ganados; no queda nada a la vista de nuestro señor, más que nuestros cuerpos, y nuestras tierras: (19) así pues, ¿deberemos morir ante tus ojos, nosotros y nuestras tierras? Cómpranos a nosotros y nuestras tierras a cambio de pan, y nosotros y nuestras tierras seremos siervos del Faraón: y danos semilla, para que podamos vivir y no muramos, y que la tierra no quede desolada.» (20) Y José compró toda la tierra de Egipto para el Faraón, porque todos los egipcios vendieron sus campos, porque el hambre les obligaba: y así toda la tierra pasó a ser del Faraón.

(21) Y en cuanto a la gente, la trasladó a ciudades desde un extremo de las fronteras de Egipto incluso hasta el otro extremo de él.

(22) Solo las tierras de los sacerdotes no compró, porque los sacerdotes tenían asignada una porción del Faraón, y comían de su porción que el Faraón les daba: y así pues no vendieron sus tierras.

(23). Dijo entonces José ante el pueblo: «Mirad, en este día os he comprado a vosotros y a vuestras tierras para el Faraón: ved pues, he aquí semilla para vosotros, para que podáis sembrar la tierra. (24) Y cuando crezca daréis la quinta parte al Faraón, y cuatro partes serán para vosotros, como semilla para el campo, y como alimento para vosotros, para los de vuestra casa, y para vuestros pequeños.» (25) Y dijeron ellos: «Has salvado nuestras vidas, seamos agradecidos a la vista de nuestro señor, y seremos los siervos del Faraón. (26) Y José hizo ley en toda la tierra de Egipto, y hasta el día de hoy, que el Faraón debe tener la quinta parte, excepto de sólo las tierras de los sacerdotes, que no pasaron a propiedad del Faraón.

(27). E Israel moró en la tierra de Egipto, en el país de Goshen, y allí tuvieron posesiones, y

crecieron, y se multiplicaron sobremanera.

(La "Biblia de Jerusalén" no menciona la deportación de población de un extremo a otro del país. En vez de éso dice «los redujo a la servidumbre», aunque hay una nota-al-pie explicando que en la versión griega dice «los confinó en ciudades».)

6. Una mentalidad única

La mentalidad racial de los judíos es tan distinta de la nuestra que solo a partir de la observación de su comportamiento, y de algunas de sus afirmaciones, en la medida que parezcan más o menos sinceras y dignas de crédito (por ejemplo, el excelente libro de Maurice Samuel "Vosotros, los gentiles" ["*You gentiles*"] Nueva York, 1924 ⁷) podemos sacar algunas conclusiones. Pero hay que recordar que todas las formas de vida, instintiva y obligatoriamente, hacen de la preservación y la expansión de su especie su objetivo supremo, y que si los vampiros fueran capaces de raciocinio, sin ninguna duda describirían sus furtivas succiones de sangre como un acto piadoso, y calificarían de diabólicamente malvados a los diversos animales (el hombre entre ellos) que de una u otra forma interfieren en el noble ejercicio de ese derecho que dios les ha otorgado.

Ninguna especie piensa de sí misma que sea malvada. Como un ex-comunista me hizo notar una vez: «Has de recordar que cuando los comunistas traicionan a una nación, o asesinan a gente inocente por millares, ellos piensan en sí mismos como individuos de muy alta moral, que obedecen virtuosamente a un designio superior».

Podemos estar absolutamente seguros de que lo que los judíos hacen como raza, sin importar cuán vil y traicioneramente cobarde pueda parecernos a nosotros, que sufrimos sus efectos, a ellos les parece virtuoso y justo -como de hecho lo es, si lo consideramos objetivamente en términos de las leyes biológicas que convierten en ley suprema de todas las especies su supervivencia y expansión ⁸.

La gran fuerza de los judíos, y vínculo de su cohesión racial, es su religión, la cual, en su sentido más amplio, no es otra cosa que una fe ilimitada en la absoluta superioridad de su raza, porque, como

7 "You gentiles", Nueva York, 1924. Disponible via HRP, Box 62, Uckfield UK TN22 1ZI ety.com/HRP

8 Al parecer los arios son una excepción, puesto que por doquier, y más notablemente en los EE.UU., en Gran Bretaña y ahora en Sudáfrica, es evidente que les impulsa un subconsciente deseo de muerte. Quizá la especie haya degenerado biológicamente o bien, como creen los judíos, sea innatamente estúpida e inferior, fácilmente pastoreable por su credulidad y su codicia. Algunos optimistas creen que si la especie de alguna forma escapara al control de sus pastores judíos, recuperaría su deseo de vivir, y volvería de nuevo a ser viable.

Antes del asesinato político del Dr. Verwoerd, muchos americanos sensatos veían en Sudáfrica una brillante esperanza para nuestra malhadada raza, y consideraban a los afrikaners unos miembros excepcionalmente inteligentes e incorruptibles, atribuyendo su prudencia al hecho de que no les separaba más que una generación de los pioneros que libraron una heroica guerra de independencia, y quizá también a cierta integridad peculiar de la Iglesia Holandesa Reformada, que en una época en que en todas partes las Iglesias habían sido compradas y convertidas en meros instrumentos de subversión, había aparentemente conservado algunas creencias de la Cristiandad tradicional de Occidente,

Desde el asesinato del Dr. Verwoerd, que se hizo que pareciera fortuito a las personas que no entienden la regla del '**cui bono?**' («¿a quién beneficia?»), se ha vuelto dolorosamente evidente que los afrikaners son tan crédulos y corruptos, igual de atontados y estulticios, que la mayoría de británicos y americanos, y que lo que equivocadamente habíamos atribuido a un pueblo no era más que el genio de un único hombre, cuyos logros le recuerdan a uno a Philipoemen, que lideró a los griegos en su último esfuerzo en pro de su independencia, y a cuya influencia sobre su decadente y desmoralizado pueblo rindió homenaje Baudelaire con estas memorables líneas de su primer poema: «Cum te mirantur, ad alta / se credunt genitos...».

(NdT: «cui bono?» = «¿a quien beneficia?». Expresión latina con la que los romanos indicaban que casi nada era casual, y que siempre había que buscar a los causantes/culpables de un suceso entre aquellos a quienes beneficiaba.)

Maurice Samuel nos recuerda, los judíos ateos, que se mofan de las creencias en seres sobrenaturales, veneran al Inmortal Pueblo Judío. Más allá de ésto no podemos ser más concretos, porque sin duda siempre ha habido una amplísima gama de creencias personales, y entre las clases más bajas [de los judíos] hay pruebas de todo tipo de fanatismos grotescamente emocionales y salvajes, como entre la chusma que era incitada por los numerosos 'goëtae' y autoproclamados cristos del primer siglo a.C., y en el primer siglo de nuestra era, con sus perpetuos estallidos de demencial violencia; y la mayoría de las sectas judías tienen estrafalarios conceptos en los que parecen creer sinceramente, como por ejemplo los *Hasidim* polacos, que emparejan a sus niños y niñas en cuanto alcanzan la pubertad para acelerar al máximo su ritmo de natalidad, con la expresa intención de agotar cuanto antes la reserva de Dios de buenas almas judías, y de esta manera obligarle a poner fin al mundo antes de lo que planeaba. Pero estas peregrinas ideas que pululan entre las excitables e irracionales clases bajas tienen en realidad poca importancia para la fe racial.

(NdT: «*hasidim*»= 1. Secta de místicos judíos fundada en Polonia sobre 1750, caracterizada por su celo religioso y por su espíritu de oración, gozo y caridad; 2. Secta judía del siglo II a.C., formada para combatir las influencias helenísticas. --Collins.)

En el otro extremo, si se vuelve uno hacia los judíos cultos, uno no puede fiablemente discernir entre lo que creen y lo que consideran conveniente profesar. Las luchas entre diversas sectas judías ha sido frecuentemente violenta, sangrienta, y cruelmente inhumana, pero parecen no haber sido tanto por diferencias doctrinales como por las ambiciones de los líderes que disputaban implacablemente y hasta el final por el poder y la riqueza, y aprovechaban algún detalle religioso para reclutar y excitar a sus ejércitos privados.

Y, en último término, no tenemos ninguna seguridad de que el proceso psicológico que llamamos 'creencia', como algo distinguible de la hipocresía y la mendacidad, tenga lugar en las mentes judías, las cuales quizá no distinguen entre verdad y falsedad en términos de ninguna realidad objetiva, tal como hacen los arios aun cuando la realidad sea un mero producto de sus imaginaciones. De hecho, por todo lo que sabemos, la mentalidad racial de esta extraña ['alien'] especie bien podría, mediante algún proceso psicológico que esté fuera de nuestra comprensión, pensar sólo en términos de lo que es bueno para el Pueblo Judío, la Raza Divina, y en sus relaciones con nuestra especie limitarse quizá a simular nuestra distinción entre lo que es objetivamente cierto y lo que no, de manera análoga a como entrenamos algunos animales enseñándoles lecciones en términos de su conformación mental ⁹.

Nuestras mentes se quedan patidifusas al intentar comprender afirmaciones como «*Dios está absorto [sic] en el nacionalismo de Israel ... Él [Dios] crea el mundo [sic] en la lengua hebrea*», del rabino Solomon Goldman. O «*No fue Dios quien concedió voluntad a estos pueblos [a los judíos]... Fue este pueblo [los judíos] quien dió voluntad a este Dios*», del Dr. Joseph Kastein, o cualquier otra de los cientos de afirmaciones parecidas, que a nosotros nos parecen desvaríos de locos, pero que a la mente judía, que debemos recordar ha sobrepasado en astucia a nuestra raza de manera habitual a lo largo de la historia, le parecen de lo más normal del mundo.

Nosotros, por supuesto, a menudo afirmamos que Dios creó al hombre a su propia imagen,

9 *Acerca de seres humanos supersticiosos, Ivor Benson dió un ejemplo cuando escribió: «En el norte de África durante la última Guerra Mundial, una de nuestras tareas era enseñar a conducir camiones de tres toneladas a unos toscos negros recién salidos de la jungla. Problema Nº 1, cómo explicarles lo que eran las marchas. El sentido común nos dió la solución. Al meter la primera marcha, les decíamos a los novatos, enjaezábamos «al espíritu del elefante»: lento pero muy fuerte, exactamente el tipo de potencia necesaria para empujar al camión por una colina cuesta arriba, o para sacarlo de un barrizal. La segunda marcha era para «el espíritu del caballo», una potencia más rápida, pero no tan fuerte como la del elefante. Y al pasar a la última marcha, era «el espíritu del antilope» lo que se enjaezaba: muy veloz, pero no servía de mucho para las faenas pesadas.*

Vemos pues, que en la medida en que esta especie de mitología funcionaba con estos negros, puede decirse que haya sido cierta, o en todo caso que tenía algunos elementos de verdad que estas mentes primitivas no hubieran podido concebir de ninguna otra manera.

En lo que a mitos religiosos se refiere todos nosotros estamos, por supuesto, en la situación de aquellos salvajes africanos.»

declarando con ello una verdad psicológica y antropológica, y lo que queremos decir con dicha afirmación es que los dioses no existen, sino que son meros productos de nuestra imaginación, y si algún hombre de nuestra raza, tras haber confirmado de esta forma su ateísmo, pretendiera luego profesar alguna creencia en la divinidad y en la existencia de algún dios o dioses, deberíamos con toda justicia declararlo loco; pero es obvio que la mente judía no ve ninguna falta de lógica en adorar a un dios que sabe que él mismo ha creado: en adorar a su propia imagen en el espejo. Esto es demencia -no podemos honestamente llamarlo de ninguna otra manera, en nuestra terminología- pero es la demencia de una especie que lleva milenios depredando con éxito a todas las demás, y que en la actualidad está alcanzando la posesión de toda la Tierra.

Si hemos de ser justos y objetivos, debemos tener presente la diferencia -quizá una diferencia enorme- entre la mentalidad judía y la nuestra.¹⁰ Si examinamos la religión de los judíos y la describimos en nuestros propios términos, les atribuimos, explícita o implícitamente, una hipocresía similar a la que vemos en nuestros propios clérigos de hoy día, y sentimos la tentación de declararles culpables de un fingimiento consciente que nos resulta odioso. Pero debemos recordar que lo que a nosotros nos parece repugnante, a su singular mentalidad le parece bueno y piadoso.

7. La religión judía

Aunque es prácticamente imposible que los judíos no sepan que están cometiendo fraude y engaño cuando embaucan a los *goyim*, es probable que sientan algo parecido a lo que sentimos los miembros de nuestra raza cuando disparamos contra ciervos o patos desde un acechadero, y sobre los sentimientos que tengan acerca de su religión no podemos hacer más que precarias suposiciones. Lo que está claro es lo útil que les resulta para atacar a las otras razas.

(La religión como tapadera del racismo judío)

1. La religión es la tapadera perfecta para la arrogancia racial de los judíos. Si pretendieran ser la Raza Dominante en base a cualquier otra argumentación, y proclamaran que los miembros de las demás razas son tan inferiores que, como mucho, son algo mejores que los puercos, los judíos suscitarían el resentimiento de las personas no dispuestas a aceptar semejante estatus.

¹⁰ No puede haber ninguna duda, creo yo, de que los judíos perciben el mundo físico que nos rodea de manera totalmente diferente a como lo percibimos nosotros.

Como los judíos se comunican con nuestra raza en idiomas indoeuropeos, y en Occidente incluso usan estos idiomas para comunicarse entre ellos (aunque probablemente adjudicando distintos significados a muchas palabras fundamentales), o retuercen los idiomas indoeuropeos en dialectos propios suyos, como su variedad del griego koine en la antigüedad, y el ladino o el yiddish en tiempos más recientes, esta inmensa diferencia psicológica puede verse mucho más claramente si se examina el idioma hebreo, un dialecto que formaron a partir del semítico occidental (fenicio) y en el que quedó impresa su propia mentalidad, pues tiene muchas peculiaridades que no se encuentran en ninguna otra lengua semítica.

Estas peculiaridades quedan expuestas por el Dr. Thorleif Boman en su libro "El pensamiento hebreo comparado con el griego" ["Hebrew Thought Compared with Greek"] (Philadelphia, Westminster Press, 1960), una obra que se merece el más cuidadoso estudio por parte de los arios. El Dr. Boman es cristiano, y por tanto se sentía obligado a encontrarle algún valor «moral» a la radicalmente diferente mentalidad judía; sería enormemente deseable otro estudio similar realizado por algún filólogo sin prejuicios.

Es totalmente posible que esos garabatos esquizofrénicos que les endilgan a los bobos como «arte moderno» se correspondan en verdad con la percepción judía de la realidad, y con su odio instintivo hacia lo que a nosotros nos parece hermoso y noble, y por tanto no debiera considerarse como un mero medio de corromper nuestra cultura y demostrar su desprecio por nosotros.

(NdT: koine = griego 'común' usado en el Imperio Griego de Alejandro Magno y luego en el Imperio Romano oriental; ladino = dialecto judío mezcla de español y hebreo, habitualmente escrito en caracteres hebreos; yiddish = dialecto judío mezcla de alto-alemán, hebreo, romance. habitualmente escrito en caracteres hebreos. --Collins.)

Pero los pueblos que han emergido de la barbarie, aunque todavía imbuidos ellos mismos por la superstición, han aprendido a ser tolerantes con muchas extrañas supersticiones y extraños dioses, y saben que no hay prácticamente ningún límite para lo que los devotos son capaces de creer. Además, los judíos aplacan la indignación al pretender que comparten su estatus de Raza Dominante con cualquier 'converso', y que son ardientes proselitizadores. Pero han tomado la precaución de exigir a los prosélitos mutilaciones sexuales que por sí solas bastan para excluir a los hombre viriles, y de exigir bárbaros y grotescos tabúes que garantizan la repugnancia de cualquier goy, excepto de algunas mujeres tan ligeras de cascos que les sirven de útiles marionetas. Así, queda astutamente disimulada su fe en su **innata** superioridad.

(La religión como tapadera de la conspiración)

2. La religión es una tapadera perfecta para la conspiración. Cuando los judíos invaden un país, normalmente pasan inadvertidos infiltrándose de pocos en pocos, implantándose unos cuantos de ellos en cada ciudad, villa, o incluso pueblo donde pueda hacerse dinero explotando a los estúpidos nativos. Si los grupos de invasores dispersos se mantuvieran en estrecho contacto con otros miembros de su raza, tanto dentro como fuera de la nación que están atacando, y dijeran hacerlo en nombre de cualquier otro interés común, excepto la religión, enseguida se les identificaría como una conspiración extranjera [alien] y enemiga. Pero al pretender que tienen un interés común en la adoración de un cierto dios, convencen a los ciudadanos para que piensen que no son más que devotos de algún culto absurdo pero estúpidamente inocuo, y para que pasen por alto la cohesión real que existe entre los invasores.

(La religión como excusa para el victimismo judío)

3. La religión es el medio perfecto -y éste es lo más importante de todo-, repito el medio perfecto para asegurarse que los judíos sean perseguidos. Hay que tener muy presente que *el éxito de los judíos depende de su astucia para convertirse en «perseguidos»*

A base de llorar continuamente sobre la pobre e indefensa minoría perseguida que son, camuflan eficazmente su auténtica fuerza, y su éxito en atrapar a sus víctimas entre sus tentáculos, y al suscitar la compasión de los inocentes y bonachones *goyim* pueden usarlos como armas los unos contra los otros.

Procurándose una reputación de ser perseguidos por su religión por horribles y perversos paganos, pueden hacer que parezca que son ellos, pobres inocentes, quienes sufren por su devoción, cada vez que sus depredaciones y malevolencia exasperan tanto a sus víctimas que éstas intentan, por legislación o por la violencia, librarse de esos 'aliens' que los explotan y oprimen.

(La religión como camuflaje de la maldad)

4. La religión es un camuflaje perfecto, ya haya sido conscientemente o no diseñada con dicho objetivo. En primer lugar, prescribe a la raza unas prácticas tan bárbaras y unos tabúes tan absurdos e inconvenientes que los miembros de las demás razas no acaban de creerse que haya seres racionales que se sometan voluntariamente a lo que los judíos llaman su «Ley», y en consecuencia asumen que los judíos sólo lo hacen por un miedo servil a su feroz y caprichosa deidad: esto convence a los *goyim* de que los judíos jamás se atreverían a desobedecer a la supuesta voluntad de su dios. Los judíos se han pertrechado con libros sagrados que contienen regulaciones específicas, tales como los así llamados Diez Mandamientos, que por supuesto fueron diseñados para fomentar solamente la solidaridad interna de la raza y para aplicarse solamente a sus miembros, pero que pueden presentarse ante los estúpidos «gentiles» como que rigen la conducta de los judíos hacia ellos. Así, los judíos se han envuelto en la reputación de temer tanto a su deidad que obedecen meticulosamente sus instrucciones escritas, incluso en sus relaciones con otras razas.

Tan a conciencia han inculcado los judíos este concepto a nuestro pueblo, que muchos arios, aun sin tener ideas preconcebidas en temas religiosos, exoneran casi automáticamente a los judíos de acusaciones que están basadas en unas pruebas que bastarían para condenar a miembros de cualquier otra raza:

Los testimonios de los testigos oculares que entraban en el *sanctasanctorum* del templo de Jerusalén se rechazaban de plano: los píos judíos no habrían tenido un santuario semejante.

Las fuertes pruebas circunstanciales de asesinatos rituales se desechan sin más: los tan temerosos de Dios judíos no serían capaces de tomar parte en sacrificios humanos.

Todas y cada una de las naciones a las que los judíos se han adherido, desde su primera aparición en la historia, han acabado destruídas por la subversión y la corrupción interna, pero nadie investiga hasta qué punto aquel cuerpo extraño alojado dentro de la nación fue el responsable de su desintegración y ruina final: los nobles judíos no dañarían a sus anfitriones.

Y cuenta y sigue. Nuestro pueblo ha sido condicionado para otorgar automáticamente a los judíos una exención de las reglas probatorias que nos aplicamos a nosotros mismos.

Hasta donde yo sé, a ningún ario acusado de robo o asesinato se le ha ocurrido nunca demostrar su inocencia declarando que es cristiano, y sacando la Biblia como prueba de que los cristianos no pueden robar ni asesinar. Nadie ha sostenido nunca que la Guerra de los Treinta Años debe ser una invención de los historiadores paganos para calumniar a los cristianos, porque es impensable que dos sectas de amables, encantadores y corderiles cristianos hayan podido masacrarse tan bárbaramente la una a la otra.

(La religión como medio de infiltración)

5. La religión proporciona un medio de penetrar incluso a los círculos más internos de las naciones y sociedades de los crédulos *goyim*. A un judío le basta proclamar que rechaza su religión, y hacerse rociar con agua bendita, para que los cristianos se imaginen que ha sido milagrosamente transformado, y que ya no es judío. Los no cristianos son igual de crédulos, porque si un judío no observa algunos de los tabúes, se le ve comiendo cerdo, y finge que acepta su cultura, lo aceptan como uno de los suyos. La religión judía bien podría haber sido diseñada para facilitar la implantación de *marranos* en el seno de las naciones invadidas.

(La religión como recurso a la magia y la superchería)

6. Su reputación de estar en trato íntimo con seres sobrenaturales les da a los judíos una gran ventaja a la hora de trapichear con hechicerías y zarandajas similares en sociedades con alto niveles de ignorancia. En las Eras Medievales, por ejemplo, o incluso durante el Renacimiento y la Reforma, para subvertir a las sociedades europeas a los judíos les resultaba casi tan útil como la usura y el fraude comercial, la práctica de la magia, para desplumar a los crédulos e incluso para ganar influencia sobre los gobernantes de los estados y enterarse de sus secretos.

Una rápida ojeada a cualquier libro de encantamientos de la época, o a su resumen en el "*Libro de magia ceremonial*" ["*Book of Ceremonial Magic*"] de Arthur E. Waite (Londres, 1912; Nueva York, 1961) bastará para comprobar que tanto la terminología como las prácticas proceden de fuentes judías, especialmente de la Kábala, adaptada para aprovecharse de los *goyim*.

(Los judíos y la conquista de Babilonia)

7. Su pericia en la superstición siempre ha dado al 'Pueblo de Dios', como a los judíos les gusta llamarse, la capacidad para influenciar y extraviar las religiones nativas en su propio beneficio. Como este trabajo se hace encubiertamente gracias a *marranos* y peleles, la influencia judía en muchas guerras civiles religiosas es algo que solo podemos intuir, sin poder probarla. Por ejemplo, es históricamente cierto que cuando Ciro el Grande emprendió la conquista del Imperio Babilónico, los judíos de dicha nación actuaron, como hacen siempre, de agentes subversivos para debilitar y traicionar a sus anfitriones, y que cuando Ciro tomó Babilonia sin un asedio ni combate prolongado, devolvió el favor a los judíos, por su buen quehacer que le había ahorrado la vida de muchos soldados, y (como muchos otros conquistadores harían posteriormente) los recompensó por la traición a sus enemigos (*de Ciro*) con privilegios especiales. Los

judíos, de acuerdo a sus tradiciones, adularon al triunfante goy llamándole su cristo, y probablemente frotándose las manos y refocilándose mientras se preparaban a usar estos privilegios para explotar a los nativos de varias regiones del creciente Imperio Persa, al final incluso a los nativos egipcios, según nos hemos enterado por los papiros judíos hallados en Elefantina.

Podemos inferir, razonablemente, que los judíos abrieron sigilosamente los portones de Babilonia a los persas, de manera que Ciro pudo tomar la fuertemente amurallada ciudad sin combate.

Pero sobre sus contribuciones a la agitación y desmoralización de los babilonios, que debilitó el Imperio antes de que los persas lo invadieran, no podemos más que hacer conjeturas. El relato de la caída de Babilonia en el libro-de-cuentos de los judíos es, por supuesto, una impresionante ficción, probablemente redactada casi cuatrocientos años después del acontecimiento, por algún autor que ni siquiera se sabía el nombre del último rey de Babilonia, que era Nabonidus (=Nabu-na'id), evidentemente un gran benefactor de los judíos ¹¹, que naturalmente apuñalaron al muy idiota por la espalda en cuanto tuvieron la ocasión. Quizá haya algo de verdad, no obstante, en la tradición de los judíos de que su odio hacia los babilonios tenía algún matiz religioso, y las diatribas atribuidas a Isaías, así como algunas partes del cuento llamado "Daniel", quizá mantengan algún recuerdo de los disturbios religiosos provocados por los judíos en Babilonia.

Pues bien, uno de las principales motivos de las dificultades de Nabonidus fue la escalada de guerras civiles religiosas en sus dominios, al parecer entre creyentes de Sin y creyentes de Marduk, que se desencadenaban con un fanatismo feroz que parece extraño entre pueblos acostumbrados desde hacía mucho al politeísmo, incluso aunque algunos fueran de raza semita. Y hay pruebas de que algunos (no sabemos si pocos o muchos) seguidores de Marduk iban difundiendo alguna forma de monoteísmo, clamando que [Marduk] era el único dios (¿bueno?) y que los otros dioses no eran más que aspectos de él. Los judíos, por supuesto, nunca titubean en promocionar a cualquier dios que les resulte útil (por ejemplo, a Sebazius en Roma, y a Osiris en Egipto, durante el siglo II a.C.) para manipular a los *goyim*, así que podemos sospechar que andaban trapaceando con la religión babilónica, al igual que con toda probabilidad contribuyendo a la depresión económica y a la inflación, en el reino de Nabonidus. Pero, hasta donde yo sé, no tenemos pruebas. Lo mismo pasa con muchos acontecimientos históricos posteriores.

(Los judíos y la Reforma Protestante)

Aunque quedan muchos puntos oscuros, en la actualidad el origen y evolución del cristianismo es bien conocido, pero es un tema demasiado complejo para exponerlo aquí de manera completa. No obstante, sí que podemos destacar una fase en esa evolución, la Reforma Protestante, que fue, si se la considera históricamente, una terrible calamidad que regó las calles y campos de Europa con mucha de la mejor sangre de nuestra raza, empobreciéndola genéticamente, mientras los judíos observaban regocijados y sacaban enormes provechos de ambas partes y, con la fragmentación del protestantismo, de *todas* las partes. Ahora bien, muchas causas contribuyeron a dicho desastre, pero si intentamos señalar un incidente aislado que pudiera haber disparado la explosión, tendríamos que decidirnos por la habilidad de los judíos de Florencia cuando en 1485 engatusaron a Giovanni Pico, Conde de la Mirandola y Príncipe de la Concordia titular, y se aprovecharon de él, sacándole enormes sumas de dinero al demasiado rico joven, a la vez que le llenaban la vigorosa pero adolescente cabeza con patrañas de la Kábala, diciéndole que él era la verdadera esencia de la Cristiandad. A partir de Pico, la pista conduce directamente hasta Reuchlin, Pfefferkorn, Lutero (que fue discretamente guiado por sus serviciales amigos judíos hasta el final de su vida, momento en que se dió cuenta de cómo lo habían manipulado [*NdT: Entonces escribió su famoso libro furibundamente antijudío, "De los judíos y sus mentiras".*]), Ulrich von Hutten, y las espantosas Guerras de Religión que convulsionaron Europa durante tres siglos. Sería absurdo pretender que todas estas catástrofes hayan sido resultado de una conspiración judía, pero es legítimo preguntarse de hasta qué punto contribuyeron a ellas las intrigas y manipulaciones judías. Éste es un problema que podría ser el 'Hauptwerk'

¹¹ Es prácticamente seguro que Nabodidus concedió a los judíos la posesión de los estratégicos oasis que controlaban las rutas comerciales hacia el sur de Arabia (Arabia Felix), que aún seguían en manos de los judíos en tiempos de Mahoma, y mucho tiempo después; ver, por ejemplo, el capítulo 5 de "La grandeza que fué Babilonia" ["The Greatness That Was Babylon"] (Nueva York, 1962, 1968). Incluso tras la conquista persa, Babilonia siguió plagada de judíos, y en tiempos del Imperio Romano era la capital de su nación internacional y residencia de su jefe (el Resh-galutha), que quizá dirigiera la gran Conspiración Judía del año 117. [*NdT: Y en Babilonia se escribió, en tiempos ya del Imperio Romano, el primer Talmud o Babilónico.*]

(obra capital) de algún historiados diligente y objetivo que deseara dedicar su vida a las requeridas investigaciones.

(El victimismo judío como excusa para la subversion)

8. La religión judía, que, tal como se presenta a los *goyim* parecería confirmar sus alardes sobre una especial «rectitud», hace posible la mayor parte de su subversión 'seglar' (es decir, económica y social), y finalmente, la destrucción de las naciones que invaden.

Hay que recordar que los judíos actúan detectando en las naciones motivos de disensión interna, y aprovechándolas para instigar a clases y/o grupos internos de la nación, de fuerza comparable, hasta un antagonismo recíproco, y exacerbando las rivalidades hasta el punto de la guerra civil, hasta que la nación queda paralizada y reducida a una masa de individuos que ya no sienten que tengan nada en común excepto el territorio geográfico que habitan. La técnica judía, tal como la explicó con demasiada franqueza el conocido agitador Herbert Aptheker, consiste en descubrir grandes grupos de *goyim* a quienes pueda aislarse de la sociedad en base a algún interés común, sea económico, ocupacional, regional, cultural, sexual o racial, y convencerlos de que están «oprimidos» por la perversa sociedad, incitándolos a odiar a sus «opresores», y fomentando su codicia por los beneficios que creen que podrán conseguir al «exigir sus derechos», enfrentando de esta manera a cada grupo contra todos los demás, hasta que la nación se paraliza por las contiendas pseudo-legales, que con suerte puede esperarse que acaben en guerras civiles, masacres masivas, y una reversión a una barbarie total.

Los judíos, que siempre tienen mucho cuidado de plañir que son «una minoría perseguida» apasionada por la «justicia» divina, están por tanto perfectamente preparados para incitar a los «desheredados» a estallidos sociales en pro de la «justicia social»; es bien conocido, por supuesto, que todas las múltiples formas de subversión social están dirigidas por judíos, a menudo de manera totalmente abierta, aunque por lo general intentan que se asocien a ellos algunos miembros, o exaltados o sobornados, de cada uno de los grupos a los que están instigando a lo que será, en último término, su autodestrucción.

(El victimismo judío como coartada para el acoso moral)

9. Esta misma fachada de religiosidad facilita la otra principal ofensiva contra la nación ocupada, si ésta pertenece a nuestra raza, que es mórbidamente susceptible a llamamientos retóricos al sentimentalismo y a los «ideales», o sea, a cambios imaginados del mundo real para hacerlo más placentero, normalmente mediante alguna transformación mágica de la naturaleza humana.

Los arios, sobre todo las mujeres, se dejan entusiasmar fácilmente por las charlas rapsódicas sobre «toda la humanidad», «la hermandad del hombre», «la paz mundial», «la igualdad de razas», «todos los hombres nacen iguales», y tonterías semejantes. Que los arios adultos creen en este tipo de cosas, sin ayuda de ácido lisérgico, o ni siquiera de alcohol, es simplemente la prueba de la observación de Kipling d que «Las palabras son la droga más potente usada por la humanidad».

En los Estados Unidos, por ejemplo, llevan décadas incitando abiertamente a los congoides a saquear, apalear, violar y asesinar a sus «opresores» blancos, y los americanos blancos no solo son tan cobardes y masoquistas que se someten ellos y sus hijos a los ultrajes de los salvajes, sino que son tan fatuos y necios que se creen el engaño judío de que actúan (*los judíos*) por pura preocupación por los salvajes «desheredados», y no por odio hacia los arios, además de para para sacar provecho de las desgracias de los modernos Canaanitas (*los americanos*), cuyo país han de hecho ocupado. El desprecio de los judíos hacia sus atontadas y debiluchas víctimas probablemente esté justificado, pero creo que es obvio que su éxito en los Estados Unidos ha sido posible, como según Philo lo fue en Canaán, por el reverencial temor suscitado por sus clérigos religiosos en las mentes de los inocentes e inconscientes enemigos cuyo país habían invadido.

8. ¿Conspiración o instinto?

Este resumen de los recursos más útiles de los judíos nos deja, por supuesto, con el interrogante de cómo es posible que los miembros de esa raza tan ampliamente dispersa y desperdigada actúen con lo que equivaldría a una unánime y perfecta coordinación.

Es casi increíble que un número tan elevado de individuos, muchos de ellos con un bajo nivel de inteligencia, puedan ejecutar semejantes operaciones de acuerdo a un plan diseñado conscientemente y al cual todos se hayan previamente ajustado. La gran masa de judíos parecen estar, casi sin excepción, bajo el riguroso control y disciplina de sus bastante numerosos líderes, quienes a su vez pudieran estar igualmente sujetos a las órdenes de algún directorio supremo y secreto, que planee y dirija una estrategia consciente, tal como se establece en los famosos "*Protocolos*".

Esto es posible, aunque los arios tienden a considerar como muy improbable cualquier operación de la que ellos mismos serían absolutamente incapaces --de la que ellos son, debemos creer, genéticamente incapaces, puesto que sus crónicas más antiguas, en las tradiciones homéricas, las leyendas nórdicas, e incluso en los Vedas, atestiguan la enorme dificultad para mantener cualquier consenso efectivo dentro incluso de bandas compactas y comparativamente pequeñas, con vistas a objetivos específicos, inmediatos y limitados.

Es un error característico de nuestra raza, pernicioso y quizás letal, presuponer que las demás razas tienen un carácter aproximadamente similar al nuestro, y que en consecuencia hay que desechar los debates sobre una conspiración consciente y concertada.

La alternativa a dicha teoría, hasta donde yo puedo ver, solo puede ser la hipótesis de que los judíos estén dirigidos por su instinto, al menos en gran medida. Quizá representen una forma compleja y avanzada de ese fenómeno biológico cuyas más simples manifestaciones se ven en los mamíferos que cazan en jaurías o bandas. Como es bien sabido, los lobos y los perros salvajes africanos, por ejemplo, cazan en jaurías organizadas y acosan y abaten sus presas gracias a una especie de estrategia que ejecuta toda la jauría como unidad, pero en la que cada uno de sus individuos cumple una función determinada, y adaptándose a las necesidades de una situación específica. Y atribuímos esta actividad a instintos que operan totalmente por debajo del nivel de la consciencia real. Los babuinos africanos forman bandas que son en realidad pequeñas tribus que tienen un gobierno oligárquico, y su supervivencia bajo condiciones muy adversas demuestra que adaptan sus métodos, supuestamente instintivos, a las nuevas condiciones, y que aprenden de la experiencia y la observación. Se supone, sin embargo, en parte de la estructura del cerebro de los babuinos, y de la ausencia de un auténtico lenguaje, que la especie no tiene capacidad de pensamiento consciente.

Por otra parte, sabemos que aunque podríamos, en base a argumentos estrictamente objetivos, señalar que nuestra raza tiene una singular capacidad para el pensamiento objetivo, muchas de nuestras acciones vienen determinadas por reacciones instintivas y subconscientes (por ejemplo, nuestra percepción de la belleza, el miedo a la muerte, la reacción a olores y sonidos, etc.), por mucho que podamos intentar racionalizarlas conscientemente, o alterarlas mediante esfuerzos de voluntad que probablemente generen esquizofrenia.

Es totalmente posible, por tanto, que la selección biológica pueda haber producido una especie que depreda inconscientemente a las demás especies, tan instintivamente como los lobos depredan a los caribúes, aunque por supuesto, con muchísima más astucia y versatilidad.

9. Exterminación

La hipótesis anterior [la depredación 'instintiva'] no resuelve la objeción de que, por todo lo que sabemos, en el presente siglo (XX), y aproximadamente hacia la época de "*Los Protocolos*", tuvo lugar un marcado cambio en las actividades de los judíos.

Hasta dicha época, los '*aliens*' parecían darse por satisfechos con explotar a los arios y, en términos biológicos, alimentarse de ellos; actualmente su objetivo es, evidentemente, el **exterminio** de nuestra especie mediante masacres y mediante hibridación racial ['mongrelization'], de forma que parece como si la organización y dominio de las colonias judías por los sionistas hubieran producido un cambio de intenciones que, al menos en gran medida, tiene que haber sido conscientemente decidido y planificado.

[NdT: «mongrel»= *chucho*, *perro callejero de raza inidentificable*.]

Esto implica cierto grado de control por algún tipo de asamblea directiva que tiene la capacidad y el poder de establecer los objetivos de su raza.

[Si esto no es cierto], la única explicación alternativa a este cambio sería explicarlo como resultado natural del progresivo debilitamiento de nuestra raza, debido a otros ataques menos directos a lo largo de los últimos mil o más años, algo comparable al cambio de la actividad de una jauría de lobos cuando siente que el caribú al que acosan va quedándose exhausto.

Cualquiera que sea la explicación, la decisión de los judíos de exterminar a los arios no es nada ilógica.

Puede hacerse una buena analogía con las reses que se crían en sudoeste de los EE.UU. Durante largo tiempo, la raza de crianza favorita era la 'Texas Long-horn' (Texas Cornilarga), que era dura e intrépida, capaz de repeler a los coyotes y otros predadores, y de sobrevivir en tierras agrestes hasta que los vaqueros las reunían en redadas para un largo viaje hasta la feria de ganado; pero por otra parte era un animal peligroso, que podía atacar a sus propietarios si se sentía provocado. En la actualidad la raza está prácticamente extinguida, y los ranchos las han reemplazado con razas más dóciles, como el 'Black Angus', pues los predadores han sido exterminados, y las reses pastan ahora en el interior de recintos cercados, o simplemente se las engorda con maíz para ganado, con lo que ya no es necesario el vigor de las potencialmente peligrosas 'Long-horn', y además estos otros animales más dóciles y lentos proporcionan una carne más tierna.

A principios del siglo XX los arios habían, a todos los efectos prácticos, subyugado todo el planeta, convirtiéndolo por doquier en un lugar seguro y conveniente para los judíos, pero los acontecimientos de Alemania en la década de 1930 mostraron que si los arios se descontrolaban, podían ser peligrosos para la Raza Dominante.

Por tanto, para el autoproclamado 'Pueblo de Dios', la eliminación de nuestra especie parece un paso lógico.

10. 'Integración' genética

Añadiré una inquietante consideración que, hasta donde yo sé, ningún otro ario ha tomado en cuenta. Se basa en el trabajo del Dr. Alfred Nossig, cuyo manual de consejos a su raza sobre los mejores medios de tomar posesión rápidamente de todo el planeta, publicado simultáneamente en Austria, Alemania y los EE.UU. ("*Integrales Judentum*", Viena, Berlin, Nueva York, 1922) ["*Judaísmo integral*"?], debió haber sido ampliamente distribuido en otro tiempo, pero que en la actualidad es extremadamente raro, tanto que tuve que investigar durante años hasta conseguir encontrar un ajado ejemplar.

La mayoría de lo que dice, por supuesto, son meros lugares comunes para cualquiera que haya estudiado las técnicas de los judíos, pero hay una afirmación que, de ser cierta, explica muchas cosas y que nos deja con muy poca o ninguna esperanza, indiferentemente de lo que pueda suceder en el futuro: pues alardea de una infiltración *genética* en nuestra raza que probablemente nos deje indefensos.

Según el Dr. Nossig, una gota de sangre judía («*ein einziges jüdisches Bluttröpfchen*») alteraría de tal modo las células del cerebro («*Gehirnganglien*») de muchas subsiguientes generaciones de una familia

aria aparentemente pura, que harían a sus descendientes susceptibles a la propaganda judía y podrían fácilmente ser movilizados contra su propia raza.

Lo que es más, el Dr. Nossig parece rechazar el acostumbrado punto de vista judío de que los genes judíacos, como el de la hemofilia, se transmiten solo a través de las hembras, por lo que solo la descendencia de las judías, sin importar la raza del padre, serían auténticos judíos.

(Ésto, por supuesto, explica fenómenos tan variados como la degeneración de la aristocracia británica, que algunos observadores achacan en parte a la práctica común, entre los bretones codiciosos o necesitados, de casar a sus hijos con judías a las que se otorgaban suculentas dotes, y a menudo empapadas en agua bendita para hacerlas más aceptables; y también el secuestro de niños alemanes en 1944-45, que fueron llevados a Israel como material de cría para mejorar el físico de la raza.)

Asombrosamente, el Dr. Nossig parece creer que la herencia genética se transmite por los judíos de ambos sexos. Esto significa, por ejemplo, que si un judío hubiera en 1800 seducido y embarazado a una matrona aria, sus descendientes, incluso hoy al cabo de muchas generaciones (que con todo, serían menos que «*eine lange Reihe von Generationen*») [*una larga ristra de generaciones*] de matrimonios con arios de pura raza, tendrían *todos* ellos en sus cerebros ese tumor judío, y a través suyo serían susceptibles de ser controlados. Y cuando uno se pone a imaginar en cuantos nidos pueden haber puesto sus huevos estos cucos invasores a lo largo de los siglos, uno se estremece.

El Dr. Nossig está obviamente convencido de que los genes judíos no solo son dominantes, sino que tienen un potencial de dominio mayor de lo que se sabe de los genes de cualquier otro rasgo físico.

Esta presunción no se ajusta a las teorías mantenidas por la mayoría de los genetistas modernos, pero yo no he podido encontrar ninguna corroboración o refutación científica de su afirmación. Tampoco hace falta señalar los obstáculos metodológicos que tendría la determinación de la herencia de rasgos mentales específicos en los individuos, incluso si la investigación sobre dicho tema estuviera libremente permitida.

11. La religiosidad

El actual fomento intensivo de las charlatanerías ocultistas, que tan ampliamente aquejan a los jóvenes intelectualmente desheredados y saboteados en las incubadoras-de-bobos (=escuelas) públicas, parece indicar que mucha gente sin religión tiene un apetito instintivo por algo que la sustituya.

A algunos miembros altamente inteligentes de nuestra raza, incluso algunos en las escuelas de posgrado he encontrado, tanto hombres como miembros del sexo religioso, y por supuesto demasiado inteligentes como para ponerse a practicar brujerías o drogarse ellos mismos con mescalina o ácido lisérgico (LSD) para «entrar en contacto con el infinito», ahora *les da por* creer en la *metempsicosis* [NdT: «*metempsicosis*»= 1. *Migración del alma de un cuerpo a otro.* 2. *Tras la muerte, migración del alma a un nuevo cuerpo (animal o humano) para iniciar un nuevo ciclo de existencia.* --Collins.] (¡al menos, es una vieja fe arial!), y en una especie de inteligencia cósmica más o menos comparable al *Brahma* (género neutro) de los hindúes, que gobierna el universo en conformidad con algún Objetivo Supremo.

Una cierta religiosidad, un deseo o necesidad de creer en lo mágico y en los milagros (lo cual, por supuesto, implica la existencia de un poder suprahumano capaz de producirlos), podría ser biológicamente innato en todas las razas y quizá incluso en algunas especies de mamíferos no antropoides. Al menos esta es una hipótesis que yo he considerado a menudo.

Muchos lectores probablemente conozcan la importante obra de Eugene Marais, "*El alma de los simios*" ["*The Souls of the Ape*"] (es decir, de los babuinos -me han dicho que este inapropiado nombre [NdT: «*Ape*»=simio (*Los babuinos no son simios.*)] proviene de la traducción del idioma afrikáner, en el cual el título tiene una palabra que designa tanto a los simios como a los grandes monos), pero quizá no hayan

visto su obra anterior, y mucho más breve, traducida y publicada al poco de su muerte con el título *"Mis amigos los babuinos"* [*"My Friends, the Baboons"*]. En él, Marais informa que mientras él y su ayudante estudiaban a una colonia de babuinos, y ya habían logrado establecer relaciones amistosas con ellos, una noche les despertó una insólita visita de los machos dominantes, que eran los oligarcas de la tropa babuina. Por fin comprendieron que les estaban invitando a visitar la guarida de la tropa, y siguiendo a estos líderes fueron conducidos al lugar-dormitorio de la tropa, donde encontraron a cierto número de hembras que lloraban a sus crías muertas, al parecer de alguna enfermedad epidémica. Hasta donde Marais podía dilucidar, le habían invitado con la esperanza de que pudiera y quisiera resucitar a los niños-babuinos muertos, y devolverles a la vida. Cuando se marchó sin haber podido ejecutar el deseado milagro, se produjo una gran tristeza y lastimeros aullidos.

Anatole France ha escrito un ensayo muy creíble sobre los perros, que consideran a los hombres como sus dioses con una piedad que, sugiere ella, no difiere en lo esencial de la piedad religiosa de los seres humanos, excepto que los perros pueden ver y tocar a sus deidades y por tanto saben que existen, mientras que los seres humanos tienen que conformarse con el producto de su imaginación.

Debemos considerar la posibilidad de que nuestra raza, aunque distinguida, por supuesto, por su habilidad única para la investigación científica, pudiera también tener alguna tendencia específica (posiblemente relacionada con aquella), o algún deseo, hacia las creencias religiosas. Esto nos hace vulnerables a numerosos engaños e imposturas, en especial hacia el tipo de las creadas, quizá instintivamente, por los judíos. Yo creo que hay una gran dosis de verdad en la identificación y descripción que Spengler hace del alma Faustiana de nuestra civilización, con su anhelo de lo infinito como *idea matriz* [*ideé maîtresse*]. La infinitud puede ser temporal o espacial, y es fácil ver que esta tendencia de la mentalidad racial ha de producir naturalmente un muy fuerte e intenso deseo de inmortalidad. Como dice Nietzsche en su himno de medianoche, «Doch alle Lust will Ewigkeit, -- will tiefe, tiefe Ewigkeit!» [NdT: «A pesar de todos los gozos quiere eternidad, quiere profunda, profunda eternidad!» --(traducción especulativa, no sé alemán.)]

12. La Cristiandad

[NdT: Sinopsis: Revido Oliver hace un cursillo rápido sobre de la historia y evolución de los primeros siglos del cristianismo, y su relación con los judíos.]

(El Dios desconocido)

En las páginas precedentes he evitado referirme específicamente a la Cristiandad, aunque a juzgar por la experiencia de mis propios escritos, aproximadamente un 15% de los cristianos son lo suficientemente lúcidos como para percatarse de mis insinuaciones.

Creo que siento hacia la Cristiandad una simpatía mayor de lo que los lectores imaginan, puesto que no sólo la reconozco como una creencia que ha sido durante largo tiempo parte de nuestra civilización, y que ha producido espléndidos monumentos tales como las grandes catedrales, sino que también considero que ha sido de gran consuelo y ayuda para la gran mayoría de nuestra gente, una ayuda de la que lamento que ahora tantos deban prescindir. (Esto es algo es algo totalmente distinto de la utilidad social de las sanciones sobrenaturales, que quizá sean la base indispensable para cualquier moralidad aceptada y seguida de manera general)

Mis sentimientos hacia la Cristiandad son, creo, los expresados por lo que considero uno de los mejores poemas de Sir William Watson, "El camposanto" [*"The Churchyard"*]

- «He vagado por el lejano mundo,
- y tras el calor y el fulgor
- llegué un atardecer a un viejo camposanto:
- los tejos parecían orar.

- Y a mi alrededor polvo sobre polvo;
- y la huidiza luz; y el Reposo;
- y el infinito patetismo de la confianza humana
- en un Dios a quien ningún hombre conoce.»

Es este infinito patetismo lo que me conmueve profundamente. «*Sunt lacrimae rerum*», si recuerdas tu Virgilio.

(La irrelevancia del fundador)

Antes de entrar a analizar la Cristiandad en relación con la estrategia de supervivencia judía, déjenme primero hacer dos generalizaciones:

1. El poder y valor de una religión no tiene nada que ver con la personalidad o la probidad de su fundador. El mejor ejemplo de esto nos lo proporcionan los Mormones, que al día de hoy son el culto más sólido y estable en los Estados Unidos, y el que ha resistido, con más éxito que ninguna otra iglesia importante, a la contagiosa decadencia que rápidamente ha reducido a todas las demás -a excepción de algunas pequeñas iglesias Fundamentalistas, dispersas y discordantes, y de algunos núcleos de Católicos Tradicionalistas-, al despreciable graznido de un «evangelio social» y a una hipócrita irracionalidad.

Este masivo y realmente asombroso edificio religioso fue fundado por un tal Joseph Smith, un insignificante estafador que comenzó su carrera sableando a los pardillos mediante una piedra mágica que le permitía ver los tesoros sepultados en la tierra, pero que tras ser arrestado y salir con la promesa de no reincidir, se dedicó al mucho más seguro y lucrativo timo de sablear a los pardillos con la religión. Fundó una gran iglesia, pero hay motivos para creer que lo que fuera de ella tras su muerte le importaba un comino, y que probablemente no esperaba que fuera a perdurar.

Por supuesto, Smith, fue un hombre sobre el que tenemos gran cantidad de información, tanto de su vida como sus doctrinas, mientras que sobre Jesús no sabemos nada en absoluto, excepto los mitos asociados con su nombre, y son tan variados, contradictorios y posteriores que a todos los efectos prácticos es una figura mítica, como Adonis o Mitra, por mucho que quizá hubiera un hombre llamado así (lo que es probable) alrededor del cual se compilaran dichos mitos.

[Pero] si fuera posible averiguar quién fue, y lo que hizo, no importaría lo más mínimo si se descubriera que había sido un personaje no más admirable que Joseph Smith.

(La irrelevancia de las 'cristiandades' originales)

2. La única conexión que tiene la Cristiandad Occidental con los '*cultos-a-Jesús*' que existían en el Imperio Romano es que *algunos* de ellos proporcionaron un relato pseudo-histórico que fue aceptado por Occidente (nuestros antepasados se limitaron a ignorar las partes que resultaban desagradables a nuestra mente), y [proporcionaron] una confusa doctrina metafísica, expresada en palabras que nuestra gente malinterpretó, y progresivamente reinterpretó, hasta que su significado original quedó completamente olvidado.

Esto es cierto no sólo para la exuberante jungla de '*cultos-a-Jesus*' que floreció en el siglo II y posteriores, sino también para la Cristiandad '*ortodoxa*' que surgió bajo el liderazgo de los sucesores de Constantino.

Como hace notar Spengler en el segundo volumen de "*Untergang*" ["Ocaso"?], incluso la Cristiandad '*ortodoxa*' de los últimos días del Imperio Romano seguía siendo un culto esencialmente *Magiano* [NdT: «*magiano*»= relativo a los magos, sacerdotes zoroastrianos de las antiguas Media y Persia --Collins], y como tal, ininteligible para la mente Faustiana, y [Spengler] señala que Agustín, aunque reverenciado por la iglesia occidental, habría considerado a la Cristiandad de Anselmo, o a la de Santo Tomás, o a la de Lutero, como abominables e incomprensibles herejías -y lo mismo habrían considerado los demás supuestos "*Padres de la Iglesia*". Por supuesto, considerándolo históricamente, fueron sus *padres*, pero si hubieran conocido a la Cristiandad de la Europa Medieval, la habrían repudiado indignados como a un bastardo con quien no tenían relación alguna.

(*'Ortodoxos' y 'herejes'*)

Hasta las dos últimas décadas del siglo IV, en que un puñado de clérigos ganó influencia sobre Teodosio (explicándole lo ventajoso que le resultaría cooperar con ellos) y así pudieron usar los poderes policiales del estado para reprimir y matar a sus competidores, los arios, que hasta esa época habían sido la rama oficialmente aprobada (y por tanto, *'ortodoxa'*) de los cristianos, no existía nada a lo que pudiera llamarse una Cristiandad *'ortodoxa'*.

(Los arios, ahora llamados retrospectivamente *'herejes'*, eran culpables de ser lo bastante lógicos como para proclamar que un padre era obligatoriamente más anciano que su hijo, y naturalmente consideraban herejes y muy estúpidos a los vende-misterios que clamaban que el padre y su hijo habían nacido al mismo tiempo. Estos últimos, sin embargo, fueron lo suficientemente inteligentes como para respaldar a Teodosio antes de que éste lograra hacerse con el trono, y a respaldar a Graciano contra su padre, y una vez que tuvo en sus manos el poder imperial, fueron lo bastante inteligentes como para impedir que potenciales competidores se interpusieran y los echaran).

El ingenioso truco que usan los clérigos hoy día es definir como *'herejes'* a todas las innumerables sectas cristianas cuyas doctrinas no pudieron ser convenientemente retorcidas para adaptarse a lo que se convirtió en *'ortodoxo'* por decreto de Teodosio en el 381, conduciendo así a los incautos legos a suponer que había una Cristiandad *'ortodoxa'* antes de esa época. Además ocultan el hecho de que si la rama que llegó al poder en 381 es la ortodoxia, entonces toda la Cristiandad Occidental es una herejía, y ellos mismos también son, por definición, heréticos.

Lo único que se puede hacer honradamente es aplicar el término *'Cristiano'* a todas las sectas que proclamaban ser seguidoras de un tal Jesús titulado *'Cristo'*, que fue real o supuestamente ejecutado en Judea hacia la época de Tiberio.

(*Antiguas sectas cristianas*)

Cuando, hacia finales del siglo II, los cristianos comenzaron a llamar la atención, la mayoría de ellos eran judíos, y es probable que las numerosas cartas de Pablo, incluyendo tanto las que se incorporaron a la antología del *"Nuevo Testamento"* cuando fue recopilada, como las que por algún motivo quedaron excluidas, fueron manufacturadas en esta época por *judíos* que querían dar facilidades para admitir a los *goyim*. (Estas falsificaciones probablemente incluían una correspondencia amañada de Seneca con Pablo, que parece haber sido conocida por Tertuliano). Ésta era una diferencia importante entre las numerosas sectas cristianas:

Los **Nazarenos**, cuyo libro santo era un *"Evangelio según los Hebreos"* del que se conservan algunos fragmentos, y que en sus ritos sólo hablaban en arameo, mantenían que sólo los judíos de raza podían ser cristianos, puesto que Cristo, cuando regresó a masacrar a los odiados *goyim*, naturalmente quería que sólo los judíos gobernaran el mundo.

Los **Ebionitas**, que tenían entre otros un "Evangelio de Mateo", que con toda seguridad era más antiguo que la diluída 'reescritura' [rifacimento] que se incluyó en el *"Nuevo Testamento"*, y que predicaban un perfecto comunismo, con todas las propiedades y mujeres pertenecientes a todos en común, tenían una postura de compromiso: mantenían que los *goyim*, si se circuncidaban y pasaban unas ceremonias para purgarlos de su nativa vileza, podían convertirse en cristianos de segunda, como explicaré luego.

Los **Carpocratianos**, que parecen haber sido una secta numerosa y poderosa en su día, admitían a los *goyim* como iguales, ya que la Salvación era para todos aquellos que habían sido «redimidos por Cristo» de la servidumbre a las leyes humanas y al materialismo. Cristo había venido a liberar a la humanidad de la opresión y a otorgar a los justos una nueva libertad: lo que importa es la salvación espiritual, y debemos demostrar nuestra emancipación de las cosas materiales negándonos a reconocer a *ninguna* ley humana sea cual sea, y sintiéndonos libres para consentirnos cualquier lujuria y para ejecutar cualquier acto al que el espíritu pudiera impulsarnos. Al igual que los Ebonitas, los Carpocratianos predicaban un comunismo total, en la cual todas las propiedades y todas las mujeres debían ser para uso de todo el mundo. Aunque no

tenían objeciones contra la homosexualidad, admitían mujeres para fomentar la promiscuidad general, a la manera moderna, cosa que los diferenciaba de algunas otras ramas cristianas que excluían a las hembras como «inmerecedoras del Reino de Dios», y sólo practicaban la homosexualidad masculina.

Había muchas otras sectas cristianas, cada una con sus propias revelaciones de Dios a través de Jesús, tales como los **Naasenos**, que adoraban a las serpientes como símbolos y encarnaciones del poder divino, porque las serpientes mudan de piel periódicamente, con lo que renacen y viven para siempre; los **Adamitas**, cuya especialidad era andar desnudos en público para mostrar que habían sido redimidos por Cristo del pecado original y por tanto estaban emancipados de todas las leyes del hombre pecador; y montones de muchas otras.

Mi suposición es que los Carpocratianos y similar ralea eran las sectas dominantes de la Cristiandad, hasta que las persecuciones de los perversos emperadores paganos del Siglo III convirtieron estas formas de la Cristiandad en impopulares, por su gran probabilidad de resultar nocivas para la salud.

Por supuesto, los cuentos sobre los mártires son todos ficticios (Jerónimo, en una carta que fue incluida, sin duda porque se les pasó por alto, en la colección oficial de su correspondencia, alardea de su habilidad para inventarse historias de mártires con las que edificar a los fieles), pero algunos emperadores Romanos hicieron intentos sistemáticos de hacer respetar la ley y la moralidad aceptada, intentando extirpar del estado al tumor cristiano, y yo creo que lo más probable fue que estas persecuciones tuvieron el suficientemente éxito como para dejar el negocio-del-Evangelio expedito a las sectas que al menos profesaban las relativamente inocuas doctrinas que finalmente se convirtieron en '*ortodoxas*'.

('Gnósticos' y judíos)

Nuestros clérigos intentan escaquear estos hechos de la Cristiandad primitiva llamando '*gnósticos*' a todas las sectas que no eran '*ortodoxas*' según unos estándares que no se diseñaron hasta el siglo IV. Esto, por supuesto, es una clara falta de honradez. Un "Gnosticismo" es una secta religiosa que pretende tener una *gnosis*, un conocimiento de cosas sobrenaturales, que les han sido reveladas por algún Salvador que, o bien fue un dios encarnado, o bien un superhombre inspirado por la divinidad.

Obviamente, todas las sectas cristianas son gnósticas en ese sentido, porque todas proclaman basarse en revelaciones hechas por Cristo, al cual en varias sectas lo consideraban como o bien haber sido una encarnación de un dios, o bien un hombre a quien Juan el Bautista o algún otro profeta había henchido de Espíritu Santo.

En los primeros cuatro siglos d.C. el mundo estaba lleno de gnósticos que trapicheaban con revelaciones especiales, y por supuesto Cristo no era más que uno de estos Salvadores: otros eran Baruch, Gamaliel, Tat (=el dios egipcio Toth), Seth (dios egipcio), Balaam, Ezequiel, Adam (cuyos libros acababan de ser descubiertos), Moisés, Enoch, Marsanes, Nicotheus, Phosilampes, Mithra, Zoroaster, Zervan, etc. etc.

En los primeros siglos de nuestra era, el oriente próximo era una casa de locos atestada de lunáticos desvaríos de los faquires que trapicheaban con sus Salvadores y sus falsos Evangelios, y a esta distancia es imposible distinguir entre los locos, los alucinados que tenían visiones de dios consumiendo el hongo sagrado *Amanita muscaria*, y los embaucadores que sableaban a los palurdos con palabrería mística. No puede uno leer mucho de estos galimatías sin sentir mareos y vértigos, pero para un examen rápido del material que nuestros clérigos quieren barrer debajo de la alfombra, consulte "*Les livres secrets des Gnostiques d'Egypte*", de Jean Doresse, Paris, 1959, que hace un repaso de los libros encontrados en Chenoboskion unos cuantos años antes.

Lo único significativo es que los traficantes de todas estas formas de gnosticismo (incluyendo los cultos cristianos anteriores al siglo III) eran prácticamente todos judíos. Si buscas en el "*Scientific American*" de enero/1973, págs. 80-87, observarás que el autor se ve obligado a admitir que «*se va haciendo cada vez más evidente que gran parte del gnosticismo es probablemente de origen judío*». Naturalmente el autor, preocupado por quizá ofender al Pueblo Peculiar de Dios, está siendo precavido.

Aunque admito que de alguno de los más prominentes vendedores ambulantes de Salvación no puede uno identificar su raza, creo que es significativo que aquellos a quienes se pueda identificar racialmente siempre resulten ser judíos, y por mi parte borraría el «gran parte» y el «probablemente» de la afirmación del autor.

(Tertuliano, un 'ortodoxo')

No puede quedar ninguna duda de que la Cristiandad fue en su origen algo fomentado por los judíos, y es de destacar cómo los cristianos que en el siglo II intentan hacer respetable su culto proclaman su repudian por los judíos.

Uno de los más precoces en hacer ésto fue Tertuliano, un abogado cartaginés de dudosa reputación, cuyo "*Apologeticum*", una defensa de la Cristiandad, fue escrito justo al comienzo del siglo III. Afirma que la Cristiandad no es una conspiración de degenerados y revolucionarios, como comúnmente se creía, sino que proclama que es una asociación de amables hermanos que han preservado la fe a la que los judíos habían renunciado -lo cual ha sido la historia común desde entonces-.

Nuestros clérigos rescatan a Tertuliano proclamando que en sus primeros escritos era «ortodoxo», pero que luego ¡lástima!, se convirtió en un hereje Montanista. Tertuliano es el autor del famoso dicho de que cree en lo imposible porque es absurdo («*credo quia absurdum*»), así que es naturalmente querido al corazón de los píos.

Cuánto trampearon los datos Jerónimo y otros santos, para hacer que Tertuliano parezca 'ortodoxo' en sus primeras obras es algo que ha demostrado por completo Timothy Barnes en su "*Tertuliano*" (Oxford, 1971), pero incluso él se pasa un centenar de páginas manoteando con dificultades cronológicas que pueden ser reconciliadas con lo que a mí me parece la solución más obvia y sencilla: Tertuliano, que antes de meterse en el negocio de los Evangelios era evidentemente un picapleitos, tenía la sensatez suficiente para eliminar, de su breviario para cristianos, hechos que habrían disgustado a los paganos, a quienes estaba intentando convencer de que los cristianos no representaban ninguna amenaza para la sociedad civilizada; en consecuencia en sus obras apologéticas ocultaba las peculiares doctrinas de la secta cristiana a la que él había sido originalmente «convertido».

Pero naturalmente, exponía estas doctrinas en otros escritos dirigidos no a los ojos de los perversos paganos, sino a las otras ramas de los cristianos, a quienes deseaba convertir a su propia secta, que era la de Montano, un muy Santo Profeta (divinamente inspirado, por supuesto), que era frigio, no judío, y que había aprendido de sus charlas con Dios que como los judíos habían pifiado su gran oportunidad en la época la Crucifixión, Jesús, cuando regresara al año próximo, o quizá al siguiente, iba a instalar su Nueva Jerusalén en Frigia, después de hubiera hecho estragos entre los paganos y los hubiera atormentado y masacrado de todas las deliciosas maneras tan encantadoramente descritas en el Apocalipsis, el Himno al Odio que aún hoy día sigue arrullando las almas de los cristianos "Fundamentalistas".

Si Tertuliano, en su "*Apologeticum*" y obras similares, hubiera dicho a los estúpidos paganos que iban a ser torturados y exterminados en uno o dos años, a lo mejor les hubieran entrado dudas de si los cristianos eran o no los inocentes corderitos que Tertuliano pretendía que eran.

(Minucius Felix, otro 'ortodoxo')

Tertuliano escribe una semi-literatura rimbombante. El primer cristiano capaz de escribir en un latín decente es Minucius Felix, cuyo "*Octavius*", escrito en la primera mitad (probablemente el primer cuarto) del siglo III debió haber hecho mucho por convertir en respetable a la Cristiandad.

Se concentra en ridiculizar los mitos paganos, en los que de todas formas no creía ningún hombre educado, y en negar que los cristianos (su especie, quiere decir, por supuesto!) practicara el incesto (uno de los pasatiempos favoritos de muchas sectas que habían salvadas de Cristo de la tiranía de las leyes humanas), o que cortaran las gargantas de los niños para conseguir sangre para la Sagrada Comunión

(como algunos grupos indudablemente hacían). Argumenta a favor de un monoteísmo que es indistinguible del de los Estóicos, excepto por el hecho de que el Dios Único se identifica con la deidad cristiana, de cuya adoración los pecadores judíos son apóstatas, e insiste en que los cristianos no tienen nada que ver con los judíos, a quienes Dios va a castigar.

Lo interesante es que Minucio no tiene nada que decir sobre ninguna doctrina específicamente cristiana, y que en su libro no aparecen los nombres de Jesús ni de Cristo. No hay más que una alusión: los paganos dicen que la Cristiandad fue fundada por un criminal (sin nombre) que fue crucificado. Eso, dice Minucio, es absurdo: ningún criminal ha merecido jamás, ni ningún hombre de este mundo tiene el poder, de que se le crea dios («*erratis, qui putatis deum credi aut meruisse noxium aut potuisse terrenum*»). Esta ambigua referencia es todo lo que dice al respecto; acto seguido se pone a condenar a los egipcios por adorar a un hombre mortal, y luego argumenta que el signo de la cruz representa (a) el mástil y la percha de un buque navegando, y (b) la postura de un hombre que está correctamente adorando a Dios, es decir, de pie con los brazos extendidos.

Si Minucio no está meramente intentando engañar de los crédulos paganos, por cierto que suena como si este cristiano estuviera negando la divinidad de Cristo, bien considerándolo, como hacían muchos de los primeros cristianos, como un hombre inspirado por Dios pero al que no había que identificar con él, o proclamando, como hacían cierto número de sectas, que lo que apareció sobre la tierra y fue crucificado no era más que un espectro, un aparición incorpórea enviada por Cristo, el cual se había prudentemente quedado en su cielo por encima de las nubes y se reía de los tontos que pensaban que podían matar a un fantasma.

[Pero] por supuesto, nuestros clérigos están totalmente seguros de que era «*ortodoxo*».

(Chrestus y los 'chrestiani')

No puede determinarse si los cristianos, de quienes no hay ningún rastro histórico anterior a alrededor del 112, eran simplemente, o no, una continuación modificada o disimulada de lo *Chrestiani* (o sea, los seguidores de un cristo judío que, bajo el asumido nombre de Chrestus, evidentemente convenció al menos al populacho de la enorme colonia judía implantada en Roma de que había llegado la hora de comenzar a masacrar a los *goyim*).

La palabra que usaba Tácito, tal como aparece en la lectura del original del manuscrito de los Médici (que aún puede verse por debajo del borrado y 'corrección' hecho por una mano posterior) era *Chrestiani* («*quos per flagitia invisos vulgus Chrestianos appellabat*»), y la precisión de dicho deletreo está garantizada por el hecho de que Tertuliano se queja, en 197 d.C. y posteriormente, de que los paganos llaman *Chrestiani* a los miembros de su secta, lo que no es en modo alguno justo, porque la palabra correcta es *Christiani*.

Esto tiene importancia porque *χρηστός* [Chrestus], 'util, servicial, bueno' es un nombre griego frecuente y era un nombre que a menudo se ponía a los esclavos de origen oriental (y que conservaban como sobrenombre cuando se emancipaban), y era también un nombre comúnmente llevado por personas de clase baja de Asia Menor que querían ser conocidos por un nombre griego inteligible en vez de por los estrafalarios nombres semitas o de otro origen propiamente suyos (muy al estilo de como mucho chinos en este país se llaman a sí mismos 'Charlie' o 'Mike'). Por ejemplo Curio, un amigo de Cicerón, tenía un esclavo o liberto llamado Chrestus, a quien empleaba como una especie de periodista para bosquejar resúmenes de los acontecimientos diarios de Roma para transmitir las noticias a sus amigos que estaban fuera de Italia.

Se conocen muchas personas con este nombre. Una de ellas era un agitador y revolucionario judío, Chrestus, a quien se consideró líder de uno de los grandes estallidos judíos de Roma, que, como sabemos por Suetonio ("*Claud.*" 25.4), fue acompañado disturbios y atrocidades tan repugnantes que Claudio expulsó de la ciudad a todos los judíos (excepto, por supuesto, a los que se habían comprado la ciudadanía). (No sirvió de nada, por supuesto, porque mientras expulsaba a uno por la puerta delantera, probablemente ya había dos colándose por las ventanas traseras, y unos cuantos años más tarde Roma estaba más atiborrada que nunca de judíos, y Claudio, cuando otra vez se habían hecho más inaguantables que de

costumbre, decidió que eran demasiado numerosos y que estaban demasiado profundamente atrincherados en la vida económica de la ciudad como para expulsarlos, e intentó controlarlos prohibiéndoles tener sinagogas en la ciudad ("*Cassius Dio*", LX,6.8). La fecha del estallido en concreto del cual Chrestus fue líder es incierta. Koestermann, que tiene un buen artículo sobre el tema en "*Historia*" XVI (1967) 456-469, le adjudica el 49-50 d.C., pero pudo haber sido un estallido de judíos de seis o siete años antes. Aceptando la fecha de Koestermann, habría ocurrido entre catorce y quince años antes del incendio de Roma del 64 d.C., del cual Nerón culpó a los *Chrestiani*, a quienes con toda seguridad se consideraba como una banda o más bien horda de judíos que intentaban destruir la civilización a la manera de Chrestus, a quien quizá veneraran como su Karl Marx o Trotsky (Bronstein).

Qué fue de Chrestus no se sabe, pero no es imposible que se ocultara para evitar su arresto, escapara de Roma, y volviera a Judea, si es que ya había estado allí, o si no, que la escogiera como un buen sitio donde seguir provocando más problemas a la gente civilizada. De haber sido así, podría haber sido arrestado y ejecutado allí por las autoridades romanas. Y de haber sido así, podría haber sido tomado como base sobre la que construir los posteriores mitos sobre Jesús (un nombre judío muy común, que bien podría haber sido el propio suyo). Es un hecho curioso que una de las más precoces falsificaciones cristianas, ya conocido a Tertuliano y precediendo a la mayor parte o a todo el Nuevo Testamento, es una supuesta cara de Poncio Pilatos en la que describe la Crucifixión, y que existe en dos versiones, dirigidas a Claudio así como a en las versiones estándar en la que el emperador reinante es Tiberio. Es difícil imaginar por qué ningún cristiano podría haber considerado una ventaja colocar la Crucifixión tan tardía, pero sería comprensible si la historia originalmente implicaba a Chrestus, y la fecha hubiera alejada más en el pasado cuando se decidió que sería mejor cambiarle el nombre a Christus y fingir que no había ninguna relación. Un cambio de Chrestus a Christus habría sido fácil de hacer hacia el final del siglo II, cuando el creciente *itacismo* de la pronunciación griega hizo que la *eta* y la *iota* se pronunciaran igual en el habla popular. Tendría la ventaja adicional de que el nuevo nombre sería único y sin precedentes como nombre personal, en vez de ser un nombre muy común entre las clases bajas.

(*Christus y los 'Christiani'*)

La palabra χριστός [Christus], 'ungüento, óleo' no era, naturalmente, un nombre que se pusiera nunca a personas, pero en el yiddish de aquella época (o sea, el dialecto judío del griego) por alguna razón se usaba como epíteto aplicable a los reyes judíos que aparecen en las historias del Viejo Testamento, para implicar que habían sido 'ungidos' y por tanto eran legítimos. Ocurre en la [Biblia] Septuaginta. De esta forma adquirió entre los judíos unas connotaciones que podrían haberlo convertido en un título lógico, asumible por un agitador revolucionario que proclamaba ser el legítimo rey de los judíos y también el Mesías a quien los judíos llevaban largo tiempo esperando con la esperanza de que sus poderes sobrenaturales los capacitarían para masacrar a los odiados indoeuropeos sin temor a represalias. Es totalmente posible que existiera tal agitador, distinto de Chrestus, en la época de Tiberio, y que fuera ejecutado por el gobierno romano de Judea de aquel tiempo. Habrá notado que en los relatos del Nuevo Testamento contienen claros vestigios de la pretensión de ser el 'Rey de los Judíos', algo que los autores de los relatos consideran necesario explicar. En ausencia de cualquier registro histórico uno no puede más que especular, pero en conjunto yo creo más probable que existió un agitador o taumaturgo llamado Jesús (o sea, *Yeshua'*, una abreviación corriente de *Yehoshua'*, como Jake abrevia a Jacob) en tiempos de Tiberio, que toda la historia fuera reconstruída a partir de la carrera de Chrestus. Palestina estaba llena de *goētae* [?], faquires, que trapicheaban milagros y revelaciones a las multitudes, y no sería nada asombroso que uno de ellos intentara montárselo en competencia con los sacerdotes judíos ya establecidos, con resultados fatales, o que incluso iniciara un movimiento revolucionario de algún tipo que el gobierno romano cortó de raíz.

Lo primero explicaría por qué es casi seguro que los *Chrestiani* ejecutados por Nero en el 64 d.C. fueran una chusma de judíos revolucionarios, seguidores de un notorio Chrestus, que había dirigido el destructivo estallido unos catorce o más años antes. No hay por tanto ninguna prueba histórica de existencia de cristianos en una época tan temprana. (El término '*cristiano*' debería obviamente ser aplicado sólo a sectas que proclamen derivar de un Christus, distinto de Chrestus). Para más información sobre este tema ver el artículos de Koestermann citado antes.

(*Plinio*)

La prueba más antigua que tenemos de la existencia de cristianos es la carta de Plinio. Plinio estaba

en Bitinia en el 112 d.C., y en dicha época los cristianos probablemente aún no se habían inventado ninguno de sus 'evangelios', aunque es posible, por supuesto, que tuvieran algunos en secreto y pudieran habérselos ocultado a él. (Existe una traducción del texto de la carta en las series Loeb). Convencieron a Plinio de que no eran más que un hatajo de fanáticos ignorantes y supersticiosos, pero inofensivos, y según se deduce de la carta, Plinio estaba realmente asombrado de no encontrar nada que demostrara que fueran culpables de los crímenes (como los asesinatos rituales) o de la subversión anarquista que él con toda naturalidad asociaba con su nombre. Puesto que la suya es la única prueba histórica de [la existencia de] cristianos en fecha tan temprana, no tenemos medios de saber si es que confundió a los *Christiani* con los *Chrestiani* (que quizá seguían activos en aquel momento - los judíos siempre estaban conspirando contra la civilización y pudieron haber conservado el nombre) -una confusión que sería particularmente fácil porque un romano habría pensado muy improbable que un grupo se autodenominara 'el pueblo del ungüento', que es todo lo que el nombre significaría para cualquiera que no fuera judío- o si es que había cristianos (es decir, personas que se proclamaban seguidores de un Christus, no Chrestus) que practicaban asesinatos rituales y cosas así. Posteriormente los hubo.

(Enemigos de los grecorromanos)

Es seguro que las primeras sectas conocidas de "*cristianos*", o sea, de seguidores de uno u otro de los agitadores llamados Jesús, eran enemigas, y probablemente conspiradores contra los grecorromanos. Los *Nazarenos* sólo admitían a judíos; los *Ebionitas*, de conformidad con la doctrina explícitamente establecida en el "*Nuevo Testamento*" (*Marcos 7.27-29*), aunque la mayoría cristianos eran demasiado estúpidos para comprender lo que leían, admitían a *goyim* con el estatus de «*perros plañideros*», siempre que se hubieran circuncidado y obedecieran a sus amos de divina designación, prometiéndoles que cuando volviera Jesús con refuerzos celestiales para infligir a los odiados griegos y romanos todas las matanzas y tormentos que tan entusiastamente descritos está en el Apocalipsis, incluido en el "*Nuevo Testamento*", los prosélitos se les permitiría yacer en el suelo bajo las mesas en las que banquetearían los triunfantes judíos, y comer las sobras de la mesa que les arrojaran. Sin embargo, esta promesa no lograba, comprensiblemente, atraer a grandes cantidades de *goyim*, y la superstición sólo se puso en marcha cuando se modificaron sus doctrinas para facilitar la «*conversión*» de grandes cantidades de los bastardizados habitantes del en otro tiempo Imperio Romano.

Muchas de las sectas cristianas más antiguas renegaron, de diversas formas, de cualquier conexión con los judíos, y a duras penas puede dudarse de que los pasajes antijudíos del "*Nuevo Testamento*" fueran diseñados para facilitar la competición con estas sectas. Es, creo yo, muy significativo que la secta cristiana que perspicazmente hizo un trato con los déspotas del decadente Imperio Romano y así adquirió el poder legar y militar para exterminar a sus competidores fuera una que había compilado, y apresuradamente reunido, y descuidadamente editado una antología de unos cuantos de los numerosos evangelios, llamándola un "*Nuevo Testamento*", de forma que se pudiera llevar con el otro "*Viejo Testamento*" de cuentos judíos para demostrar que los judíos eran la Raza Escogida de la deidad tribal a quien los judíos habían impudicamente identificado con el *animus mundi* del monoteísmo de los estoicos así como con el Ahura-Mazda del culto zoroástrico.

Quizá también sea significativo que los cristianos siempre hayan usado las técnicas normales judías de fraude y falsificación, más obviamente cuando inventaban evangelios que pretenden haber sido escritos por testigos presenciales de acontecimientos milagrosos e imposibles.

Las pruebas no nos permiten afirmar que la Cristiandad haya sido astutamente perfeñada como medio de paralizar los saludables instintos de las demás razas, pero podemos afirmar que *si* los judíos se hubieran propuesto diseñar un veneno mental que finalmente sería letal para nuestra raza, no podrían haber elaborado una droga más eficaz en aquellas circunstancias.

(Evolución de los cristianismos modernos)

Quiero llamar enfáticamente la atención sobre el obvio hecho de que la primitiva doctrina cristiana es una exigencia específica de suicidio de nuestra raza, que desde el final de Imperio Romano hasta el presente sólo sobrevivió porque nuestros antepasados, de un material bárbaro y fresco, se limitaron a ignorar de hecho una gran parte de la perniciosa doctrina, especialmente en la Europa nórdica,

esencialmente dirigida por regímenes aristocráticos.

Hasta que la desintegración del protestantismo hizo posible que cualquier sastre con ambiciones, cualquier hombre astuto y con confianza, o cualquier ama de casa disgustada, tuviera 'revelaciones' y cortejara a las clases bajas para dárselas de importante, o para desplumar a los pardillos, los clérigos profesionales o bien se contentaban con decirle a nuestro pueblo que eran «pecadores», o usaban los recursos comunes de los teólogos para ocultar el significado del libro sagrado. (Incluso así, los derviches católicos son, obviamente, los responsables del dominio final de los mestizos en "Latino"-América, y de muchas desgracias similares.)

En lo que respecta a la lamentable aceptación del cristianismo por los ignorantes bárbaros de nuestra raza, he intentado relatarla en mi libro *"El cristianismo y la supervivencia de Occidente"* [*"Christianity and the Survival of the West"*]. Al día de hoy no cambiaría nada en ese análisis excepto para hacerlo más enfático aún, pues en los años desde que lo escribí, he llegado a la conclusión de que, con muy contadas e insignificantes excepciones, los cristianos son inútiles para cualquier esfuerzo por la preservación de nuestra raza, y de que nuestros enemigos interiores están, desde su propio punto de vista, bien aconsejados al subsidiar como están haciendo actualmente los vociferios de los chamanes evangélicos y el resurgir de las supersticiones mentecidas. [NdT: «menticide»= mentecida. «debilitamiento sistemático e intencional de la mente consciente de una persona con el objetivo de instilar dudas y reemplazar dicha dudas con ideas y actitudes directamente hostiles a sus ideas y actitudes normales, sometiéndolo a torturas mentales y físicas, a interrogatorios exhaustivos, a sugestión, adoctrinamiento y narcóticos. Véase "lavado de cerebro".» --Merriam-Webster.] , por todos los medios, inclusive el contratar técnicos capaces de pasar por «científicos» y «demostrar», mediante sutiles e impúdicos trucos, la «verdad» de las más endeables farsas y de los más absurdos conceptos.

La evolución del cristianismo, en todas las sectas del mundo occidental a lo largo de los dos últimos siglos, ha conllevado la progresiva eliminación de todas ellas de los elementos de nuestra moralidad aria nativa, que fueron sobreimpuestos a la doctrina antes y durante las Eras Medievales para hacerlo aceptable para nuestra raza, y así hacerla una religión que no pudiera exportarse globalmente a otras razas.

Con el progresivo debilitamiento de nuestros instintos raciales, todas las confesiones religiosas han sido restauradas a su conformidad con el cristianismo 'primitivo' del libro sagrado, es decir, al veneno indisoluto de los originales judíos.

Debería, quizá haber hecho más explícito en mi pequeño libro que el eficaz poder de este culto ajeno a nosotros no está en absoluto limitado a las sectas que afirman creencias seres sobrenaturales. Como he enfatizado en otros escritos, cuando los mitos cristianos se vuelven ya increíbles, dejan en las mentes de incluso los hombres más cultos y educados un poso, un detritus de la mitología rechazada, en forma de supersticiones sobre «toda la humanidad», «derechos humanos», y similares ficciones de la imaginación, que han ganado aceptación sólo en la asunción de que hayan sido decretadas por alguna omnipotente deidad, de manera que a efectos prácticos debemos considerar como básicamente cristianos y religiosos cultos irracionales tales como el Comunismo y ese enredo de fantasías al que llaman "Liberalismo", y que es la fe más ampliamente aceptada entre nuestro pueblo hoy día.

Me siento algo animado por el hecho de que hoy día algunos de nuestros más inteligentes "Liberales" están por fin dándose cuenta de que su supuestamente tan racional credo está simplemente basado en los mitos cristianos que habían conscientemente rechazado. Observo por ejemplo en que Mary Kenny, que se describe a sí mismo como «un antiguo radical» (*"The Sunday Telegraph"*, 27/enero/1980, págs. 8-9), ha llegado a darse cuenta de que

«tantas de las ideas políticas ["liberales"] ... tienen una raíz religiosa. La búsqueda de la igualdad en el sentido seglar es un sustituto de la idea judeocristiana de que Dios ama por igual a todos los individuos. ... Los sentimientos de culpa o, de hecho, de piedad, que en otro tiempo tenían un impulso religioso, están siendo transferidos a las ideas seculares para la destrucción definitiva de nuestra civilización.»

Si es que queda alguna esperanza para nosotros, subyace, creo yo, en esta tardía tendencia a tomar en cuenta las realidades biológicas.

13. El fatal destino de las naciones

En las páginas precedentes he intentado simplemente sugerir lo que me parecen ser los fenómenos más importantes que hay que tomar en cuenta para hacerse una idea aproximada y objetiva sobre los judíos, y para examinar desapasionadamente la actual y acuciante situación de nuestra raza, y el fatal destino que parece cernirse nuestros hijos, y sobre nosotros mismos salvo que como individuos ya hallamos llegado *«prope ad ipsos exactae aetatis terminos»* [NdT: *«prope ad ipsos exactae aetatis terminos»* = ¿«junto al mismo y exacto término de nuestra edad»? =o sea, cercanos a la muerte? --(nuevamente, traducción especulativa).]

No sé qué puede hacerse, si es que puede hacerse algo, para preservar una especie que algunos juiciosos observadores consideran impelida por un deseo de muerte, en gran medida subconsciente, pero irresistible. En 1914, a pesar de tener a los judíos a la chepa, éramos sin ninguna duda la raza dominante de la tierra; ahora somos una despreciada y degradada especie de antropoides sobre la que se ceban alegremente todas las demás especies, incluso las más brutales e inferiores.

Cuando veo que nuestra gente es o bien demasiado obtusa para percibir su degradación, o demasiado cobarde para que les importe, me falta poco para desesperarme.

Tan solo hace unas cuantas décadas no habría creído posible que aquí, en los EE.UU., los arios pudieran ver con complacencia como arrastraban a sus hijos a las 'escuelas' [NdT: *Oliver se refiere al 'busing' o transporte forzado de escolares a escuelas lejanas a sus propios barrios, para crear artificialmente escuelas multirraciales. Esto ocurrió en los años 60, y con ello los blancos perdieron el derecho a tener escuelas propias.*] para que los deshonraran asociándolos a la fuerza con salvajes, y para que esos animales les roben, les golpeen, violen y mutilen.

Incluso hoy día apenas puedo creerlo cuando oigo por la radio cómo los jefes de policía instan encarecidamente a los conejos blancos a que minimicen el riesgo de que los apaleen o maten esos salvajes, con cuyos impuestos nutren y a quienes subsidian para que se reproduzcan más deprisa: en las junglas que una vez fueron nuestras grandes ciudades, a los apocados habitantes blancos se les dice que una vez anochecido no deberían aventurarse al exterior de sus casas, que deberían andar solo por el centro de las aceras para para que los congoides tengan menos probabilidades de abalanzarse sobre ellos desde algún umbral o desde algún coche, y que por grandes zonas de sus propias ciudades no deberían ni aparecer.

¿Son capaces de sobrevivir, o incluso aptas para vivir, unas criaturas que aceptan semejante degradación? ¿Es sólo que han sido esclavizados por asquerosas supersticiones, o es que se les ha embotado tanto el cerebro, por siglos de sistemático envenenamiento, que se han vuelto permanente e irremediamente imbéciles?

Cuando los judíos invaden una nación su primera preocupación es, como exige la prudencia, conseguir el control de las mentes de sus víctimas. A mediados del siglo XIX, Lord Harrington decía al parlamento que los judíos controlaban ya «una gran parte» de la prensa inglesa, y por supuesto en otros países arios habían tenido el mismo o incluso más éxito.

Menos de un siglo después, su control sobre todos los medios de comunicación internos de todas y cada una de las naciones arias se había prácticamente absoluto, aunque a algunos periódicos pequeños aún se les permite publicar algunos artículos que el poder ocupante no ha aprobado. En relación con esto viene bien recordar el dicho de Dzhugashvili (alias Stalin) de que no merecía la pena suprimir o apoderarse de periódicos con 10.000 ejemplares o menos de circulación.

Y además, es cierto que los judíos necesitan tener una pequeña oposición para mantener la ficción de que están «perseguidos», y es posible que precisamente con este objetivo hayan fomentado a pequeña

escala los tipos más absurdos e inviables de «antisemitismo».

Pero actualmente parecen sentir que pueden ostentar su arrogancia sin problemas, y parecen haber decidido que ningún chuchito tiene permitido ladrarles a sus dueños, y ni tan siquiera lloriquear de manera audible.

A todos los efectos prácticos, la aristocracia natural de nuestra raza, que en otro tiempo le confería cierto sentido de orientación, ha sido totalmente destruída mediante matanzas revolucionarias, mediante guerras amañadas en pro de objetivos alucinatorios, mediante saqueos económicos disfrazados de «democracia», mediante corrupción interna a través del fomento de sus vicios, y mediante la hibridación racial.

Nos hemos quedado con lo que globalmente es un proletariado ario, diferenciado sólo por sus ingresos y, sobre todo si estos ingresos son algo superiores a la media, deseosos de someterse a cualquier cosa, o incluso a hacer cualquier cosa, por unos cuantos dólares, o libras, o rands, de más. Toda nuestra población, sin apenas ninguna excepción significativa, está en estos momentos a la merced de, y por tanto esclavizados por, las presiones económicas que los judíos ejercen ante el menor signo de descontento.

La tradicional suspicacia de nuestra raza hacia los 'mercaderes' estaba más que justificada. Los hombres cuyos ingresos dependen de vender a la masas siempre están sujetos a la tentación de las ganancias, que casi siempre es más fuerte que cualquier otra restricción moral que hipotéticamente pudieran reconocer, y hoy día no son más que esclavos a merced de sus amos.

Aún más precario incluso es el estatus de aquellos que no venden bienes materiales, como los autores, periodistas, actores, clérigos y demás adivinos, vendedores, agentes publicitarios, profesores, y similares, cuyos medios de subsistencia dependen por completo de la venta de palabras, meros sonidos bien hablados o escritos, a unas masas cuyos gustos han sido conformados por la imponente maquinaria que controla sus mentes.

A partir de estos hechos de esclavización económica muchos observadores inteligentes llegan a la conclusión de que la única oportunidad de sobrevivir de nuestra raza reside en la posibilidad de que los judíos, cegados por su propia arrogante confianza en su absoluta superioridad, permitan o precipiten un colapso total de la sociedad organizada, cayendo en una anarquía en la que los fuertes y decididos de nuevo sobrevivirían a costa de los débiles y de los necios.

Anexo

LO QUE LE DEBEMOS A NUESTROS PARÁSITOS

REVILO P. OLIVER

Nota Introductoria

Dr. R. P. Oliver, 1908-1994

El Dr. Reviso Pendleton Oliver es correctamente reconocido, por unos pocos suficientemente afortunados como para estar familiarizados con su trabajo, como uno de los estadounidenses más grandes de este siglo. Nacido en 1908, rápidamente subió por los rangos académicos para convertirse en uno de los principales filólogos y estudiosos clásicos de su época. Él fue Profesor de los Clásicos en la Universidad de Illinois, Urbana Campus, por 32 años. Fácilmente pudo haber dedicado su vida enclaustrado en sus estudios, haciendo lo que más amaba: aplicar la lupa de la erudición, enfocado por su brillante mente, en los polvorientos tomos y manuscritos del pasado. Pero escogió un camino distinto. Vio claramente, y mucho tiempo antes que la mayoría de sus compatriotas, hacia dónde estaba siendo guiada su gente por elementos extranjeros y subversivos, y escogió arriesgar su reputación y su posición social al hablar. Desde 1954 hasta su muerte en agosto de 1994, trabajó casi sin cesar por el despertar al peligro y posible gran destino de los estadounidenses de descendencia europea.

El Dr. Oliver entregó estas directivas a un grupo de germano-americanos reunidos en el Club Lorelei en Hamburgo, Nueva York, cerca de Búfalo, el 9 de junio de 1968. La transcripción se perdió en una inundación en 1990 en la casa del Dr. Oliver, pero ha sido restaurada por nuestro editor a formato impreso basada en la cinta original grabada por el Sr. Everett Weibert. Cualquiera errores introducidos en el artículo son por supuesto errores del editor y no del Dr. Oliver (también pueden ser errores del traductor en este caso). Este es uno de los mejores discursos del Dr. Oliver, y es, ciertamente su trabajo corto más comprensivo. Aparece aquí en forma impresa por primera vez.

Kevin Alfred Strom.

Damas y caballeros, antes que nada permítanme agradecerles por el honor de su invitación y por el placer de estar con ustedes hoy. En la última docena de años he hablado ante una gran cantidad de organizaciones patrióticas y conservadoras, pero ésta es la primera vez que aparezco ante una sociedad específicamente alemana: es decir, compuesta por los descendientes de la parte de nuestra raza que permaneció en casa en el siglo quinto, mientras sus parientes conquistaron y ocuparon todos los territorios del oeste del largamente mestizado y moribundo Imperio Romano, que sus más remotos parientes habían fundado más de mil años antes.

Tal como lo entiendo, estoy hablando a una reunión cerrada de miembros e invitados en quienes tienen confianza. Creo que está estipulado que lo que se diga aquí hoy está fuera del registro y no es para publicarse bajo ninguna forma, y que no hay reporteros presentes. En ese entendimiento les daré a ustedes candidamente y sin rodeos el mejor estimativo de la difícil condición presente que he podido evaluar. Algunos de ustedes tal vez recuerden el viejo cuento sobre una colegiala que se fue a la cama una noche y finalmente quedó dormida, pero temprano en la mañana escuchó el reloj marcar las dos y sintió que la puerta de su cuarto estaba siendo abierta lentamente. Aterrorizada, trató de pedir auxilio en la oscuridad, pero un pañuelo le fue puesto sobre su boca y sintió que unos brazos fuertes la levantaban de la cama. Ella fue cargada escaleras abajo, metida en el baúl de un largo y lujoso Rolls-Royce que arrancó a gran velocidad.

Luego de un largo recorrido fue levantada y cargada dentro del gran vestíbulo de una inmensa y palaciega mansión, subida por las escaleras de mármol, y llevada a una habitación elegantemente preparada, donde fue arrojada sobre la cama. Recién entonces ella pudo ver claramente a su captor. Él era un hombre fuerte y buen mozo impecablemente vestido con un traje de noche. Él se paró junto a la cama, mirándola hacia abajo silenciosa y especulativamente. Ella trató de hablar, y al final fue capaz de decir lloriqueando, «¿Qué, oh, qué es lo que me va a hacer?» El hombre encogió sus hombros. «¿Cómo podría saberlo?», dijo. «Éste es tu sueño».

La historia es absurda, por supuesto, pero muestra qué poco humor posee su ambiguo juego en el misterio de nuestra propia conciencia. Un sueño es por definición una serie de sensaciones que ocurren en el cerebro cuando ambos, nuestros sentidos de percepción y nuestras fuerzas de voluntad y razón están aletargadas, por lo que no tenemos control sobre el flujo de sensaciones. Pero es, por supuesto, un bien conocido fenómeno que cuando soñamos que estamos soñando, el sueño termina y nos despertamos. Luego la mente consciente toma

control y somos nuevamente responsables por nuestros pensamientos, y debemos encarar un día en que debemos ser responsables de nuestros actos, que, por su acierto o error, pueden determinar el resto de nuestras vidas. Nuestros sueños pueden darle expresión, placentera o dolorosa, a nuestros deseos o temores subconscientes. Pero en nuestras horas de vigilia debemos, si somos racionales, tomar nuestras decisiones sobre la base de los estimativos más objetivos y fríos que podamos hacer: estimativos de las fuerzas y tendencias en el mundo alrededor nuestro; estimativos de las realidades con las que debemos tratar; recordando siempre que nada propende a pasar sólo porque pensemos que es bueno, o es poco probable que pase sólo porque pensemos que es malo.

Si alguna vez hemos necesitado evaluar cuidadosa y racionalmente nuestra posición y perspectivas, el momento es ahora. En la plaza exterior de Brasenose en Oxford, si recuerdo correctamente, hay en el medio del césped verde un solitario reloj de sol, cuya placa de bronce posee la escalofriante inscripción, «Es más tarde de los que cree». Yo les aseguro, mis socios americanos, que ahora es tarde - muchos más tarde- de lo que creen. Es posible, por supuesto, que ahora sea ya demasiado tarde y que, como observadores veteranos y distinguidos amigos míos recientemente me aseguraron, nuestra causa es ahora tan desesperanzada como la era la del Sur después de la caída de Richmond y cerca de la trágica conclusión de la segunda guerra de independencia que fue peleada en nuestra tierra. Honestamente creo, sin embargo, que aún tenemos alguna posibilidad de supervivencia. Si no creyera ésto, de seguro no estaría hablándoles hoy o pidiéndoles que consideraran conmigo las probabilidades en nuestra contra.

Puedo estar equivocado. No tengo poderes adivinatorios, ni de profeta. Y ciertamente no conozco los planes secretos de nuestros enemigos, o incluso la estructura interna de su organización. Sólo puedo adivinar la extensión probable de su poderío y la probable eficacia de su estrategia por la extrapolación de lo que ya han consumado. Sólo puedo darles mi mejor estimación, hecha luego de largas y ansiosas consideraciones; pero no poso como un experto en estas materias, y dado que he prometido ser cándido, les diré cándidamente que mis estimaciones en el pasado probaron ser extremadamente optimistas.

Cuando dejé la mefítica atmósfera de Washington tarde en 1945, no tenía grandes dudas sobre el futuro de nuestra nación. Sobre la base de los mejores estimativos que podía hacer por entonces, tenía confianza que nuestro futuro estaba asegurado por una reacción popular que yo estimaba inevitable dentro de los siguientes cinco años. Sentí ciertamente que los secretos de Washington serían rápidamente conocidos y que nuestra nación sería barrida con indignación y

repulsión moral, cuando los americanos vieran expuestos a la luz del día, incluso una pequeña parte de la errónea actuación de la enferma criatura que se había escondido en la Casa Blanca por tantos años, rodeada de su horrible pandilla de degenerados, traidores y extranjeros subversivos.

Sabía que el secreto de Pearl Harbor sería rápidamente revelado, y los americanos sabrían pronto cómo los japoneses habían sido manipulados y trucados para destruir nuestra flota matando tantos de nuestros hombres. Estaba seguro que el público pronto conocería la antigua conspiración entre Roosevelt y Churchill, y también de los esfuerzos persistentes de Roosevelt desde 1936 hasta 1939 para comenzar en Europa la alocada y fratricida guerra que devastó el continente, que destruyó tanto de los que es el tesoro más preciado e irremplazable de cualquier raza -la herencia genética de sus mejores hombres- y esto infligió en nuestro propio país un mayor despilfarro de vidas y riquezas, en una guerra que fue deliberadamente conducida para asegurar la derrota de Estados Unidos y Gran Bretaña en igual medida que la de Francia y Alemania. Estaba seguro que rápidamente, una vez llegada la paz, veríamos que habíamos luchado por el solo propósito de imponer la bestia del Bolchevismo sobre la tierra devastada. Estaba seguro que rápidamente veríamos la naturaleza de la gran trampa traicionera llamada Naciones Unidas.

Pensé que se les iba a revolver el estómago a los hombres decentes, al conocer la estrategia admitida oficialmente del gobierno británico que, en violación de todas las convenciones sobre guerra civilizada, había iniciado un vicioso bombardeo de ciudades alemanas desprotegidas, con el expreso propósito de matar tantos civiles alemanes indefensos, como para forzar al gobierno alemán a que bombardeara ciudades británicas desprotegidas y masacrar suficientes indefensos civiles británicos para lograr en Gran Bretaña algo de entusiasmo para la guerra suicida que el gobierno británico le estaba imponiendo a su renuente población; el primer ejemplo en la historia, creo, de un gobierno en guerra que deliberadamente hace que se masacre a sus ciudadanos con propósitos de propaganda. Creí que la verdad sobre tal ultraje doméstico, como el infame Juicio por Sedición en Washington, necesariamente sería conocida, y excitaría los sentimientos que tales crímenes deben excitar en el pecho del hombre decente.

Y estaba seguro que otras mil infamias, sin superar y raramente igualadas en los anales de la historia, serían reveladas con el resultado de que todos los barcos a vapor que salieran de nuestras costas, en el lapso de pocos años, estarían abarrotados al máximo de sabandijas escapando desesperadamente de la furia de una despierta y disgustada nación.

En 1945 realmente creí que para el año 1952, ningún americano podría escuchar el nombre de Roosevelt sin estremecerse o pronunciarlo sin maldecir. Ustedes ven; estaba equivocado. Tenía razón en cuanto a lo inevitable de la exposición. Como los cuerpos de los oficiales polacos que fueron masacrados en el bosque Katyn por los Bolcheviques (como supimos entonces), muchos de los crímenes secretos del régimen de Roosevelt fueron expuestos a la luz del día. La exposición no fue ni tan rápida ni tan completa como había anticipado, pero su conjunto es mucho más de lo que se hubiera necesitado para la reacción anticipada. Solamente alrededor del 80 por ciento del secreto de Pearl Harbor ha sido hasta ahora conocido, pero el 80 por ciento debería ser por sí sólo suficiente para asquear a un hombre sano. Claro está que no sé, y tal vez ni siquiera sospeche, la total extensión de la traición de esa increíble administración.

Pero debo adivinar que al menos la mitad de ella ha sido revelada en impresos en algún lado: no necesariamente en fuentes bien conocidas, sino en libros y artículos en variados idiomas, incluyendo publicaciones que la conspiración internacional trata de alejar del público, y no necesariamente en la forma de testimonio directo, pero al menos en la forma de evidencia de donde cualquier ser pensante puede sacar las correctas e inequívocas deducciones. La información está allí para aquellos que la busquen, y suficiente de ella es aceptablemente conocida, aceptablemente divulgada, especialmente la historia de Pearl Harbor, para sugerirle a cualquiera seriamente interesado en la preservación de su país, que debería aprender más. Pero la reacción nunca ocurrió. E incluso hoy la comúnmente usada estampilla postal de seis centavos muestra la inflada y cínica cara del Gran Criminal de Guerra, y uno escucha pocas quejas del público. ¿Por qué?

Es cierto que hubo algunos desmayados y débiles principios de reacción, especialmente cuando el Senador Joseph McCarthy comenzó su famosa serie de interpelaciones ante el Subcomité del Senado sobre Seguridad Interna. Todo lo que aquellas interpelaciones produjeron, fue un pequeño chorrito de escape en el vasto dique del secreto oficial, que retuvo el océano de evidencias de que los Estados Unidos habían sido capturados sigilosamente por extranjeros y por traidores trabajando para ellos. Pero cuando los diques comienzan a perder enseguida se rompen. Y cuando las interpelaciones de McCarthy comenzaron, sólo un poco después de lo que había predicho, me dije a mí mismo, ¡Por fin!

Este es el comienzo. I pronto comenzará ese gran éxodo de aterrorizadas ratas escapando de su justa retribución. Pero estaba equivocado nuevamente. Por el contrario, un amigo mío tenía razón. En ese entonces él era miembro de la Agencia

Central de Inteligencia, la que en ese entonces incluía algunos americanos. Y casualmente estuvo en Wheeling, West Virginia, el 9 de febrero de 1950, cuando el Senador McCarthy dio su famoso discurso en el que indicó que había 57 miembros del Partido Comunista o del aparato de espionaje Soviético en el Departamento de Estado en posiciones de responsabilidad y que el Departamento de Estado sabía que ellos estaban allí. Luego del discurso, mi amigo encontró una oportunidad para hablar con el Senador McCarthy a solas. Él le dijo, «Senador, usted dijo que habían 57 conocidos comunistas en el Departamento de Estado. Si tuviera acceso a los archivos de mi agencia, usted sabría que hay pruebas absolutas sobre que hay diez veces esa cantidad. Pero Senador, usted no se da cuenta de la magnitud y el poder de la conspiración que usted está atacando. Ellos lo destruirán; ellos lo destruirán totalmente». Pero el Senador McCarthy solamente negó con su cabeza y dijo, «No, el pueblo americano nunca me defraudará». También se equivocó, ustedes ven.

No es necesario que aquí repasemos los pasos a través de los cuales McCarthy fue destruido. Él fue por supuesto saboteado desde su propio equipo. Los extranjeros que controlan nuestra prensa y radio y las personas bobas conducidas salpicaron su cieno sobre el país. Hordas de ignorantes y neuróticos pequeños leguleyos que llamamos «intelectuales» lanzaron desde las puertas de los colegios y universidades, chillidos y expectoraciones como es su costumbre. Y todo ello tuvo su efecto. Pero la conspiración pudo silenciar a McCarthy sólo con una operación algo menos rutinaria.

Encontraron un oficial de la Armada que había sido un fracaso militar hasta que Bernard Baruch lo promovió a General, y quien en 1945 no habría sido capaz de esperar nada mejor que poder escapar una corte marcial y así evadir ser despedido, si podía probar que todas las atrocidades y todos los sabotajes a los intereses americanos de los que él había sido culpable en Europa, habían sido llevados a cabo bajo su protesta y bajo ordenes categóricas del Presidente. La conspiración tomó a esta persona, y con la ayuda de la prensa hizo un trabajo de rápida mascarada y lo presentaron como un conservador. Ellos escribieron discursos que él fue capaz de entregar sin demasiado abejorreo. Ellos desplegaron su sonrisa sobre toda las personas bobas conducidas. Y lo eligieron Presidente. Y, por supuesto, Ike fue elegido con un mandato de sus amos de apuñalar al Senador McCarthy por la espalda. Y lo hizo. Y así la conspiración bloqueó esa pequeña fuga en el dique.

¿Pero cómo fue posible que hicieran eso? Oh si, podríamos rastrear toda la operación paso a paso. Sabemos que nuestros enemigos son furtivos y astutos. Sabemos que dominan la riqueza del mundo, incluyendo todo lo que hay en la Tesorería de Estados Unidos y, a través del impuesto a la ganancia, lo que haya en su bolsillo o en el mío. Pueden contratar americanos estúpidos o inmorales para hacer cualquier cosa por ellos y para dar la cara. Pero la cuestión real frente a nosotros nos es su astucia y su innata maldad.

La más profunda, más importante, y aún más desagradable pregunta es: ¿Qué está y sigue estando mal con el pueblo americano que los hizo y los sigue haciendo gustosas víctimas de sus enemigos?. Hace algunos años, era corriente para hombres confiados y con facilidad de palabra, encontrar algún tonto con cinco o diez mil dólares en efectivo y venderle el puente de Brooklyn o el túnel de Holanda. Y escuché que cuando la ferroviaria Pennsylvania comenzó a demoler su estación en la ciudad Nueva York, alguien la compró contado por 25.000 dólares. Ya bien, los estafadores en todos esos casos son indudablemente hombres malvados. Merecen castigos ejemplarizantes. Pero, ustedes saben, debe haber habido algo malo también en los compradores. Por más que simpaticemos con ellos, debemos estar de acuerdo, creo, que no eran extremadamente brillantes.

Nosotros los americanos, ustedes saben, somos vistos con gran desprecio por nuestros enemigos, quienes nos describen en privado y a veces en público en los términos más ofensivos. Ustedes recordarán que hace algunos años un hombre llamado Khrushchev era el jefe empleado en el estado conspirador de Rusia. Él fue invitado a este país por su camarada Ike, y paseó por nuestra tierra, honrado y aplaudido por nuestra prensa e incluso por algunos americanos. Enseguida después de volver, le dijo a los reporteros gráficos en Vienna, «¿Los americanos? Por qué, uno les escupe en la cara y ellos creen que es rocío».

Esa delicada fraseología me recordó lo que me había sido dicho por un conocido en Washington durante la Segunda Guerra Mundial. Este hombre, un periodista veterano, ocupaba una posición importante en una de las fábricas de mentiras operadas por el régimen Roosevelt para mantener a las personas bobas vigorizadas con entusiasmo para mandar a sus hijos y a sus maridos a una matanza sin sentido. En una conferencia de política, este hombre objetó una mentira propuesta sobre la base que era tan absurda que destruiría la confianza pública, con el resultado que los americanos pronto dejarían de creer cualquier cosa que la agencia fabricara.

Se debatió mucho sobre esta cuestión en la conferencia de política hasta que fue terminado por el mayor experto de la agencia en esta materia. Él era un hombre quien, de paso, por una razón u otra, había deja Alemania uno pocos años antes y bendecido los Estados Unidos con su presencia. Este experto, estando un poco enredado por el debate, finalmente sacó su elegante y pequeño cigarro de su boca y dijo concluyentemente, «Ve spit in ze faces of the American schwine!» (Le escupimos en la cara a los tontos americanos) Y eso lo arregló todo. El amo había hablado. ¿Por qué recibimos y merecemos tal menosprecio? A no ser que simplemente nos hallamos degenerado en una raza de imbéciles, no aptos para sobrevivir en el mundo, debe haber algún bloqueo mental determinable que nos hace tan ingenuos. Y, si es así, debemos con la mayor urgencia determinarlo.

Esa es la verdadera razón por la que mencioné la cuestión del Senador McCarthy y lo que pudo haber parecido la historia pasada e inefectiva. Ese episodio fue obviamente el antecedente de nuestra difícil condición presente. Y cuando tratamos de mirar hacia atrás a los factores obvios, tales como el control extranjero de nuestros canales de información y de nuestras finanzas, sabemos que debe haber algo más detrás de eso. Y luego vemos un factor obvio, del que muchos se han percatado sólo recientemente por el comportamiento chocante de los llamados estudiantes en las llamadas universidades y por mucho más chocante comportamiento de los oficiales administrativos y los facultativos de estos molinos de diplomas.

Ahora vemos que la pandilla de estafadores con mala fama encabezada por John Dewey ha conseguido su objetivo. Nos damos cuenta que la escuela pública ha sido por muchos años una vasta máquina de lavado y contaminación de cerebros que ha funcionado, en su totalidad, con gran eficacia. Es la máquina a donde mandamos a nuestros niños a que les llenen las mentes con supersticiones grotescas y envilecedoras; para que sus instintos de integridad y honor desaparezca de sus almas; para ser incitados a la prematura depravación y perversión; para estar imbuidos con irreflexiva irresponsabilidad, y para que estén preparados para la adicción a drogas destructoras de mentes y una existencia por debajo del nivel animal. Las escuelas públicas han sido de hecho los motores independientes más poderosos de subversión que nuestros enemigos han utilizado sobre nosotros. El resto de esta hora no sería suficiente incluso para enumerar las formas en que los supuestos «educadores» han consumado su mortal tarea.

Cuando vayamos para atrás al asunto del Senador McCarthy y busquemos por una causa más profunda, podemos por supuesto culpar a las escuelas, que estaban haciendo entonces, un poco menos abiertamente, el trabajo que están haciendo

ahora. Pero eso nos deja con la pregunta: ¿Por qué cayó el pueblo americano en ese fraude organizado? ¿Por qué fueron suficientemente ingenuos para ser fácilmente capturados por el engaño de John Dewey?

Bien, vayamos atrás a 1917, cuando el fraude de Dewey había ganado control de sólo un área pequeña, y cuando el mundo de seguro era un lugar más luminoso y agradable. Eso nos trae, por supuesto, al tiempo de Woodrow Wilson, otra maligna figura de nuestra historia. Yo no soy uno de esos que consideran a Wilson como un completo villano. Yo creo que era ante todo un hombre que podía intoxicarse a sí mismo con sus propias palabras. Y creo se equivocó durante la mayoría de su vida confundiendo sus alucinaciones con la realidad, como seguramente hizo aquel día en 1919 cuando estaba conduciendo temprano en la mañana por las desérticas calles de Washington, mecánicamente levantando su sombrero y reverenciando los aplausos de las multitudes que existían sólo en su febril cerebro. Es por ésto que quiero creer que él creía una gran parte de lo que decía.

Y aunque en su vida política él era solamente una marioneta que bailaba y giraba en el escenario mientras sus hilos eran tirados por Jacob Schiff, Bernanrd Baruch, los Warburgs, y su agente Colonel House, el hecho es que Wilson le habló con rimbombancia al pueblo americano sobre «hacer el mundo seguro para la democracia» y «una guerra para terminar todas las guerras», y ellos le creyeron. En vez de llamar a un terapeuta cuando comenzó a balbucear esas notorias tonterías, ellos le dejaron zambullirlos en una guerra en la que no tenían ninguna inquietud concebible y utilizar el poder de los Estados Unidos para hacer que el resultado de esa guerra fuera tan desastroso a largo plazo para Gran Bretaña como lo era para Alemania. Ahora admito que la noción de un mundo sin guerras es una idea placentera y atractiva. Pero a la gente que cree que puede haber tal cosa debería preguntársele por Papá Noel, en quien indudablemente también creen.

Vayamos hasta 1909, cuando al pueblo americano se le ofreció un plan para destruir naciones que había sido formulado nuevamente por un asqueroso degenerado llamado Mordechai, alias Karl Marx. Ahora, es cierto que los promotores contrataron unos cuantos periodistas, profesores liberales, y otras prostitutas intelectuales, para probar terminantemente que el impuesto a la ganancia propuesto no podría bajo ninguna circunstancia exceder el cuatro por ciento sobre los ingresos de los millonarios y nunca podría afectar a nadie más, por la obvia razón que ningún gobierno federal podría gastar tanto dinero. Pero el punto es que una mayoría del pueblo americano -los herederos de un gobierno

gratuito basados en la premisa de que el gobierno debe ser limitado a lo esencial y debe ser atado por las cadenas de una estricta constitución, inhibiendo el ejercicio de todos los poderes excepto aquellos estimados absolutamente necesarios para la defensa nacional- aquellos americanos creyeron esa farsa. En efecto, lo que los promotores les estaban diciendo en todo de engatusamiento era, «Vengan, pequeños tontos, pongan sus cabezas en el lazo y nosotros les haremos mucho bien». Y los atontados pequeños tontos pusieron sus nuca en el lazo, y así el país está ahora bajo el régimen del gran «White Slave Act», y por eso estamos donde estamos hoy.

Podríamos ir mucho más atrás, y si tuviéramos el tiempo ciertamente deberíamos ir hacia atrás hasta al menos el Siglo XVIII, cuando la extraña mitología de lo que hoy llamamos «liberalismo», y todas las mentiras básicas que son grabadas en las cabezas de nuestros niños en las escuelas, fueron manufacturadas por una estafalaria y botarga pandilla compuesta por agentes de la gran conspiración de Weishaupt, muchos estafadores ordinarios y charlatanes de feria, y casi una manada de «idealistas» con zumbidos en sus cerebros y lenguas nerviosas. Pero creo que hemos dicho suficiente para ver que nosotros, americanos, estamos sufriendo de una enfermedad crónica o tropismo que invariablemente nos ha puesto a merced de nuestros enemigos al hacernos incapaces de pensar por nosotros mismos. Hay en nosotros una debilidad, tal vez una debilidad fatal, que nos hace no sólo escuchar el balbuceo de los autodeclarados hacedores del bien, sino hacer lo que sea que nos digan que hagamos, y que lo hagamos de la forma más descuidadamente posible como si estuviéramos en un trance hipnótico y hubiéramos rendido nuestra voluntad a la del hipnotizador.

Ahora creo que esta extraña debilidad, a diferencia de tantas de nuestras peculiaridades, no es una simple idiotez congénita o hereditaria. Si eso fuera verdad, nos estaríamos aquí: nuestros remotos ancestros hubieran sido comidos mucho antes del amanecer de la historia. Esta compuesto, me parece a mí, de la perversión de siete cualidades diferentes; una perversión causada y adoptada por ciertos malentendidos en las peculiares circunstancias que resultaron de la prosperidad, poder, y dominación del mundo que nosotros, los del oeste, conseguimos por nosotros mismos y disfrutamos en siglos recientes. Todos los siete elementos de nuestra mentalidad que voy a enumerar son buenas cualidades, al menos en el sentido de que nacen en nosotros, que no las podríamos eliminar de nuestra herencia genética si lo quisiéramos, y que hemos tenido que aceptarlas forzosamente. Podríamos comentar mucho sobre cada una de ellas, y sería particularmente interesante compararnos con otras razas en cada

punto. Pero debo enumerarlas tan brevemente como sea posible, con sólo una palabra o dos de explicación para hacer mi significado claro.

La primera es la imaginación, la que está altamente desarrollada en nosotros, y vívida; una imaginación que significa, sobre otras cosas, que tenemos una necesidad espiritual de una gran literatura: ambas, una literatura de experiencias vicarias y una literatura de lo fantástico y maravilloso que trasciende el mundo de la realidad. Pero este don trae consigo, por supuesto, el peligro de que podamos no distinguir claramente entre una imaginación vívida y algunas cosas que efectivamente podamos ver en el mundo.

Segunda, el sentido de honor personal que es tan fuerte en nosotros, y parece tan vanidoso y tonto a otras razas. Es éste, sobre otras cosas, que nos da la concepción de un combate honorable cuando hombres de nuestra raza se encuentran como oponentes en la guerra. Nos da el rasgo distintivo caballeresco que ustedes ven cuando Diómedes y Glauco se encuentran en las planicies de Troya y en toda la historia subsecuente y cuentos de nuestra raza. También nos expone al peligro de comportarnos de modo caballeresco ante aquellos para quienes estos estándares son una locura. La tercera es la capacidad de pensamiento objetivo y filosófico, que está virtualmente limitado a nuestra raza, y que nos permite ponernos a nosotros mismos mentalmente en la posición de otros, pero simultáneamente nos expone al riesgo de imaginar que sus pensamientos y sentimientos son lo que serían los nuestros.

La cuarta es nuestra capacidad de compasión. Tenemos una renuencia racial de infligir dolor innecesario, y nosotros mismos nos angustiamos ante una escena de sufrimiento. Esto es, por supuesto, una peculiaridad que trae sobre nosotros la burla y el desprecio de la numéricamente mayor población del mundo, que son seres constituidos diferentemente. Los salvajes de Africa, quienes son ahora sus amos en el sentido de que usted tiene que trabajar para ellos todos los días, encuentran el espectáculo de un ser humano bajo tortura simplemente hilarante. Y cuando ven a un prisionero cegado, con sus miembros rotos retorcerse mientras lo agujonean con un hierro al rojo vivo, se ríen con alegría; con júbilo, un verdadero júbilo, que es mayor a la excitación que pudo provocar en ustedes la comedia más divertida sobre un escenario. Ustedes pueden buscar en vano en la vasta y respetable literatura de China por un rastro de compasión por el sufrimiento en sí.

Quinta, nuestra generosidad, tanto como individuos y como nación, lo que naturalmente trae sobre nosotros el menosprecio de aquellos a quienes le damos en el extranjero. La capacidad de autosacrificio es la sexta; y ésta esta, por

supuesto, altamente desarrollada en nosotros, pero es una base necesaria para la existencia de cualquier sociedad civilizada. Ningún pueblo sobre el nivel del salvajismo irreflexivo puede sobrevivir en este mundo sin algún instinto o alguna creencia que haga que sus hombres jóvenes den sus vidas por la preservación de la sociedad en la que nacieron.

Y la séptima y última es el sentimiento de religión, el que por supuesto es común a toda la humanidad, aunque aquí también toma una forma diferente en nosotros. Por quince siglos la religión del mundo occidental ha sido el Cristianismo, Cristianismo occidental, y no hay otra religión ahora conocida o incluso imaginable que pueda quitarle su lugar. Pero es simplemente un factor histórico, que tenemos que deplorar aunque no podamos cambiar, que sólo una pequeña parte de nuestra población actual, 12 o 15 por ciento, realmente cree que Cristo era el hijo de Dios, que el alma es inmortal, y que nuestros pecados serán castigados en una vida futura. Esto significa que el instinto religioso, que es parte de nuestra naturaleza, encuentra insatisfacción en la mayoría de nuestra gente por ser una fe incondicional; por lo que aquellos instintos frustrados están disponibles para explotación por cualquier sinvergüenza medio listo, como los leguleyos y punks que ahora ocupan la mayoría de los pulpitos bien saben. Cuando se pierde la fe, lo que Pareto llama el residuo religioso, en las personas se vuelve su punto más vulnerable, su talón de Aquiles. Es la necesidad insatisfecha de una fe incondicional en un poder superior.

Ahora, una perversión de todas estas cualidades en nosotros se produjo durante los siglos de nuestra dominación, dejándonos una completa falsa concepción de los otros pueblos. Nosotros hemos imaginado que por alguna magia podríamos transmitirle a ellos no sólo nuestras posesiones materiales, sino también las cualidades de nuestra mente y espíritu.

Y siempre hemos sucumbido al halago de la imitación. La capacidad de comportamiento imitador es común no sólo a todos los seres humanos, sino también a todos los antropoides, tal como todos sabemos de la expresión proverbial, «mono ve, mono hace». La habilidad del mono para imitar es, por supuesto, limitada. Pero, con la excepción de los Australoides, otras razas poseen la capacidad de imitarnos en lo externo convincentemente. Si se visten con nuestras ropas, cumplen con nuestras buenas costumbres sociales, y hablan nuestro idioma, utilizando las frases que como pueden aprender por observación nos complacen, y utilizando esas frases incluso si no las entienden o si las consideran absurdas tonterías y disparates, los miembros de otras razas podrían imitarnos tan verosimilmente que los creeríamos convertidos a nuestra mentalidad

y a nuestra concepción de vida. Y cualquier defecto que pudiéramos notar en la ejecución del imitador, generosamente los pasaríamos por alto o lo consideraríamos como una simpática candidez.

Esta capacidad de imitación es poseída por salvajes, al menos por los más inteligentes, y nos ha engañado una y otra vez. Los británicos son tan crédulos como nosotros. Cientos y cientos de veces, al menos, ellos les dieron escolaridad a negros de Basutolandia o Kenia o Nigeria o de alguna de sus otras posesiones, y el resultado fue casi siempre el mismo. Con el dinero recibido, el salvaje se compró un buen guardarropa, asistió a un colegio inglés, aprendió a jugar fútbol, asistió a Oxford, escribió un encantador ensayo sobre el valor de la lengua o sobre leyes antiguas, copuló con mujeres inglesas poco iluminadas quienes lo creyeron «romántico» y a ellas mismas de «mente abierta», y cuando se cansó de vivir de la generosidad inglesa, se fue a casa con su tribu donde lo esperaba un bebé bien rostizado servido a él como una delicadeza que le había sido negada durante mucho por los estúpidos prejuicios de los estúpidos británicos. Con algunos de los muy inteligentes pueblos orientales, la capacidad de disimulación va aún más allá que ésta y se aproxima a la genialidad.

El extraño y único pueblo internacional, los judíos, quienes a lo largo de toda la historia conocida han vivido y florecido plantando sus colonias en los países de otros pueblos, le han debido mucho de su éxito a su habilidad tipo camaleón de adaptarse, cuando eligen, a las maneras y actitudes de cualquier país que escogen para residir. Ellos son un pueblo altamente inteligente, casi posiblemente mucho más inteligentes que nosotros. Pero todos los observadores, notablemente Douglas Reed y Roderick Stohlheim, han comentado sobre la asombrosa habilidad de los judíos de parecer un alemán en Berlín, un checoslovaco en Praga, un italiano en Roma, y un inglés en Londres, alternando de un rol a otro con la facilidad con la que un hombre podría cambiarse sus ropas. Los judíos tienen, por supuesto, la gran ventaja de que su piel es blanca, y que muchos de ellos se asemejan, en rasgos, a miembros de nuestra raza, incluso al punto de ser indistinguibles, al menos a para un ojo poco experimentado, e incluyendo personas con tales características no orientales como pelo rubio o pelirrojo.

No estoy seguro, por consiguiente, que el mayor talento para la disimulación no pertenezca a un pueblo que no cuenta con esa gran ventaja física: el japonés. Su habilidad de ganar nuestra confianza y apropiarse de nuestra tecnología y ciencia es simplemente fenomenal, como resulta obvio de lo que ellos, viviendo hacinados en una pocas islas pobres, han realizado. Pero su talento para la disimulación es igualmente genial.

Siempre recuerdo la experiencia de un amigo mío, quien era a finales de 1930 profesor de química en una gran universidad, en la que puede ser llamada un área estratégica de nuestro país. Los estudiantes sobresalientes de sus clases de graduados eran cuatro japoneses jóvenes. Y en parte porque eran tan aptos para aprender las más abstrusas formas de química, y en parte porque eran extranjeros y por ello entusiasmaban en él la generosidad que es normal en nosotros, él los invitó a su hogar; y en el transcurso de tres años él llegó, pensaba, a conocerlos muy bien personalmente. Sus modales y su inglés eran excelentes. Profesaban la mayor admiración por América y sus instituciones. Ellos hablaban, por supuesto, de la «democracia» en términos de gran adoración. Deploraban el «militarismo», y fervientemente deseaban la «paz mundial» y «el entendimiento entre todos los pueblos». Mi amigo estaba convencido que si sólo pudiéramos traer más jóvenes como ellos a los Estados Unidos, la política de Japón cambiaría eventualmente, y las dos naciones vivirían a partir de entonces en perpetua armonía.

Luego, un día se encontró solo en un cruce de carreteras en el campo abierto, a unas veinte millas de la universidad, esperando que unos amigos lo recogieran en su automóvil. Estaban retrasados, y ya que el día era caluroso, él fue a un huerto cercano a reposar bajo la sombra de los árboles mientras esperaba. Vio a sus cuatro estudiantes japoneses venir paseando por una de las carreteras, evidentemente en un paseo sin prisa. En el cruce de carreteras, ellos se detuvieron, miraron arriba y abajo cada carretera, miraron alrededor y no vieron a nadie. Luego se pararon rectos espalda con espalda, cada uno de cara a una dirección, sacaron una cámara Leica, y fotografiaron cada carretera y luego los alrededores en cada diagonal e hicieron anotaciones en un mapa. Ellos habían, por supuesto, venido a nuestro país no sólo a aprender nuestra ciencia química para su eventual utilización en nuestra contra, sino dicho sea de paso, a cartografiar el territorio alrededor de la universidad para una futura referencia, por si su armada tenía ocasión de invadirnos o si tenían ocasión de desembarcar una fuerza secreta en nuestras costas. E hicieron su trabajo con la paciente minuciosidad de su raza, indudablemente riéndose para adentro de la ingenuidad de los grandes bobos blancos quienes libremente entregan todo su conocimiento duramente ganado a sus enemigos naturales.

Nuestras mentes han sido omnubiladas por una aún más peligrosa falsa concepción largamente anexada a nuestra religión. Por siglos hemos trabajado bajo la ilusión de que la cristiandad occidental era algo que podría ser exportado, y sólo eventos recientes han finalmente hecho obvio para nosotros cuán vano y fútil ha sido el trabajo y entusiasmo de devotos misioneros por cinco siglos. Cuando

Cortés y su pequeño pero valiente banda de hombres de hierro conquistaron el imperio de los Aztecas, él fue inmediatamente seguido por un tren de desinteresados y devotos misioneros, principalmente Franciscanos, quienes comenzaron a predicar el evangelio cristiano a los nativos. Y ellos rápidamente mandaron de vuelta a sus casas, con inocente entusiasmo, brillantes informes de las conversiones que habían efectuado.

Uno puede sentir su sinceridad, su piedad, su ardor, y su regocijo en las páginas del Padre Sagún, Padre Torquemada, y muchos otros. Y por su bien me alegro que los pobres Franciscanos nunca sospecharan cuán pequeño rol habían jugado realmente en la conversión religiosa que les dio tanta alegría. Mucho más efectivos que sus palabras y sus libros habían sido los cañones que habían roto las defensas Aztecas y los despiadados soldados españoles que habían masacrado a los sacerdotes Aztecas en sus altares y derribado sus ídolos de las pirámides de sacrificio. Los Aztecas aceptaron el cristianismo como un culto, no porque sus corazones hubieran sido tocados por doctrinas de amor y compasión, sino porque el cristianismo era la religión de los hombres blancos cuyos cañones de bronce y sus guerreros con armaduras los hacían invencibles.

Eso fue temprano en el Siglo XVI, y nosotros, de occidente, hemos seguido repitiendo ese cariñoso error desde entonces, como los misioneros que mandamos a todas partes del mundo y escribieron a casa con inocente satisfacción brillantes informes sobre el número de corazones que habían «ganado para Cristo». Y fue sólo luego que las campañas de conspiración internacional de «anticolonialismo» estuvieron en marcha, que la mayoría de nosotros nos dimos cuenta que lo que había ganado todos esos corazones habían sido principalmente la disciplina de los regimientos Británicos y el poder del hombre blanco. En muchas de las costas africanas, por ejemplo, misiones anhelaban ganar almas aventurándose en tierra solos; y los nativos, luego de divertirse mucho torturándolos hasta morir, se los comían; tanto cocidos como crudos, de acuerdo a la costumbre local.

Lo que pasaba comúnmente, era que pocos meses más tarde, un crucero británico se acercaba a la costa y disparaba media docena de proyectiles de 4,5 pulgadas de alto explosivo sobre la aldea nativa, y, si no tenían apuro, tal vez desembarcaban media compañía de soldados navales para limpiar la espesura y sacar alrededor de una docena de salvajes para colgarlos en árboles convenientes. Al menos que la tribu fuera excesivamente estúpida, entendían el mensaje. La siguiente partida de misioneros era respetada, como si de algún modo representaran al Dios del trueno y el relámpago. Y si esos hombres de Dios distribuían suficiente arroz y medicamentos gratuitos con sus sermones, podían llegar a hacer muchos

conversos. Ellos podían enseñar un ritual, y podían tal vez inculcar una superstición que tuviera un parecido superficial con su religión; pero para enseñar la substancia espiritual de la cristiandad, ellos podían también haber seguido el ejemplo de San Francisco y dado sermones a los pájaros. A pesar que es verdad que en algunos lugares de las posesiones coloniales anteriores, los misioneros son aún tolerados, si pagan muy bien, hemos finalmente entendido que el evangelio va tras los regímenes Británicos en las insanas e ignominiosas retiradas del hombre blanco del mundo que fuera de él.

Todos estos factores han contribuido, creo yo, a nuestra extraña tolerancia de los «hacedores de bien» y nuestra increíble obtusencia en nunca preguntar contra quién él está «haciendo el bien». Porque es desdichadamente cierto que un completo 80 por ciento de esos altamente sonados proyectos de «mejoramiento» y «justicia social» son motivados, no por el interés de los supuestos beneficiarios, sino por avaricia y maldad. Pero nosotros nunca preguntamos.

Esta es la razón por la que tenemos tantos «intelectuales» batiéndose sobre nosotros. Ellos han descubierto la más segura y lucrativa de todas las extorsiones. Un «intelectual» se distingue por dos talentos: una brillante habilidad con palabras, y fosas nasales muy sensibles. Él puede oler un billete de veinte dólares en tu bolsillo a una cuadra de distancia, y dos minutos después de que ese delicioso aroma llega a sus fosas nasales, los «ideales» corren por sus colmillos. Ustedes conocen la jerga: «los poco privilegiados», «igualdad de oportunidad», «países subdesarrollados», «pueblos emergentes», y similares, suman infinitas náuseas. Y mientras escuchan esta canción seguramente ni siquiera noten mientras la mano de él entra en el bolsillo de ustedes.

Ahora podemos ser suficientemente ricos para ser tontos, pero no podemos afrontar las más elaboradas formas de «hacer el bien» que están inspiradas por malicia y odio. Pero igual así las toleramos con un masoquismo colectivo que es simplemente suicida. Hemos aceptado una inversión increíble de los valores al punto que nos hemos declarado una especie inferior, apta sólo para ser esclavizada, golpeada, y masacrada al grito de nuestros superiores. Esto es a lo que equivale la propuesta, aunque, por supuesto, está embadurnada con la viscosa baba de estupideces humanitarias ideadas por nuestros enemigos y multiplicada descuidadamente por el lloriqueo de nuestros propios sentimentalistas.

Esto no es algo nuevo. Si tuviera tiempo, dirigiría su atención en algún detalle hacia la vasta e irreparable calamidad traída sobre nuestra nación en el último

siglo por un pequeño grupo de bulliciosos y fanáticos enloquecidos, y abolicionistas, quienes forzaron sobre el Sur su trágica guerra de independencia. No estoy defendiendo la esclavitud, la esclavitud negra, como una institución. Creo que Jefferson y Lincoln estaban en lo correcto al referirse a ella como un sistema que era pernicioso, por bastantes razones racionales, de las cuales las más importantes eran: primero, que mantenían en nuestro suelo millones de personas de una raza radicalmente diferente a la nuestra, e inferior bajo nuestros estándares; y segunda, que resultaba en cierta producción de mestizos, lastimosas criaturas desgarradas por los instintos incompatibles que habían heredado.

Como saben, era el firme propósito de Abraham Lincoln hacer que todos los negros volvieran a África, o, en el interés de la economía, a América Central. Pero los abolicionistas no eran racionales. Ellos eran, lamento decirlo, en su mayoría americanos, incluyendo personas tales como Wendell Phillips, Professor Elizur Wright, y, por supuesto, féminas histéricas tales como Lydia Child y Harriet Beecher Stowe. Su líder era William Lloyd Garrison, quien también era un americano, aunque estaba financiado por Isaac Mack y otros judíos. Ellos eran un grupo pequeño, despreciados por los americanos cuerdos, tanto en el Norte como en el Sur. Pero ellos vociferaron y encolerizaron hasta que consiguieron su camino. Comenzaron a agitar en 1840 por la disolución de la unión americana, y por la división de Estados Unidos, por secesión, en dos países. Y luego de veinte años de discursos violentos, finalmente persuadieron a los estados del Sur de tomar su propuesta con seriedad.

Es muy instructivo leer a los abolicionistas. Ellos picotearon citas de la Biblia, y balbucearon sobre «derechos humanos» e «igualdad». Pero no pueden encubrir completamente su ánimo real e inspiración. Su veneno está dirigido contra los propietarios de las plantaciones del Sur, la mayoría de quienes, aunque no todos, eran damas y caballeros. Los abolicionistas tenían en sus mentes una imagen, parcialmente correcta, del terrateniente sureño como un hombre muy superior a ellos en educación, cultura, y humanidad. Y por eso lo odiaban, implacablemente. Ellos también tenían en sus afiebradas mentes una imagen, totalmente falsa, del hacendado como un hombre de riqueza y ocio ilimitados quien se pasaba la vida recostado en un amplio porche chupando julepes de menta. Y lo envidiaban ardientemente. Ellos tenían una imagen, igualmente falsa, de la mujer sureña como una que pasa sus días con una comodidad tipo hada, esperada por serviciales esclavos en cuatro patas. Ellos tenían una imagen, muy correcta, de esas mujeres siendo tratadas por los hombres con un respeto caballeresco que era

casi desconocido en el Norte. Y por ello aspiraban a humillar y destruir a esta dama sureña. Esta era la verdadera inspiración de su maniático «hacer el bien».

Uno puede sacar la dimensión real de lo que le ha pasado a la mentalidad de nuestra nación tan sólo recordando el nombre de ese distinguido ladrón de caballos y maniático homicida, John Brown, quien, financiado por un grupo conspirador autoproclamados los «Secret Six», fue mandado al Sur a iniciar una revuelta de esclavos. Como todos admiten, su propósito era conseguir que todas las mujeres del Sur fueran violadas y masacradas, y que todos los hombres de Sur fueran brutalmente mutilados y masacrados. ¿En qué lo convierte ésto de acuerdo a una opinión contemporánea? Porque fue «un paladín de los derechos humanos», «un mártir de la libertad», y todo eso. Él quería hacer una carnicería, es verdad, pero una carnicería de hombres y mujeres blancas. Es decir, limo blanco, como nosotros mismos, mientras nos revolcamos en éxtasis de autodegradación y autoodio. Y eso es suficiente para hacerlo admirable, para hacerlo noble. Y su alma sigue marchando ó sobre las brazas calientes, espero.

Yo les recuerdo que aquel pequeño grupo de santurrones gritones trajo sobre nosotros una terrible y fratricida guerra, infligiendo en nosotros una pérdida irreparable y empobreciendo nuestra nación y raza para siempre al destruir la herencia genética de nuestros mejores hombres. Y también nos disminuyó moralmente, tal vez incluso irreparablemente. Para luego del asesinato de Lincoln, el que ciertamente tramaron, nuestros odiosos enloquecidos «hacedores de bien» tenían su camino libre. Si existe algún americano que pueda leer la historia de todo el sufrimiento lacivamente infligido sobre las personas blancas del Sur durante lo que se llama «Reconstrucción», sin bajar la cabeza de vergüenza y sentir a través de todo su cuerpo un remordimiento angustiante, sólo puedo decir que él es un despiadado y sádico más allá de mi comprensión.

Partiendo de esta base, ¿podemos asombrarnos de haber llegado hoy al punto en que el odio frenético hacia nosotros mismos es la forma cierta de lograr nuestra veneración y nuestra reverencia? ¡Cómo fueron los americanos enseñados a odiarse a sí mismos!

Los chinos comunistas atacaron y capturaron una de nuestras embarcaciones navales, la que nosotros, tal vez por un acuerdo entre ellos y nuestros enemigos en Washington, rehusamos defender aunque teníamos una amplia advertencia del ataque. ¿Pero a quién le importa? Ellos son sólo limo blanco como nosotros, nacidos para trabajar y morir por el placer de sus amos. Ahora por supuesto, si ellos hubieran sido algo realmente valioso y noble, tal como un caníbal comunista

homosexual mestizo sifilítico piojoso, todos nuestros punks liberales hubieran estado gritando y aullando en nuestras calles desde el alba y durante toda la noche.

Cada día, más y más de nuestros jóvenes hombres son embarcados para Vietnam y forzados a pelear bajo condiciones cuidadosamente concebidas para asegurar la máxima cantidad de pérdidas de vidas americanas y para asegurar una eventual derrota. Pero pasemos por alto esto. Asumamos que realmente es una guerra y que está siendo honestamente peleada. ¿Cuál es su objetivo declarado? ¿Para asegurar una base naval o aérea para los Estados Unidos? ¿Para conquistar una colonia para los Estados Unidos? ¿Para proteger a nuestros hermanos de sangre en Australia? Estos serían propósitos racionales, aunque uno podría debatir la necesidad estratégica de esa ubicación en particular. No, el propósito aparente, el propósito declarado, es salvar a los prolíficos orientales de Vietnam del Sur de los horrores del comunismo. No importa que ese propósito sea transparentemente hipócrita. Asumamos que es sincero. ¿Entonces qué?

Nosotros somos americanos, hombres blancos de occidente. Y si fuéramos cuerdos, ninguna verdad sería más obvia e incuestionable para nosotros que el hecho que, en lo que a nosotros respecta, toda la abundante población de Vietnam no vale la vida de un soldado americano. Pero si alguien sugiere eso, porqué todo el mundo se horroriza: ¿«No somos acaso los esclavos del mundo para ser utilizados en hacer el bien? A quién le importa su hijo o el mío - ellos son sacrificables».

Ahora, con instigación de los promotores de esa carnicería en Vietnam por razones políticas, hordas de jóvenes punks vienen gritando desde las puertas de nuestros criaderos de rufianes (los que por alguna razón siguen siendo llamados colegios), y ellos protestan por la espantosa guerra de Vietnam. ¿Qué es lo que están protestando? ¿La muerte inútil de un hermano? ¿O de un antiguo compañero de clase, un hombre blanco? No, ellos aúllan y manifiestan porque algunos de los dulces orientales de Vietnam del Norte salen lastimados a veces. Si sólo pudiéramos encontrar una forma plausible de matar muchachos americanos sin incomodar a los orientales, esos rabiosos quejosos estarían bien felices.

Los judíos, quienes, como he dicho antes, son un pueblo extremadamente inteligente, y quienes con tal vez un cinco por ciento de nuestros recursos militares supieron cómo terminar en seis días una guerra contra oponentes mucho más numerosos y formidables que los vietnamitas, y quienes fueron suficientemente inteligentes para saber que la única justificación para una guerra agresiva es el

territorio que se conquista con ésta, decidieron que sería gracioso matar unos despreciables goim en nuestro barco Liberty, y lo hicieron - con el resultado de que la legislatura de al menos un estado americano les mandara de apuro un mensaje oficial de felicitaciones. Nuestros hombres fueron matados en donde los mandamos, aparentemente al servicio de nuestro país, muertos mientras usaban nuestros uniformes y flameaban nuestra bandera. Ellos eran el símbolo de nuestra nación.

Ellos hubiesen sido la visible encarnación de nuestro autorespeto, si tuviéramos algo. ¿Pero a quién le importa? Ellos son sólo limo blanco como nosotros. Allá en Memphis, alguien le dispara a un ladrón de autos negro, notorio agente comunista, y un incitador ávido de sangre de disturbios y revolucionario en nuestra contra. ¿Qué pasa? La mitad de los blancos cretinos de este país gimotean y sollozan y se acongojan, diciendo llorozamente, «Qué hombre maravilloso que era. Él quería matar limo blanco como nosotros. ¿No era eso dulce, no era eso noble, no era eso celestial, no era él igualito a Jesús?». Uno podría listar durante horas más ejemplos. Pero ya he dicho suficiente, seguramente, para mostrarles cuál es realmente el mayor obstáculo individual que enfrentamos: el masoquismo colectivo pervertido que ha sido incitado en tanta de nuestra gente.

Lo que he estado diciendo hasta ahora no es lo que tenía intención de decirles al principio. Yo medité, y preparé un discurso que estaba destinado a mostrarles que habíamos pasada el punto sin retorno, y que ahora enfrentábamos un futuro de violencia que sólo puede resultar en nuestro sometimiento total al status de ganado, o supervivencia al costo de grandes penurias, sacrificio, y pérdida de vida. Tenía intención de hablar en alguna medida sobre Francis Parker Yockey y su gran libro Imperium. Es un libro que evidentemente tiene el poder de darle una inspiración y propósito a los alertados y sanos jóvenes americanos. Y yo tenía la intención de comentar sobre él como representando, probablemente, nuestra única fuerza que nos ayudará a emerger de nuestra difícil presente situación.

Pero luego de ésto, tuve dos telefonemas de hombres cuyos nombres ustedes probablemente reconozcan. Los movimientos patrióticos de este país incluyen algunos impostores y un número de agentes dobles, cuya misión es la de comprobar que todos los esfuerzos patrióticos sean dirigidos hacia callejones sin salida, donde deben terminar en frustración y desánimo. Pero me siento seguro que ninguno de los hombres que me llamaron pertenecía a ninguno de estos dos grupos. Me siento convencido que fueron sinceros y entusiastas. Uno de ellos me habló muy solemnemente sobre nuestro deber de proteger y defender al pueblo de Vietnam de los horrores del comunismo. El otro, en el transcurso de la

conversación, habló muy enfáticamente sobre nuestro deber de darle al resto del mundo un ejemplo inspirador de las bendiciones de la libre empresa - al resto del mundo, tu asunto. Estamos obligados a darles un modelo que puedan seguir. Por lo que he descartado el discurso que tenía preparado y reemplazado esta discusión, la que ya ha sido muy larga y muy apresurada.

Porque estoy convencido de que nunca seremos capaces de pensar racionalmente sobre nuestra propia supervivencia hasta que tengamos el coraje de decir, en nuestras propias mentes: Somos americanos, hombres blancos de occidente. Este es nuestro país porque se lo quitamos a los indios. Y tenemos un derecho incuestionable a este país mientras tengamos el poder y la voluntad de defenderlo.

¿Qué le debemos a las naciones de Europa occidental o naciones tales como Australia y Sudáfrica? Les debemos reconocimiento por nuestra relación de sangre a los hombres de nuestra raza que permanecieron en las tierras de donde nosotros venimos, y con los que tenemos, en el grado que ellos lo reconozcan, un interés común, siendo que nosotros y ellos juntos formamos una raza que es numéricamente una minoría en el globo, en donde el resto de sus habitantes nos odian.

¿Qué le debemos al resto del mundo? Nada, absolutamente nada.

¿Cuáles son los «derechos civiles» que le debemos a nuestros negros si insisten en tenerlos? Un boleto gratuito a Africa.

¿Qué le debemos al autoproclamado pueblo elegido? Respeto común y trato considerado siempre que estemos convencidos que es para nuestra conveniencia el tener un cuerpo cohesivo de 12 a 15 millones de extranjeros residiendo en nuestro país y que poseen una gran parte de él.

¿Qué le debemos a la inmencionable abominable pandilla que ahora nos gobierna en Washington? Un juicio justo. Ahora todo esto, por supuesto, es algo que sólo podemos decir en nuestras propias mentes y en reuniones cerradas. Es probablemente incauto decirlo incluso en asambleas tales como ésta, dado el extraño apasionamiento de la mayoría de nuestra gente sobre quienes he llamado su atención por ser el mayor obstáculo individual delante de nosotros. Tales afirmaciones obviamente no son utilizables como propaganda o proclamaciones. Ciertamente, temo en gran medida que para la mayoría de nuestro pueblo esas alucinaciones «humanitarias» implantadas sean tan profundas y crónicas que

puedan ser rotas, de ser posible, sólo por la terrible conmoción del sufrimiento físico. Y que seguramente reciban.

Mientras tanto, recaerá sobre ustedes, si no se proponen rendirse, proveer tal liderazgo en sus propios círculos y comunidades y hacer tales preparativos y tomar tales acciones como para que avance nuestra causa con la debida consideración en prudencia y estrategia. Les he dicho ésto a ustedes porque estoy firmemente convencido de que nuestro futuro es realmente desesperanzador si no vemos claramente en nuestras propias mentes nuestros propios objetivos. Y que, me consta, no podemos lograrlo, a menos que podamos liberar nuestras propias mentes de las apretadas restricciones de la superstición «humanitaria» y de las falsas inhibiciones morales que han reemplazado la verdadera moralidad.

Confío en no haber horrorizado a ninguno de ustedes. Pero sé que es muy posible que algunos de ustedes puedan sentir que lo que he dicho es despiadado y en violación de nuestro deber cristiano de amar a todos. Si es así, sólo puedo pedir disculpas y observar que ustedes son demasiado buenos para este mundo. Sé que la perspectiva que he sugerido es sombría y puede perfectamente desanimar a un hombre. Sólo puedo recordarles la más incontrovertible y verdadera declaración en el gran y profético trabajo de Oswald Spengler: «*Glücklich wird niemand sein der heute irgendwo in der Welt lebt*». [Nadie en este mundo hoy puede esperar felicidad]. De ese destino no hay retirada, no hay escape. No hay dónde esconderse de las consecuencias de los que nosotros del occidente hemos traído sobre nosotros mismos por nuestra generosa bobería.

Las únicas alternativas ahora son luchas o lloriquear. Pero si creen que pueden escapar, adiós y buena suerte. Al resto de ustedes les sugiero que debemos ver claramente nuestro problema cuando nos digamos a nosotros mismos: Nosotros somos americanos. Este es nuestro país. Quién trate de quitárnoslo, por la fuerza o cautelosamente, es nuestro enemigo. Y es nuestro propósito - más aún, es nuestro deber hacia nuestros hijos y sus hijos y hacia nuestra posteridad aún no nacida - es nuestro deber utilizar cualquier medio accesible para destruirlo.